


EL CASO
KURILOV
IRENE
NÉMIROVSKY



ALFONSO
MONTAÑA
SALAMANCA

EL CASO
KURÍLOV
IRÈNE
NÉMIROVSKY



 narrativa
salamandra

Irène Némirovsky

El caso Kurílov

Título original: *L’Affaire Courilof*

Ilustración de la cubierta: Mariana Laín

Copyright © Éditions Grasset & Fasquelle, 1933

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2010

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

ISBN: 978-84-9838-273-0

Depósito legal: B-8.061-2010

1ª edición, marzo de 2010

Para Michel

Atraídos por la llama de un pequeño brasero rojo, dos hombres se habían sentado en la terraza desierta de un café de Niza.

Era un atardecer de otoño que parecía demasiado frío para aquellas latitudes.

—Un cielo típico de París... —comentó una mujer al pasar, señalando las amarillentas nubes perseguidas por el viento.

Instantes después empezó a llover y la calle vacía, donde aún no habían encendido las farolas, se oscureció todavía más. Saturado de agua, el toldo de la terraza empezó a gotear aquí y allá.

Los dos hombres, León M. y el individuo que lo había seguido, quien se había sentado cerca de él y lo miraba con disimulo como tratando de identificarlo, se inclinaron hacia el brasero al mismo tiempo.

Del interior del café llegaba un confuso rumor de voces y llamadas, entrecortado por los choques de las bolas de billar, las bandejas contra las mesas de madera y las piezas de ajedrez contra los tableros, que de vez en cuando se elevaban sobre la discordante e indistinta charanga de una pequeña orquesta.

León M. alzó la cabeza y se ciñó un poco más la bufanda gris de lana.

—¿Marcel Legrand? —le preguntó a media voz el hombre sentado enfrente, justo cuando las luces se encendían a lo largo de la calle, en los escaparates y las terrazas de los cafés. Sorprendido por la repentina claridad, León M. volvió la cara un instante—. ¿Marcel Legrand? —repitió el otro. Debido quizá a un altibajo de corriente, las bombillas se apagaron; la luz vaciló unos segundos, como una vela a la intemperie, y a continuación pareció reavivarse e iluminó crudamente el rostro de León M., los encorvados hombros, las huesudas manos y las delgadas muñecas—. ¿No estuvo usted implicado en el caso Kurílov, en mil novecientos tres?

—¿En mil novecientos tres? —repitió M. lentamente y, ladeando la cabeza, silbó por lo bajo con expresión fatigada e irónica, como un pájaro viejo y friolero.

El hombre sentado frente a él tenía sesenta y cinco años y un rostro cansado y macilento; un tic nervioso tiraba de su hirsuto bigote, antaño rubio y ahora totalmente encanecido, mientras los pálidos labios esbozaban una mueca amarga y ansiosa. Sus vivos ojos, de mirada penetrante y suspicaz, se iluminaban de repente para apartarse casi al instante.

—No —dijo M. al fin, y se encogió de hombros—. No, no lo conozco a usted. Ahora tengo muy mala memoria...

—¿No recuerda al policía que protegía a Kurílov? ¿El que lo siguió una noche, en el Cáucaso?

—De verdad que no. Aunque... ahora que lo dice —respondió M. frotándose las entumecidas manos con suavidad. Rondaba los cincuenta, pero parecía mayor y enfermo. Tenía el tórax estrecho, una expresión triste e irónica, la boca extraña pero hermosa, los dientes estropeados y mechones grisáceos sobre la frente. Sus ojos, muy hundidos, brillaban sombríamente—. ¿Un cigarrillo? —murmuró.

—¿Vive en Niza, señor Legrand?

—Sí.

—¿Retirado de los negocios, si me permite la expresión?

—Faltaría más. —M. dio una calada al cigarrillo y, sin tragarse el humo, observó cómo se consumía entre sus dedos para luego arrojarlo al suelo y aplastarlo lentamente con el tacón—. Eso pasó hace mucho, mucho tiempo —dijo al fin, sonriendo de manera casi imperceptible.

—Sí... Cuando lo detuvieron, después del atentado, fui yo quien se encargó de la investigación...

—Ah, ¿sí? —murmuró M. con indiferencia.

—Jamás conseguí averiguar su verdadero nombre. Ninguno de nuestros agentes lo sabía, ni en Rusia ni en el extranjero. Hágame ese favor, ahora que ya carece de importancia. Dígame: en mil novecientos cinco era usted uno de los jefes de la organización terrorista en Suiza, ¿verdad?

—Nunca fui más que un subalterno.

—Vamos...

M. ladeó la cabeza y esbozó una débil sonrisa de cansancio.

—Así es, amigo mío.

—Bien, pero ¿y luego? ¿En mil novecientos diecisiete y después? No, no me equivoco, usted estaba... —El ex policía parecía buscar una expresión gráfica; entonces sonrió enseñando los largos y afilados dientes que brillaban entre sus pálidos labios, y haciendo el gesto de moldear una masa imaginaria añadió—: Metido en harina. Quiero decir... en primera línea.

—Sí. En primera línea...

—¿En la checa?

—Hice un poco de todo, amigo mío. Eran tiempos difíciles; todo el mundo arrimaba el hombro. —Los finos y curvos dedos de M. tamborilearon rítmicamente sobre la mesa de mármol.

—¿No quiere darme su nombre? —preguntó el ex policía, y sonrió—. Le aseguro que ahora también soy un pacífico jubilado. Es pura curiosidad, deformación profesional, en cierto modo.

Con un gesto friolero que le era propio, M. se levantó delicadamente el cuello del gabán y tiró de los extremos de la bufanda con ambas manos.

—No le creo —repuso con una risita, interrumpida por la tos—. Quien tuvo, retuvo. Además, hoy mi nombre no le diría nada. La gente lo olvidó hace mucho.

—¿Está casado?

—No, todavía conservo algunas viejas y sanas costumbres revolucionarias —respondió M., y volvió a esbozar una de sus débiles y mecánicas sonrisas, que le marcaban profundas arrugas a ambos lados de la boca. Luego pellizcó un trozo de *brioche* con dos dedos, se lo comió lentamente, arqueó las cejas y preguntó—: ¿Y usted, amigo? ¿Cómo se llama?

—¿Yo? Claro, no es ningún secreto... Baránov. Iván Ivanich Baránov... Estuve al servicio de su excelencia... de Kurílov, durante diez años.

—Ah, ¿sí? —Por primera vez, la leve sonrisa de hastío se borró del rostro de M., que dejó de mirar los maniqués de cera abruptamente iluminados que poblaban en solitario la calle vacía, inundada por la lluvia. Luego carraspeó y alzó sus grandes y hundidos ojos hacia Baránov—. ¿Y su familia? ¿Sabe qué fue de ella?

—A su mujer la fusilaron durante la Revolución. Los hijos aún deben de vivir. Pobre Kurílov... ¿Se acuerda? Lo llamaban el Cachalote.

—Feroz y voraz —dijo M. asintiendo, y tras desprenderse las migas de los dedos hizo ademán de levantarse.

Pero seguía lloviendo; las gotas rebotaban en el empedrado como brillantes chispas, así que volvió a sentarse pesadamente.

—No lo dejó escapar. ¿Cuántas piezas llegó a cobrar, en total?

—¿En esa época, o después?

—En total —repitió Baránov.

M. se encogió de hombros.

—Me recuerda usted a un joven que un día, en Rusia, vino a entrevistarme para un periódico estadounidense, interesado por esos detalles estadísticos, y me preguntó a cuántos hombres había mandado ejecutar desde que tomamos el poder. Al ver que dudaba, el muy ingenuo exclamó: «¿Es posible? ¿Es posible que no se acuerde?» Era un chico judío de cara sonrosada que se llamaba Blumenthal, del *Chicago Tribune*. —M. hizo señas a un botones que en esos momentos cruzaba la terraza y le dijo—: Párame ese coche.

El vehículo se detuvo delante del café.

M. se levantó y tendió la mano a Baránov.

—Tiene gracia volver a verse así...

—Una gracia tremenda...

De pronto, M. se echó a reír y dijo en ruso:

—Y en definitiva, ¿cuántos murieron... «en respuesta a nuestras oraciones», gracias a nuestros desvelos?

—¡Bah! —exclamó Baránov encogiéndose de hombros—. Por lo que a mí respecta, cumplía órdenes. Me trae sin cuidado.

—Puede que tenga razón —convino M. en tono indiferente.

Abrió con cuidado el enorme paraguas negro y encendió un cigarrillo en la llama del brasero. Su vivo resplandor le iluminó de repente la cara inclinada, las hundidas y terrosas mejillas y los grandes ojos, oscuros e inquietos. Como de costumbre, en lugar de fumárselo, lo arrojó al suelo tras saborear el humo unos instantes con los párpados entornados. Después se tocó el sombrero con cortesía y se marchó.

León M. murió en marzo de 1932 en la casa de Niza donde había vivido los últimos años.

Entre sus libros apareció una pequeña cartera de cuero negro que contenía varias decenas de hojas mecanografiadas, sujetas con un clip. La primera llevaba estas palabras escritas a lápiz:

CASO KURÍLOV

1

Niza, 1931

En 1903, el Comité Revolucionario, haciendo uso del término que se empleaba entonces, me encargó «liquidar» el asunto Kurílov. Aunque el episodio tuvo una repercusión fugaz en mi vida, al empezar mi autobiografía su recuerdo cobra intensidad porque configuró los inicios de mi carrera revolucionaria, a pesar de que a la larga determinara mi cambio de bando.

Entre esa fecha y la toma del poder transcurrieron catorce años, que pasé entre la cárcel y el exilio. Después vino la Revolución de Octubre (el período del *Sturm und Drang...*), y de nuevo el destierro.

He vivido cincuenta años, que pasaron volando; de eso no puedo quejarme. Pero el final se hace esperar. El final se eterniza.

Nací el 12 de marzo de 1881 en un pueblecito perdido de Siberia, a orillas del Lena. Mis padres eran dos deportados políticos conocidos en la época, cuyos nombres ya nadie recuerda: Victoria Saltykov y el terrorista M., Máximo Davidóvich M.

A mi padre apenas lo traté; ni el presidio ni el exilio favorecen la vida familiar. Era un hombre alto de ojos pequeños, negros y brillantes, grandes manos huesudas y muñecas finas... Hablaba poco; tenía una risita cáustica y triste. Cuando vinieron a detenerlo por última vez, yo aún era un niño. Me besó, me miró con una especie de irónico asombro, frunció los labios en una tenue mueca hastiada que podía pasar por sonrisa, salió de la habitación, volvió por los cigarrillos que había olvidado, y a continuación desapareció para siempre de mi vida. Murió en la cárcel, a la edad que acabo de cumplir, en una celda de la fortaleza de Pedro y Pablo inundada por el agua del Neva durante las crecidas otoñales.

Tras su detención, fui a vivir a Ginebra con mi madre. De ella, que falleció en la primavera de 1891, me acuerdo mejor: era una persona delgada y frágil, con crenchas pajizas y anteojos. La típica intelectual de los años ochenta... Todavía la recuerdo en Siberia, en el viaje de regreso, cuando la liberaron. Yo tenía seis años y mi hermano acababa de nacer.

Mi madre lo llevaba en brazos con una torpeza sorprendente, apartado del pecho, como si se lo enseñara a las piedras del camino mientras lo oía llorar de hambre, estremecida. Me parece volver a ver sus manos temblorosas enredándose en los pañales y los imperdibles cuando lo cambiaba; unas manos delicadas y largas. A los dieciséis años había matado de un disparo a quemarropa al jefe de los guardias de Viatka, que se había ensañado en su presencia con una presa política, una anciana enferma a quien obligaba a caminar bajo el sol ruso, que en pleno verano golpea como una maza.

Me lo había contado ella misma como si fuera algo apremiante, pero yo aún no tenía edad para

comprenderlo bien. Recuerdo la extraña sensación que experimenté al escuchar el relato. Y su voz, sonora y aguda, distinta del tono paciente y cansado que le conocía.

—Esperaba que me ejecutaran. Consideraba mi muerte como la suprema protesta contra un mundo de lágrimas y sangre. —Hizo una pausa y bajando la voz añadió—: ¿Lo comprendes, Lonya?

Su expresión y sus gestos eran fríos y sosegados, pero sus mejillas habían enrojecido ligeramente. No esperó mi respuesta. Mi hermano lloraba, así que se levantó con un suspiro, lo tomó en brazos, lo sostuvo unos instantes como si fuera un pesado paquete, y luego nos dejó para proseguir con su tarea de cifrar cartas.

En Ginebra era la responsable de uno de los comités terroristas suizos, el mismo que a su muerte se ocupó de que me cuidaran y educaran.

Vivíamos de la asignación que recibía del Partido y de sus clases de inglés e italiano. Cuando llegaba la primavera, llevaba la ropa de invierno a la casa de empeños; en otoño, la ropa de verano... En fin, el panorama habitual.

Era muy alta y delgada, y a los treinta años estaba tan estropeada como una vieja, con la espalda encorvada que le aplastaba el frágil pecho. Aunque sufría de tuberculosis y tenía el pulmón derecho destrozado, siempre decía:

—¿Cómo voy a cuidarme mientras las pobres obreras escupen sangre en las fábricas?

Así se expresaban los revolucionarios de su generación.

Y tampoco nos mandó a vivir a otro sitio. ¿Acaso no se contagiaban de sus madres los hijos de las obreras enfermas?

Sin embargo, recuerdo que nunca nos besaba. Por otra parte, éramos niños tristes y despegados, al menos yo. Aunque en ocasiones, cuando estaba muy cansada, extendía la mano y suspirando nos la pasaba por el pelo lentamente, una sola vez.

Aquel alargado y pálido rostro, los dientes amarillentos, los miopes ojos que parpadeaban tras las gafas, y las delgadas y torpes manos que dejaban caer los enseres, que no sabían cocinar ni coser y siempre estaban escribiendo, cifrando cartas, falsificando pasaportes... Creía haber olvidado sus rasgos (han pasado muchos años), y sin embargo ahora vuelven a cobrar forma en mi memoria.

Dos o tres noches al mes cruzaba de Suiza a Francia por el lago Lemán cargada con paquetes de octavillas y explosivos. Me llevaba consigo, no sé si para curtirme en los peligros de la vida que, por una especie de «tradición dinástica revolucionaria», debía ser la mía o para que, dada mi corta edad, los aduaneros se fiaran de nosotros; aunque quizá fuera porque, como mis dos hermanos habían muerto, no quería dejarme solo en el hotel, del mismo modo que las madres convencionales se llevan a sus hijos al cine. Me dormía en la cubierta del barco. Por lo general, era en invierno. El lago, sobre el que se alzaba la espesa bruma, estaba desierto y la noche era fría. Ya en Francia, me dejaba durante unas horas con los Baud, unos campesinos que vivían a orillas del Lemán y que tenían seis o

siete hijos; recuerdo una tropa de niños coloradotes, sanos y estúpidos. Bebía café muy caliente; comía pan recién hecho y castañas. A mis ojos, aquella casa, con su chimenea, aquel aroma a café y las voces infantiles, era el paraíso terrenal. Había una terraza, una especie de gran balcón de madera que daba al lago y que en invierno quedaba cubierto de nieve y crujiente hielo.

Tuve dos hermanos más pequeños, que murieron tras vivir algún tiempo solos en la habitación de un hotel, igual que yo. Uno falleció con dos años; el otro, con tres.

Recuerdo especialmente bien la noche que murió el segundo, un niño precioso, rubio y fuerte.

Mi madre estaba al pie del lecho, una vieja cama de madera oscura. Sujetaba una vela y miraba al niño agonizante. Me encontraba a su lado, sentado en el suelo, y veía su rostro consumido, iluminado desde abajo por la llama. Mi hermano se estremeció un par de veces, ladeó la cabeza con expresión sorprendida y cansada, y expiró. Ella permaneció inmóvil, aunque la mano que protegía la luz le temblaba visiblemente. Por fin reparó en mí y quiso decir algo («La muerte es una cosa natural, Lonya», lo más probable), pero sus labios se contrajeron en una mueca melancólica y guardó silencio. Tras enderezar la cabeza de mi hermano en la almohada, me cogió de la mano y me llevó a casa de una vecina. Recuerdo el silencio, la oscuridad, la palidez materna, su camisón blanco y su largo cabello rubio, despeinado. Parecía un sueño confuso. Poco después, ella también murió.

Entonces yo tenía diez años. Había heredado de mi madre el germen de la tuberculosis pulmonar. El Comité Revolucionario me confió al doctor Schwann, un ruso nacionalizado suizo y uno de los jefes del Partido. En Monts, cerca de Sierre, tenía un sanatorio con veinte camas que se convirtió en mi casa.

Situado entre Montana y Sierre, Monts es un pueblo siniestro aprisionado por negros abetos y montañas oscuras, aunque tal vez sólo fuera una impresión personal.

Durante años viví clavado a una tumbona en un balcón, sin ver más mundo que la copa de los abetos y, al otro lado del lago, una urna de cristal parecida a la nuestra, que reflejaba los rayos del sol poniente.

Más adelante, pude salir y bajar al pueblo. Me cruzaba con otros tísicos envueltos en chales en el único camino practicable, subía como ellos, resoplando y deteniéndome a cada paso, contaba uno tras otro, como los demás, los abetos del trayecto, y miraba con odio el cerco de las montañas, que ocultaba el horizonte por doquier... Después de tantos años, aún sigo viéndolas, igual que todavía me parece percibir el olor del sanatorio —a desinfectante y linóleo nuevo— y en sueños oigo el soplo del *foehn*, el viento seco de otoño, en el bosque.

Con el doctor Schwann aprendí idiomas y medicina, ciencia por la que sentía un interés especial. En cuanto mi salud mejoró, comencé a realizar diversas tareas para los comités revolucionarios de Suiza y Francia.

Pertenecía al Partido por el simple hecho de haber nacido.

2

Empecé a escribir estas notas con miras a una posible autobiografía. El tiempo pasa despacio y con algo hay que llenar el final de la vida. Pero resulta que he decidido no continuar. «Es difícil explicar la formación de un revolucionario de un modo sincero y al mismo tiempo edificante», recuerdo que decía el bueno de Herz. Y en el imaginario de Octubre, mi leyenda, «la leyenda de León M.», ocupa un lugar que seguramente conviene mantener intacto. Hijo de exiliados, alimentado de manera exclusiva con palabras, lecturas y ejemplos revolucionarios, carecía no obstante de energía y pasión.

Cuando vivía en Ginebra, oía hablar a mis compañeros de su juventud con envidia. Recuerdo a un joven de treinta años que tenía en su haber catorce atentados terroristas, cuatro de ellos exitosos: asesinatos ejecutados en plena calle con una sangre fría espeluznante. Era pelirrojo y pálido, de manos pequeñas, blancas, finas y húmedas. Una noche de diciembre, mientras volvíamos del Comité por las tranquilas y heladas calles ginebrinas, me contó que se había escapado de casa a los dieciséis años y pasado dieciocho días vagando por Moscú.

—Lo que te falta es haber matado de pena a tu madre —aseguraba sonriendo—. Y haber leído folletos ilegales como yo, con quince años, tumbado a orillas del río, a la luz de una hoguera, una noche de mayo. —Hablabla con un tono extraño y áspero, con breves frases rápidas, jadeantes, y a veces se interrumpía para luego añadir suspirando—: Los buenos tiempos...

Benditas palabras...

Pues más tarde también conocí el exilio, las cárceles, la fortaleza de Pedro y Pablo, la atmósfera viciada por el calor estival de las exiguas celdas donde convivíamos veinticinco o treinta detenidos, las enormes y oscuras salas de las prisiones de provincias y aquel bastión de los condenados a muerte, en que si pegabas la oreja al muro en algunos sitios se oía el eco de los cantos revolucionarios en el pabellón de las mujeres.

Pero ya no apreciaba en su justo valor ese aspecto romántico de la Revolución.

¿Una autobiografía? Qué vanidad. Mejor hacer memoria de ciertas cosas sólo para mí, como antaño en las cárceles estatales, cuando escribíamos en aquellos cuadernos que nos permitían conservar, aunque los requisaban y rompían a medida que los llenábamos de historias y recuerdos.

Además, ¿me habría dado tiempo a acabarla? Han pasado tantas cosas, tantos años... Un hastío, una indiferencia inequívoca me anuncia la cercanía de la muerte. La polémica, las vicisitudes del Partido, todo lo que antes me apasionaba ahora me cansa. Y mi cuerpo también está exhausto. Cada vez tengo más ganas de volverme hacia la pared, cerrar los ojos y entregarme al sueño, al más profundo, al más dulce, al último.

3

Así pues, pertenecía al Partido por mi nacimiento, mis primeros años y la convicción de que la revolución social es inevitable, necesaria y tan justa como puede serlo cualquier asunto que ataña a los hombres. La ambición de poder me movía tanto como el deseo de cierto calor humano, que me faltaba y que no he encontrado más que allí.

Me gustan las masas, la gente. Aquí, en las inmediaciones de Niza, vivo en casa de Lourié. El edificio es un cubo de piedra blanca en medio de un jardín donde no hay un solo árbol más alto que una escoba, entre dos carreteras, la de Mónaco y la del mar. El polvo y el olor a gasolina acabarán con mis maltrechos pulmones. Vivo solo; por la mañana, una anciana limpia las cuatro pequeñas habitaciones vacías que conforman la vivienda, me prepara la comida y se va. Pero queda el ruido de la vida alrededor, y eso es lo que me gusta, lo que me encanta: la gente, los coches y los autobuses que van y vienen, las discusiones, los gritos, las risas... Sombras entrevistas, caras desconocidas, palabras... Abajo, al otro lado del desnudo jardincillo con seis frágiles y flexibles arbolitos, que serán melocotoneros, almendros o Dios sabe qué, hay una especie de merendero italiano con una pianola y bancos bajo un emparrado, frecuentado por obreros franceses e italianos.

Por la noche, cuando empiezan a subir el camino zigzagueante que bordea el mar, abandono la casa y me siento en la tapia baja que separa el jardín del merendero, desde donde me dedico a mirarlos y escucharlos.

Veo el pequeño espacio iluminado por farolillos, que arrojan su blanca luz sobre sus rostros. Se marchan tarde. Así la noche se me hace más corta, por fortuna, ya que sufro accesos de tos y no suelo dormirme hasta el amanecer. ¿Quedarme allí, contemplando las flores y el mar? Odio la naturaleza. No he sido feliz más que en las ciudades, esas urbes feas y sucias con casas atestadas de gente y esas calles, sofocantes en verano, por las que pasan cuerpos cansados y caras desconocidas. Necesito matar esas pocas horas, cuando se abren paso el silencio y la soledad, cuando los últimos coches vuelven de Montecarlo por la carretera marítima. Desde que empeoré, los recuerdos me acosan. Antes trabajaba, pero ahora mi labor se acabó.

De modo que inicié mi vida revolucionaria a los dieciocho años. Me encomendaron varias misiones en el sur de Francia. Después viví algún tiempo en París. En 1903, el Comité me mandó a Rusia con el encargo de asesinar al ministro de Instrucción Pública. Tras aquel episodio me separé de la fracción terrorista del Partido y me uní a T. Luego del asunto Kurílov me condenaron a muerte; pero días antes de la ejecución nació el heredero Alexis, así que me vi beneficiado de la amnistía general. Se me conmutó la pena por la de trabajos forzados a perpetuidad. Por lo que recuerdo, cuando me enteré de la medida de gracia no experimenté más que indiferencia. Por otra parte, estaba enfermo, escupía sangre y tenía la convicción de que moriría en el viaje hacia Siberia. Pero con la muerte se puede contar tan poco como con la vida.

Sobreviví y me curé en el presidio siberiano. Cuando me evadí, la Revolución de 1905 ya había comenzado.

De aquel año de 1905 y de los primeros meses de la Revolución, durante los que estaba tan agotado que por la noche caía rendido y dormía como un leño, guardo un recuerdo feliz.

Acompañaba a R. y L. a las fábricas y las asambleas de obreros. Siempre tuve una voz áspera y desagradable, y la debilidad de mis pulmones me impedía hablar alto mucho rato. Ellos arengaban a los trabajadores durante horas, mientras que yo bajaba del estrado y me mezclaba con los obreros, les aclaraba lo que no entendían, los aconsejaba y ayudaba... En la cargada y calurosa sala, aquellas pálidas caras, esos brillantes ojos, los gritos que salían de sus bocas desmesuradamente abiertas, su cólera, su misma estupidez, me provocaban una euforia parecida a la del vino. Y me gustaba el peligro. Me encantaban esos súbitos silencios, las respiraciones contenidas, las expresiones de pánico, cuando el *dvornik*, el guarda a sueldo de la policía, pasaba por la calle, bajo las ventanas.

Cuando era noche cerrada, en esas húmedas y gélidas noches otoñales de San Petersburgo, los obreros salían uno tras otro y se perdían en la niebla como fantasmas. Y nosotros, que nos marchábamos los últimos, vagábamos por las calles buscando refugio en alguna pequeña y sucia *traktir*, alguna taberna, hasta el amanecer.

Luego abandoné Rusia, a la que regresé ya en vísperas de la Revolución de Octubre.

En anteriores obras polémicas e históricas retraté ese período y el inmediatamente posterior.

En 1917 me convertí en León M. *el Bolchevique*. En los periódicos de todo el mundo dieron en retratarme con la gorra encasquetada y el cuchillo entre los dientes. Me asignaron a la checa, donde permanecí un año. Pero para cumplir esa terrible tarea sin desfallecer hay que sentir un odio violento e íntimo. Y yo...

Lo curioso es que yo, que perdoné la vida no sólo a inocentes, sino también a algunos culpables (pues a veces experimentaba cierta indiferencia, de la que se beneficiaban los prisioneros), era más odiado que muchos de mis camaradas. Por ejemplo, que Nostrenko, el marinero histérico que ejecutaba personalmente a los condenados a muerte, un comediante de tomo y lomo, con la cara empolvada y pintada y la ancha blusa abierta sobre el pecho, tan blanco y lampiño como el de una mujer. Todavía me parece verlo: un cruce de histrión, borracho e invertido. O que Ladislás, el polaco giboso, con aquel labio escarlata y colgante, surcado por el costurón de una vieja herida.

Supongo que a los condenados los consolaba ver que se hallaban ante locos o monstruos, mientras que a mí me consideraban un individuo normal, un hombrecillo triste que tosía, llevaba gafas y tenía la nariz pequeña y las manos finas.

Cuando cambió la política de los dirigentes, tuve que exiliarme. Desde entonces, vivo cerca de

Niza gracias a los modestos ingresos que me proporcionan mis libros y los artículos publicados en los periódicos y revistas del Partido.

Vine a parar a esta parte de Francia porque dispongo del pasaporte de un tal Jacques Lourié, condenado por conspiración revolucionaria, que murió de tifus en la fortaleza de Pedro y Pablo. Era un judío de Letonia nacionalizado francés. Sin familia, completamente solo en el mundo, poseía una pequeña villa que, por decirlo de algún modo, me correspondía por derecho. No sin cierta satisfacción decidí correr el riesgo de encontrarme con sus vecinos o conocidos. Pero todo el mundo se había olvidado de él. Así que aquí vivo y aquí moriré, seguramente pronto.

Es una vivienda pequeña y poco confortable, y Lourié, que carecía de medios, no la rodeó de muros lo bastante altos para mantenerla a resguardo de las miradas.

A la izquierda hay una especie de terreno cercado, un solar en venta, al que las cabras acuden a pastar la áspera y olorosa hierba que crece entre los ladrillos y los mampuestos abandonados. A la derecha se alza otro pequeño cubo de piedra parecido al mío, pero pintado de rosa, que cada año alquila una pareja diferente. La carretera de Niza a Montecarlo pasa por detrás del edificio; por delante, el viaducto. El mar está lejos. La casa es fresca y luminosa.

Aquí vivo, y a veces no sé si esta tranquilidad me gusta o me consume. En ocasiones, querría trabajar. A las cinco, hora en que empezaba mi jornada en Rusia, despierto sobresaltado o, si todavía no me he dormido, experimento una profunda angustia. Cojo esto y aquello, libros, cuadernos... Escribo, como en este momento. Hace buen tiempo, sale el sol, las rosas exhalan una fragancia deliciosa... Lo daría todo, incluso mi vida entera, por volver a aquella sala en que, en 1917, dormimos quince o veinte hombres cuando tomamos el poder. Aquella noche nevaba y había niebla. Se oía el viento, los disparos, el sordo fragor del Neva en su crecida anual. El teléfono no paraba de sonar. A veces me digo: «Si fuera más joven y fuerte, regresaría a Rusia, empezaría de nuevo y moriría feliz y sin pensar... en una de aquellas fortalezas que tan bien conozco.»

El poder, la ilusión de tener en las manos el destino de otras personas, intoxica como el humo, igual que el vino. Cuando no lo posees, sientes un sufrimiento desconcertante, un malestar doloroso. Como ya he explicado, en otros momentos no experimento más que indiferencia, y quedarme aquí, esperando la muerte, que avanza hacia mí en su lenta marea, me produce una especie de alivio. No sufro. Sólo por la noche, cuando sube la fiebre, un hormigueo insoportable me recorre el cuerpo y los monótonos latidos resuenan en mis oídos y me obsesionan. Al amanecer se me pasa. Entonces, enciendo la lámpara y me quedo sentado a la mesa ante la ventana abierta, hasta que se hace de día y al fin me duermo.

4

El Comité Ejecutivo de Suiza se reunía anualmente para escoger, de la lista de altos funcionarios imperiales célebres por su crueldad y arbitrariedad, quiénes debían morir ese año. Mi madre había pertenecido a esa junta, que en mi época contaba con unos veinte miembros.

En 1903, el ministro de Instrucción Pública ruso era Valerian Alexándrovich Kurílov, un reaccionario universalmente odiado perteneciente a la escuela del político ultraconservador Pobedonóstsev. Se le atribuía una gran inteligencia y una saña tan implacable como fría. Protegido por el zar Alejandro III y el príncipe Nelrode, no pertenecía a la alta nobleza pero, como suele ocurrir en estos casos, se mostraba «más papista que el Papa», llevando al extremo el odio a la Revolución y el desprecio hacia el pueblo característicos de las clases dominantes del país.

Era alto y grueso, lento de palabra y movimientos. Los estudiantes lo apodaban el Cachalote («feroz y voraz»), por su crueldad, ambición y avidez de honores. Era sumamente tenido.

Los dirigentes del Partido querían que se le diera muerte en público y del modo más espectacular, a fin de causar el mayor impacto posible entre la gente. Así que el atentado presentaba mayores dificultades que de costumbre. En efecto, no bastaba con fiarse de la suerte al arrojar la bomba o apretar el gatillo, como solía hacerse; habría que elegir el momento y el lugar con gran esmero. La primera persona que me había hablado de aquel hombre fue Schwann. Cuando lo conocí, el doctor debía de rondar los sesenta. Era un hombre menudo, flaco, tan frágil y liviano como una bailarina. Un pelo crespo, esponjoso y totalmente cano, de un blanco lunar o lácteo, aureolaba su cabeza. Tenía la cara pequeña y angulosa; los labios finos se plegaban en una mueca cruel y la nariz era estrecha y ganchuda como un pico. Estaba loco. No enloqueció de forma oficial, por decirlo así, hasta después de mi partida, y acabó sus días internado en Lausana. Pero en la época a que me refiero ya me inspiraba un miedo y una repugnancia instintivos. Poseía cierto talento: había sido uno de los primeros en utilizar el neumotórax para el tratamiento de la tuberculosis pulmonar. Le gustaba tanto destruir como curar.

Aún me parece estar viéndolo en el balcón junto a mí, un niño de doce años tumbado, envuelto en mantas de pieles, mientras la luna iluminaba los abetos, la espesa nieve azulada, el pequeño lago helado que relucía en la oscuridad, y la aureola de su cabello cano, mientras él, enfundado en un extraordinario batín estampado con ramas de un azul y un rosa pálidos, me comentaba la doctrina terrorista.

—Lonya, imagínate que ves a un tipejo como ése, gordo, seboso, ahíto de la sangre y el sudor del pueblo... Te ríes y piensas: «Espera, amiguito, espera...» No te conoce. Tú estás allí, en la oscuridad. Haces un movimiento así... Levantas la mano... Una bomba no abulta mucho, ¿sabes? Puede esconderse en un chal, en un ramo de flores... ¡Bum! ¡Y adiós! Se acabó el tipejo, convertido en un amasijo de carne y huesos —me decía en un tono susurrante, entrecortado por la risa—. Y

también su alma. *Animula vagula, blandula...*

Tenía la manía de las citas latinas, como el pobre Kurílov.

Entrelazaba los dedos de un modo curioso, como si trenzara esparto. Su nariz aguileña y sus finos labios destacaban con acerada y cortante nitidez sobre el fondo azulado y plata de los abetos, la nieve y la luna.

En calidad de dirigente del Partido, a veces aportaba sumas considerables, nunca pude entender cómo. Algunos aseguran que también era informador, pero no lo creo.

Fue él quien me llevó a la reunión del Comité Ejecutivo en 1903. Era una noche de invierno fría y clara. Viajamos a Lausana en el pequeño tren cremallera que descendía chirriando por campos cubiertos de un hielo duro y crujiente como la sal. Estábamos solos en el vagón. Schwann iba envuelto en una capa de pastor y, pese al frío, con la cabeza descubierta, como de costumbre.

Allí volvió a hablarme del Cachalote, siempre con su susurrante voz.

El Partido ya había intentado asesinarlo en dos ocasiones, pero los encargados de hacerlo habían sido detenidos y ahorcados. El Comité había acabado admitiendo la práctica imposibilidad de que el atentado lo llevara a cabo un ruso, pues la policía conocía a todos los sospechosos; por muy bien que se disfrazaran, no podrían ocultar su verdadera identidad mucho tiempo. Y su detención comprometería a los demás miembros del Partido, y tal vez supusiera su final.

Además, desde hacía algún tiempo, los atentados terroristas se silenciaban; la prensa extranjera apenas los mencionaba. Y el del ministro, *como* ya he dicho, debía ejecutarse de forma aparatosa, a la vista del pueblo y a ser posible de los embajadores extranjeros, en un lugar público, durante una ceremonia o una fiesta. Todo ello multiplicaba la dificultad. Yo era un desconocido tanto para la policía como para los revolucionarios de Rusia. Hablaba ruso, aunque con marcado acento francés, lo que podía resultar ventajoso. No sería difícil introducirme en el país con un pasaporte suizo.

Hoy, tantos años después, me cuesta recordar lo que sentía exactamente mientras escuchaba al doctor Schwann. El Comité tenía fama de justo; sólo condenaba a individuos culpables de crímenes. Y la convicción de que pondría en peligro mi vida tanto como la del propio ministro justificaba el asesinato y lo absolvía. Además, sólo tenía veintidós años; no me parecía al hombre que soy ahora. Lo único que conocía del mundo era un sanatorio y una pequeña y oscura habitación en Montrouge. Sentía sed, ansia de vivir, y empezaba a gustarme esa sensación de tener entre las manos, como un pájaro vivo, el destino de un ser humano.

No dije nada. Di unos golpecitos en el cristal de la ventanilla, cubierto de nieve, y contemplé el paisaje. No tardamos en divisar la llanura; los bosques de abetos iban espaciándose. En la oscuridad se veían brillar sus ramas heladas, iluminadas por las tempranas hogueras de los leñadores.

Por fin llegamos a Lausana, donde esa noche se reunía el Comité.

Conocía a todos sus miembros, pero era la primera vez que los veía juntos. Allí estaban Ludin y su mujer, Rubakov, Brodsky, Dora Eisen, Leonidov, Herz...

Con los años, la mayoría moriría de manera violenta; algunos, en cambio, supieron abandonar a tiempo. Herz todavía vive, aquí, en Francia. Cuando aún iba a Niza me lo encontré una vez en la Promenade des Anglais, cogido del brazo de su mujer y sujetando la correa de un caniche blanco; parecía viejo y enfermo, pero tranquilo, como un buen pequeñoburgués. Pasó junto a mí sin reconocirme.

En su día, el gobernador militar Rimsky y el ministro Bobrínov habían muerto por orden suya. En 1907 debía hacer saltar por los aires el tren del zar, pero por error ordenó arrojar la bomba bajo el convoy San Petersburgo-Yalta, cuando el emperador y la familia imperial viajaban en sentido opuesto. Esa equivocación costó la vida a veinte seres humanos (sin contar a los hombres que lanzaron el artefacto obedeciendo sus órdenes y que no tuvieron tiempo de salvarse; gajes del oficio).

La reunión del Comité de 1903 se celebró en casa de Ludin y apenas duró una hora. Para no despertar las sospechas de los vecinos, frente a la ventana había una mesa bien iluminada con botellas de vino. De vez en cuando, una de las dos mujeres presentes se sentaba al viejo piano, colocado en una esquina, y tocaba un vals. Me entregaron un pasaporte a nombre de Marcel Legrand, natural de Ginebra, un título falso de doctor en Medicina y dinero. Luego, cada cual volvió a su casa y yo al hotel.

5

Me acuerdo con toda claridad de la habitación en que pasé esa noche. La vieja y raída alfombra mostraba un camino de un tono más claro, por el que me paseé maquinalmente hasta el amanecer. Sobre el lavabo, un pequeño espejo empañado reflejaba los muebles de madera oscura, el empapelado verde de las paredes y mi pálido e inquieto rostro. Abrí la ventana, lo recuerdo. Me obligué a mirar una pequeña iglesia gris con el tejado cubierto de franjas de nieve. En la calle desierta se veían tristes luces aquí y allá. Sentía un cansancio y un desánimo indecibles. Durante toda mi vida, antes de ejecutar una acción de la que dependiera el destino del Partido —y no me refiero a mi propia existencia, que nunca me importó mucho—, siempre fui presa de una indiferencia glacial. Pero el aire puro y frío acabó reanimándome. Y poco a poco, la sorda exaltación que había sentido en el tren volvió a apoderarse de mí ante la idea de que iba a abandonar aquel país de muerte, de que estaba curado, de que me esperaba la vida del revolucionario, con sus pasiones y luchas, y tantas otras cosas...

Permanecí en aquel hotel varios días, hasta que por fin, la mañana del 25 de enero de 1903, recibí la orden de partir. Debía viajar a Kiev, y una vez allí entrar en contacto con una mujer llamada Fanny Zart, que me acompañaría a San Petersburgo y ayudaría. Cuando abandoné Lausana, ocurrió un hecho extraño, que aunque fuera insignificante y no ejerciera la menor influencia en mi vida, me impresionó y no he olvidado, a tal punto que todavía hoy lo revivo en sueños.

Durante la jornada, había tenido que trasladarme a Monts a fin de encontrarme por última vez con el doctor Schwann. Para regresar a Lausana tomé un lento trenecillo que avanzaba renqueante y paraba en todas las estaciones, con llegada prevista para la medianoche.

Entramos en Vevey alrededor de las diez. La estación parecía vacía y sólo el tintineo de la campanilla perturbaba el profundo silencio.

De pronto, por la ventanilla vi a un hombre que corría por el andén en dirección al ferrocarril, que en ese instante hacía su entrada en la estación. Avanzábamos lentamente, y aquella persona parecía dispuesta a arrojarse bajo las ruedas. Una mujer a mi lado soltó un chillido. De repente, el hombre giró sobre sí mismo, trazó una especie de círculo, como ciertas aves que descienden planeando, y se desplomó, para a continuación levantarse, correr y derrumbarse de nuevo.

Y así dos, tres veces, hasta quedar definitivamente tendido en el suelo, agitado por débiles convulsiones.

El tren se había detenido. Alertados, varios viajeros saltaron del convoy y alzaron al hombre del suelo. Los vi inclinarse sobre él y hacerle preguntas. Por toda respuesta, agitó la mano en un gesto de sorprendida y débil negación y acto seguido rompió a llorar de manera convulsa.

Lo sentaron en un banco, lo observaron por unos instantes y luego lo dejaron solo, pues el

ferrocarril ya reanudaba la marcha. Me llevé conmigo la imagen de aquella persona sola en una estación desierta una fría noche de enero, un hombre grueso vestido de luto, con un gran bigote moreno, un sombrero de fieltro negro y las anchas manos entrelazadas sobre las rodillas en un gesto apático y desesperado.

Más tarde, muchas veces me pregunté por qué me produjo tanta impresión; sea como fuere, el rostro de aquel hombre me persiguió durante años y en sueños sus rasgos se mezclaban con los del Cachalote tras el asesinato. Guardaban cierto parecido.

Una vez en Kiev, encontré a la estudiante de Medicina Fanny Zart en la dirección indicada. Tenía veinte años, el talle grueso, el pelo negro con sendos bucles a modo de patillas, la nariz larga y recta, una boca grande con el labio inferior colgante, que le confería una expresión obstinada y desdeñosa, y unos ojos como no he visto más que en las mujeres del Partido (me refiero a la segunda generación, ya que en nada se parecían a la mirada miope y cansada de mi madre), de una dureza y una fijeza inhumanas.

Era hija de un relojero de Odesa y hermana de un banquero muy rico de San Petersburgo, que aunque le pagaba los estudios no se relacionaba con ella. De modo que en su caso el odio a las clases acomodadas se había personificado en un pequeño y barrigudo banquero judío. Se había afiliado al Partido hacía tres años.

Vivía en una amplia habitación del último piso de un edificio que ocupaba un chaflán. Por sus ventanas se veían desde dos lados el mercado, la plaza y, más allá, una calle larga y estrecha en cuyo extremo se divisaba una encantadora iglesia dorada. Tiempo después, cuando tomamos Kiev, me acordé de aquella casa y mandé instalar ametralladoras allí. Los hombres de Makhno, al salir de la iglesia y dispersarse por la plaza, saqueando y matando, fueron cayendo fulminados.

Fanny me entregó el pasaporte de uno de sus hermanos, pues tenía instrucciones de no utilizar el nombre de Marcel Legrand hasta llegar a San Petersburgo, a fin de ocultar mi rastro lo mejor posible.

Esa misma tarde me instalé en su habitación. Pasaba solo casi toda la jornada. Ella asistía a las clases de la facultad y cuando volvía por la noche preparaba la cena. Luego hablábamos, o más bien hablaba ella, que no se cansaba de repasar los nombres de la lista de condenados.

Nevaba con intensidad sobre la plaza helada, que de vez en cuando cruzaba una pareja de policías de regreso a casa. En aquella época, Kiev era una oscura ciudad de provincias, pequeña y tranquila. En ningún sitio he visto puestas de sol tan hermosas, deslumbrantes y fúnebres. De pronto, hacia el oeste, el cielo parecía ensangrentarse y se cubría de una neblina púrpura. Innumerables cornejas volaban hasta que anochecía, ensordeciéndonos con sus graznidos y batir de alas.

Desde las ventanas veíamos las casas iluminadas, apacibles siluetas tras los cristales y, en las

tiendas, las temblorosas llamas de las lámparas de petróleo, que colocadas directamente en el suelo difundían una luz turbia.

Sólo me relacionaba con Fanny. Según las instrucciones recibidas, no debía conocer a ningún otro miembro del Partido. Puede que en esa época los dirigentes de Ginebra ya empezaran a sospechar de la traición de A.

Por fin, abandoné Kiev junto con mi compañera. Llegamos a San Petersburgo la víspera de Pascua.

6

Fui a la pensión que me recomendó Fanny y que regentaba una tal señora Schröder, una mujer de origen alemán que había empezado gestionando un burdel para acabar transformándolo en casa de huéspedes. Estaba a sueldo tanto de los revolucionarios como de la policía. La tolerancia de unos y otros permitía que esos sitios fueran especialmente seguros.

Acudían muchas prostitutas, que eran nuestras informadoras involuntarias y gratuitas. Por la noche, antes de volver a la avenida Nevsky o los cabarets, se reunían en la pensión de la Schröder. Poníamos la tetera y la botella de vodka sobre la mesa y, sin percatarse, nos suministraban más nombres y direcciones que un revolucionario profesional. Eran buenas chicas, dulces y sumamente desgraciadas. Reaccionarias de corazón, como suelen ser las prostitutas, muchas no sospechaban el papel que les hacían desempeñar ambos bandos, pero algunas traicionaban a unos y otros a sabiendas, por interés, celos o exceso de locuacidad.

La noche misma de nuestra llegada decidimos ir a la catedral de San Isaac, donde se celebraría una misa, ya que al día siguiente era domingo de Pascua. Según las informaciones de Fanny, estaba prevista la asistencia del ministro y yo podría verlo en persona, pues sólo lo conocía por fotografías.

Ese año la festividad de la Pascua coincidía con la de no recuerdo qué santo, de modo que Kurílov no iba a oír la misa en la capilla del ministerio, como de costumbre.

Fanny me indicaría quién era y luego desaparecería, pues la buscaba la policía por un asunto de impresión clandestina, motivo por el cual el Partido había descartado encargarle el atentado. Era un ser de una inteligencia y una capacidad de decisión extraordinarias, animada por una especie de inquietud febril, de tensión perpetua, que en ese grado sólo he visto en mujeres capaces de auténticas proezas de resistencia y energía pero que, de repente, se venían abajo y optaban por suicidarse, o se pasaban al enemigo y nos traicionaban. Muchas, no obstante, murieron valientemente.

Por la tarde, Fanny había conseguido dinero y ropa de campesina para ella.

Cogimos dos grandes cirios y los *kulitchs*, los bizcochos de Pascua que era costumbre llevar a bendecir a la catedral, y nos dirigimos hacia el templo dando un rodeo, porque mi compañera quería enseñarme el palacio del ministerio, donde vivía Kurílov.

Yo iba contemplando San Petersburgo, que me parecía de una belleza asombrosa. Ese año, la Pascua había caído muy tarde y las noches ya eran claras.

Se veían perfectamente los palacios rojos, los muelles, las oscuras casas de granito. Me detuve ante el ministerio para admirar las columnas y los balcones de hierro forjado. La piedra tenía el rojo oscuro de los edificios oficiales, un tono de sangre seca. La alta verja rodeaba un jardín aún desnudo, entre cuyas ramas peladas se divisaba un patio de arena y una ancha escalinata de mármol

blanco.

Nos encaminamos hacia San Isaac. Las calles estaban llenas de gente humilde que, al igual que nosotros, llevaba cirios y *kulitchs* envueltos en servilletas blancas comprados en puestos ambulantes. Los coches circulaban con lentitud. Llegamos a la plaza, donde la muchedumbre aguardaba. Vi pasar a miembros del cuerpo diplomático, ministros, altos dignatarios, mujeres... Luego entramos con la plebe, santiguándonos como los demás.

Fanny me condujo a un rincón apartado desde el que veíamos los primeros bancos. El olor y la humareda del incienso eran tales que, con las sienes palpitantes y como a través de una nube, percibía la presencia de una multitud de trajes de noche y relumbrantes uniformes con cordones y estrellas. Las caras, iluminadas por los cirios, se me antojaban tan amarillentas como las de los muertos, y las bocas estaban flanqueadas por profundas sombras. Los sacerdotes, deslumbrantes, entonaban sus cánticos y balanceaban sus incensarios hacia nosotros.

—Es el tercero del primer banco de la izquierda, está entre dos mujeres —me dijo Fanny—. Una lleva un sombrero con plumas de ave del paraíso; la otra, la joven, un vestido blanco.

A través del flotante incienso, divisé entonces a un individuo grueso y muy alto con el pelo y las cejas casi encanecidos, la barba rojiza y recta y una expresión implacable, altiva y severa. Lo observé largo rato. Permanecía tan inmóvil como una estatua. De vez en cuando, su mano se alzaba para hacer la señal de la cruz; pero el grueso cuello y la cara, ancha e imponente, no se movían; ni siquiera parpadeaba: sus grandes y claros ojos miraban al frente, fijos en el altar.

Sujetándose con fuerza la pañoleta roja bajo la barbilla, Fanny lo observaba con ojos brillantes. Un centenar de policías, *unos de uniforme y otros de paisano, pero* inconfundibles por su rigidez y un aspecto arrogante y brutal, formaban un cordón que separaba del pueblo a aquella rutilante reunión de dignatarios y ministros.

Empezaba a hacer tanto calor que la sangre se me agolpaba en las sienes y oía mis sordos y desacompasados latidos. Nos habíamos arrodillado, como la gente que nos rodeaba, y aquellos cánticos parecían caer de las magníficas bóvedas y derramarse sobre nuestras cabezas.

Ahora ya no veía a Kurílov. Me sentía presa de la somnolencia y febril, maquinalmente, rocé la losa de delante con la frente, como todo el mundo. Un hálito helado, un olor a fría humedad, ascendía a bocanadas del suelo de mármol.

La misa acabó y salimos. Los policías apartaron a la gente. Vi subir al coche al ministro, ayudado por un lacayo que llevaba un sombrero negro con una escarapela.

Los concelebrantes dieron la primera vuelta alrededor de la catedral; en la clara noche de primavera, vimos flotar las largas cintas de los iconos. Por fin, pasaron por tercera vez con la reluciente cruz, y luego sus cánticos se perdieron a lo lejos.

Nos alejamos y tomamos la avenida Nevsky camino de la pensión. Llevábamos los cirios encendidos, como toda la gente. El olor a cera colmaba el aire y las llamas ardían altas,

transparentes y rectas, pues la noche era apacible en grado sumo, sin el menor soplo de brisa.

—Presagio de paz, presagio de felicidad —dijeron unas mujeres detrás de nosotros protegiendo con la mano las brillantes llamas.

Sobre nuestras cabezas el cielo empezaba apenas a oscurecerse, pero el horizonte, impregnado todavía de una claridad rosa, coloreaba la superficie de los canales con leves sombras y cambiantes reflejos.

Volvimos a pasar ante la verja abierta del ministerio. Los coches penetraban en el jardín. En las ventanas destacaban con claridad mujeres con traje de noche y nos llegaba el rumor apagado de la música. El edificio estaba totalmente iluminado.

No sé por qué, mientras vagaba por las calles enfermo (porque el olor a incienso y el calor de la catedral me habían provocado náuseas y fiebre), al recordar el impassible y gélido rostro del ministro sentí odio por primera vez en mi vida. Mi corazón rebosaba de hiel.

Fanny, que parecía extrañamente capaz de intuir mis estados de ánimo, me miró.

—¿Y bien? —preguntó con sequedad.

Me limité a encogerme de hombros.

Entonces aquella chica, que era desconfiada y orgullosa, me habló de sí misma por primera vez. Sentados en uno de los bancos de granito de los muelles, me contó su vida. El aire del Neva, todavía puro y saturado de helor, apagó nuestros cirios.

Después oí relatos similares de labios de muchas mujeres del Partido. Todas sus vidas se parecían, al igual que su orgullo herido y su sed de libertad y venganza. Pero en el tono y las palabras de Fanny percibí una afectación que me molestaba y dejaba indiferente. Estaba visiblemente emocionada; sus ojos buscaban los míos con una especie de buena voluntad, de afán de conmoverme, de sumirme en la compasión, la admiración y el horror. Yo apenas la escuchaba; esa noche todo me parecía una pesadilla, y sus palabras se confundían en una fantasmagoría de sueño y fiebre.

Pasé un mes vigilando el palacio y buscando en vano el modo de entrar en él. Poco a poco, empecé a sentir un entusiasmo apasionado. Deambulaba por las inmediaciones del edificio día y noche, preguntaba a la pequeña muchedumbre de proveedores, empleados subalternos del ministerio y tenderos charlatanes del barrio... Al poco tiempo, conocía la faceta pública de la vida de Kurílov, sus costumbres, los días y las horas en que visitaba al zar, los nombres de sus amigos, lo que opinaba la gente de él... «Feroz» y «ambicioso» eran los adjetivos más repetidos. Supe que había perdido a su primera mujer, perteneciente a una familia influyente protegida por la emperatriz madre, quien había favorecido el ascenso del ministro. Desde la subida al trono de Nicolás II, el protector de Kurílov era el príncipe Alejandro Alexándrovich Nelrode.

De su primer matrimonio tenía un hijo y una hija, que vivían con él. El varón todavía era un niño, pero la chica ya estaba en edad de merecer. Tras un año largo de viudez, había acabado casándose con su amante francesa, Marguerite Darcy, más conocida como Margot, una mujer galante, antigua actriz de operetas, con quien el ministro mantenía relaciones desde joven.

Un día vi salir del palacio a la señora Kurílov acompañada por su hijastra, y las reconocí como las mujeres que habían flanqueado a su excelencia en la catedral. La chica, que parecía muy joven, casi una niña, era menuda y morena, pálida y frágil, bastante bonita y de grandes ojos azules. En cuanto a la mujer, era un ser extraordinario: recordaba a una vieja y marchita ave del paraíso que fuera perdiendo las vistosas plumas, pero resplandeciera aún con un brillo de joya falsa, de alhaja de guardarropía. Iba demasiado maquillada; el sol de mediodía resaltaba cruelmente las manchas rosadas de sus mejillas y las finas y profundas arrugas. Con los años, su cara debía de haberse abotagado, pero la pureza de algunos rasgos aún permitía intuir que había sido hermosa.

Pasó por mi lado, me rozó y, tras recoger el vuelo de encajes de su falda, me miró. A escasa distancia de los míos, la belleza de sus ojos me sorprendió. Negros, relucientes bajo los finos y oscuros párpados, de una mirada profunda y desengañada que me impresionó y recordó a una vieja prostituta a quien había conocido en la pensión de la Schröder, una ruina, pero con idéntica expresión de hondo cansancio.

Murmuró una disculpa con marcado acento francés (su voz era afectada y desagradable) y se alejó. La seguí unos minutos. Andaba de un modo ridículo, a saltitos, como esas viejas actrices ajamonadas por la edad que temen hacer crujir las tablas del escenario bajo sus pies.

—Esa mujer ha mantenido relaciones con él a la vista de todo el mundo durante catorce años —me explicó Fanny más tarde—. En su casa de las islas organizan orgías infames.

Cuando salía el propio Kurílov, evitaba hallarme cerca, pues temía atraer la atención de los informadores, que sobre todo a las horas en que iba a visitar al zar parecían acudir al ministerio

desde todos los rincones de la ciudad, como si el único objetivo fuera señalar su presencia al barrio entero. Más tarde me enteré de que los ministros en semidesgracia eran sometidos a aquella torpe y provocadora vigilancia. Pero en su momento me desconcertó.

Lo vi en una sola ocasión y casi por casualidad. Sin querer, yo volvía a aquel barrio y aquel edificio una y otra vez. Un día estaba pasando ante la verja cuando, por algunos indicios en la calle, me di cuenta de que iba a salir: el portero y los policías, en actitud atenta y severa, estaban aún más rígidos que de costumbre. Aquí y allí, en las esquinas, se veían agentes de paisano. (Había aprendido a reconocerlos, pues eran los únicos habitantes de San Petersburgo que, hiciera el tiempo que hiciese, llevaban un bombín negro y un enorme paraguas cerrado.)

La puerta se abrió y Kurílov se dirigió hacia el coche seguido por un secretario. Caminaba rápidamente con el ceño fruncido y expresión malhumorada, sombría. Me arrimé a la pared y lo observé. Por extraño que resulte, volvió la vista hacia mí, como su mujer, pero pareció que en lugar de verme me atravesara con la mirada. Por un instante, pensé que yo era la encarnación que la muerte había decidido adoptar para él en este mundo, y también —estaba tan gordo y era tan impasible y solemne...— que disfrutaría al ver convertidos en «un amasijo de carne y huesos» aquella soberbia mole cubierta de condecoraciones y aquel rostro implacable. En ese momento lo odiaba, como en su día odié al doctor Schwann, con una intensidad casi física. Me volví; él pasó por mi lado y siguió su camino. Me dirigí a una pequeña taberna, en la que pedí comida y permanecí parte de la noche.

Al día siguiente me enteré por Fanny de la detención por orden del ministro de sesenta estudiantes acusados de actividades revolucionarias. Un profesor de Historia se había negado a responder a sus preguntas sobre la Comuna de París y los alumnos se habían sublevado como podían, es decir, de un modo pueril y estúpido, rompiendo los pupitres y entonando cánticos revolucionarios (*La Internacional* mezclada con *La Marsellesa*) durante la misa en la capilla. Los soldados habían desalojado las aulas.

Cené en la pensión, donde la Schröder me habló de la mujer de Kurílov, a quien había conocido con veinte años, «cuando cantaba la opereta *Giroflé-Girofla* en los pequeños cabarets de las islas. Luego se convirtió en la amante del príncipe Nelrode, antes de conocer a su excelencia».

—¿Sabe Kurílov que el príncipe lo precedió en los favores de la dama? —le pregunté.

Pero la mujer me contestó que, por algún extraño motivo, esa circunstancia aún había unido más a ambos hombres. Todavía seguía hablando cuando entró Fanny.

En el centro de la ciudad se comentaba que los soldados habían abierto fuego y se desconocía el número de muertos y heridos entre los jóvenes. Jamás he visto una expresión de odio como la de Fanny. Sus ojos verdes relampagueaban. Yo también me sentí conmocionado.

Cuando salimos, la ciudad se hallaba sumida por completo en el mutismo, como anonadada. En

el futuro iba a ser testigo de aquel extraordinario silencio muchas veces: el presagio más inequívoco de las revoluciones. Esa noche, en los talleres y las fábricas textiles se produjeron pequeñas revueltas parciales, reprimidas de inmediato con inaudita violencia.

Cruzamos casi todo San Petersburgo sin oír más que el chirrido de las persianas metálicas de las tiendas bajadas precipitadamente. En las pocas que seguían abiertas, la única iluminación consistía en una lámpara colocada en el suelo.

El gran patio rectangular de la universidad se hallaba cercado por una verja, pero cuando llegamos un grupo de hombres con camillas estaba entrando en él.

Los seguimos y a continuación la verja volvió a cerrarse a nuestras espaldas. Los edificios universitarios estaban sumidos en la oscuridad más absoluta. De pronto, en una de las salas se encendió una luz que se proyectó a través de las grandes vidrieras de los anfiteatros, brillando débilmente en la claridad nocturna. No sé por qué, producía una sensación indescriptiblemente siniestra.

Ocultos tras las altas columnas, permanecíamos inmóviles, fascinados a pesar del indudable peligro que estábamos corriendo, porque la policía recorría el lugar sin cesar.

Al otro lado de la calle, las casas también estaban cerradas y a oscuras. Nos disponíamos a marcharnos, aprovechando unas repentinas idas y venidas, cuando llegó un coche a toda velocidad y reconocimos a Kurílov.

Uno de los hombres que montaban guardia se separó del grupo y abrió la portezuela, pero el ministro le indicó por señas que no iba a bajar. Intercambiaron unas palabras, más aunque me encontraba cerca no logré captarlas. En la claridad de la noche, pura y serena como un crepúsculo occidental, distinguí la alta e inmóvil figura de Kurílov y su expresión, de una frialdad y una dureza inhumanas.

En ese momento se oyeron pasos en el patio y aparecieron los portadores de las camillas. Eran ocho, creo. Al pasar ante el coche, se detenían y levantaban la sábana.

Un hombre que permanecía junto al ministro, y al que todavía me parece estar viendo, un individuo menudo y pálido con un gran bigote amarillento y un tic que le hacía alzar el labio superior, apuntaba los nombres de las víctimas en un libro de registro. Los camilleros le tendían los carnets y demás documentos, seguramente pasaportes, encontrados entre las ropas de los cadáveres.

Por un instante, yo divisaba rostros jóvenes con los ojos cerrados y esa inequívoca expresión de secreto y profundo desdén propia de los muertos pocas horas después de fallecer, cuando las huellas del dolor y el miedo ya se han borrado de las facciones.

Se los llevaban para arrojarlos en un furgón negro estacionado cerca, con un gruñido sordo, un «¡uf!» de mozo de cuerda al soltar un fardo.

A una señal del ministro, los policías se apartaron y el coche se alejó a toda prisa. Aún me dio

tiempo de verlo acurrucarse en su asiento y bajarse el ala del sombrero. Aquella escena me causó un profundo horror.

8

Tenía planeado ofrecer mis servicios a Kurílov como ayuda de cámara, preceptor o médico francófono. Fue este último subterfugio el que prosperó. Uno de nuestros correligionarios de la embajada suiza me recomendó a su jefe y éste, con toda inocencia, al ministro, que en su traslado anual a la casa de las islas y después al Cáucaso siempre llevaba consigo a un doctor joven, de preferencia extranjero.

Acudí a la embajada y, por supuesto, con el pasaporte y las falsas cartas de recomendación, logré mi objetivo mucho más deprisa que si en verdad hubiera sido Marcel Legrand. Conseguí un escrito del embajador suizo en que respondía de mí desde el punto de vista político, y ese mismo día me presenté en el palacio.

Me recibió un secretario, que examinó mis documentos y se los quedó, rogándome que volviera a la mañana siguiente. Y así lo hice.

Estaba allí, esperando, cuando Kurílov cruzó la sala con pesadas zancadas y me tendió la mano. Me sorprendió lo diferentes que resultaban sus rasgos vistos de cerca respecto a como los recordaba. Parecía más viejo y su rostro, inmóvil en público como un bloque de mármol, más blando y fofo, de una adiposidad blancuzca. Tenía marcadas ojeras violáceas.

El día que nos habíamos cruzado delante de su casa, había reparado en su forma de mirarme con fijeza, al parecer sin verme, como si buscara algo al otro lado de un cristal. Era todo frente y orejas... Durante los escasos minutos que duró nuestra entrevista, sentí sus azules y cansados ojos clavados en mí. Más tarde me explicaron que aquella manera de posar pesadamente la vista en el rostro de su interlocutor, sin parpadear, era una manía de Alejandro III que sin duda su ministro procuraba imitar. Pero sobre todo parecía dominado por una idea obsesiva; más que temor, ante aquella mirada fija y ausente uno sentía una mezcla de incomodidad y desasosiego.

Me formuló algunas preguntas y quiso saber si podría instalarme en su casa de las islas el lunes de la semana siguiente.

—Pasaré allí el mes de junio —explicó—. Y el otoño en el Cáucaso.

Respondí que estaba conforme. Hizo una seña, y el secretario me acompañó a la puerta. Me marché.

El lunes fijado pedí que me llevaran a las islas. La casa de los Kurílov se alzaba en el punto más

extremo, en un lugar llamado la Flecha, desde el que se divisaba todo el golfo de Finlandia. El sol poniente se reflejaba en el mar, difundiendo una luminosidad plateada que se prolongó durante toda aquella noche de mayo. Delgados abedules y abetos enanos crecían en el esponjoso terreno, saturado de un agua negra, cenagosa. En mi vida he visto tantos mosquitos como allí; al anochecer, un vapor blancuzco se elevaba en torno a los edificios y el aire se llenaba de densas nubes de insectos.

En las islas había casas preciosas. Algunas villas de Niza me recuerdan la de Kurílov, que era del mismo estilo italiano, pomposo y rococó, de piedra color azafrán, con el zócalo pintado de un tono verdemar y adornada con grandes balcones ovalados.

Todo aquello quedó destruido durante la guerra civil. Recuerdo que siendo comisario político volví en una ocasión, con motivo de la batalla del 19 de octubre contra Yudénich, general del Ejército Blanco. Nuestros guardias rojos estaban acampados a orillas del golfo. No quedaba ni rastro de la casa, totalmente arrasada por los obuses, igual que si se la hubiera tragado la tierra. El agua, que había brotado por doquier, formaba un auténtico estanque, sereno y profundo, del que ascendía el molesto zumbido de los mosquitos. Aspiré el olor a humedad con un sentimiento extraño...

Durante un tiempo viví solo en la casa con Iván, el hijo del ministro, que contaba diez años, y su preceptor, un suizo llamado Frölich, pues el zar había retenido a su excelencia. Más tarde llegaron su mujer y su hija, Ina (Irene Valeriánovna), y por fin el propio Kurílov.

9

Valerian Alexándrovich llegó por la noche, tarde, cuando ya me había acostado. El ruido del coche en el empedrado del patio me despertó.

Me acerqué a la ventana. Un lacayo mantenía abierta la portezuela del vehículo. Bajó ayudado por un secretario. Cruzó el patio con pasos lentos y pesados, que parecían apisonar el suelo, como si le costara caminar. Al llegar a la escalinata, se detuvo, señaló sus maletas y dio unas órdenes que no pude oír. Lo observé; en esa época no me cansaba de mirarlo. Imagino que el pescador que lleva tiempo a orillas del río y siente al fin que la caña se comba y vibra en sus manos, y saca del agua un salmón o un esturión, debe de sentir lo mismo al contemplar la reluciente criatura que chorrea y se agita frente a él.

Hacia rato que Kurílov había entrado en la casa, pero yo permanecí allí, imaginando febrilmente el instante en que lo vería muerto a mis pies.

Esa noche no volví a acostarme. Estaba leyendo, cuando entró un criado.

—Baje enseguida —me pidió—. Su excelencia se encuentra mal.

Lo seguí hasta la habitación del ministro. Al acercarme oí una voz que me costó reconocer como suya, una especie de incesante queja punteada de gemidos y suspiros:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Dese prisa —me urgió el criado—. Su excelencia está muy mal.

Entré en la habitación, donde reinaba el desorden más absoluto. Lo vi tendido en la cama, completamente desnudo, con el grueso y amarillento cuerpo iluminado por una vela. No paraba de volverse a un lado y otro, tratando sin duda de hallar una postura que lo aliviara, pero cada movimiento le arrancaba un grito de dolor. Al reparar en mí intentó hablar, mas de pronto brotó de su boca un vómito oscuro. Examiné sus demacradas mejillas y el borde interior de sus párpados, cercados por marcadas ojeras. Kurílov se señalaba la zona del hígado gimiendo y siguiéndome con sus grandes y dilatados ojos. Intenté palparlo, pero la grasa abdominal me lo impidió; no obstante, advertí la anormal delgadez del tórax y las piernas, en contraste con el abultado vientre.

Arrodillada sobre la cama, su mujer le sujetaba la cabeza con ambas manos.

—¿El hígado? —le pregunté.

Ella me indicó una jeringuilla de morfina preparada sobre la mesilla de noche.

—El profesor Langenberg es quien suele cuidar a su excelencia —murmuró—. Pero estaba ausente.

Le inyecté la morfina y le cubrí la zona del hígado con compresas calientes. El ministro se sumió en un duermevela entrecortado por quejidos.

Durante cerca de una hora estuve cambiando las compresas. El enfermo había dejado de gemir y tan sólo suspiraba profundamente de vez en cuando. Su cuerpo sin vello se hallaba recubierto de una grasa blancuzca que parecía sebo. Me fijé en el pequeño icono de oro que llevaba colgado al cuello de un cordón de seda. De todas las paredes de la habitación, una estancia enorme y oscura de trazado irregular, tapizada de muaré de un verde casi negro, pendían imágenes de la Virgen y los santos, como una capilla. Un enorme icono en un marco de oro ocupaba una esquina entera; era la imagen de una Virgen negra, con un tocado de pedrería y un rostro doliente y poco agraciado. Las vacilantes lamparillas de los iconos iluminaban los oscuros muros aquí y allá. Encima de la cama conté tres, escalonados sobre los pliegues de una colgadura.

Entretanto, la mujer del ministro no se había movido. Seguía sosteniendo con cuidado la pesada cabeza y contemplando el tenso y demacrado rostro, como si fuera el de un niño dormido.

Le indiqué que lo dejara, que estaba inconsciente. Ella no respondió; sin dar muestras de haberme oído, abrazó aún con más fuerza la cabeza de su marido. Kurílov respiraba con dificultad, con la boca muy abierta, las ventanas de la nariz dilatadas y los grandes ojos azules brillantes bajo los párpados entrecerrados.

—Valia, mi amor... Valia, cariño mío... —iba susurrándole ella.

La miré con atención. Parecía agotada; sin maquillaje, su rostro era el de una mujer muy vieja que, sin embargo, debía de haber sido hermosa. Lo ridículo y lo patético se mezclaban en ella de un modo extraordinario. Lucía un peinado de ricitos dorados, propio de una niña; tenía la boca rodeada de finas y marcadas arrugas que parecían grietas en una pintura y los ojos cercados por profundas ojeras que oscurecían hasta el borde del párpado, y tal vez fuera lo que confiriera a su mirada aquella expresión penetrante y cansada.

—¿No tendrá frío? —me preguntó—. Cuando le duele tanto, no soporta ni el roce de las sábanas.

Fui por una manta y envolví el cuerpo desnudo del ministro, que empezaba a tiritar de frío y fiebre. Procedí con sumo cuidado, pero en determinado momento rocé sin querer la zona del hígado, lo que le arrancó una especie de quejido animal que, no sé por qué, me conmovió.

—Bueno, bueno... —le susurré—. Ya ha pasado.

Le puse la mano en la frente y luego le enjuagué el sudor. Yo tenía las manos frías y él estaba ardiendo, así que supuse que lo aliviaría. Pasé la mano una vez más sobre su rostro, lentamente, y lo miré.

—¿Estás mejor, Valia, amor mío? —le susurró su mujer.

—Déjelo —insistí—. Está dormido.

Ella le enderezó la cabeza con cuidado en la almohada. Cogí un frasco de vinagre que tenía cerca, me mojé las manos y recomencé. Kurílov estaba tumbado boca arriba ante mí. Pese al dolor, el pálido rostro conservaba su expresión habitual de frialdad y dureza.

El criado, que se había quedado en un rincón y estaba durmiéndose de pie, preguntó en un susurro:

—¿Quiere que intente localizar al profesor Langenberg de nuevo?

—¡Sí, sí! —se apresuró a responder la señora Kurílov—. Deprisa. Dese prisa.

Me alejé de la cama y me senté en el alféizar de la ventana, donde podía fumar y respirar mejor. Había amanecido y empezaban a circular los primeros coches.

Al cabo de un rato, el ministro se incorporó y me indicó que me acercara.

—Han ido a buscar al profesor Langenberg —le expliqué.

—Gracias. Me ha cuidado muy bien. Parece usted competente —dijo en francés, con voz ronca y dulcificada.

Debía de haber sufrido enormemente; tenía la tez grisácea y estaba muy ojeroso. Su mujer se inclinó hacia él, le acarició la mejilla con suavidad y se quedó de pie junto a su cabecera, mirándolo con angustiada atención.

Él me pidió que lo auscultara. Lo sometí a un rápido examen y, en respuesta a sus preguntas, dije que a mi entender sufría un gran agotamiento. El mal estado general de su organismo me había dejado estupefacto. Parecía de hierro, y por su aspecto, su corpulencia, su estatura, recordaba a un coloso. Sin embargo, tenía los pulmones obstruidos, un corazón irregular y agitado, y ni un solo músculo bajo aquella masa de carne.

Volví con precaución a la zona del hígado, pues creí haber palpado un grosor anormal.

—Por Dios... —masculló palideciendo aún más y apartándose—. Ahí, ahí... —dijo señalándose el costado derecho—. Es como si me clavaran una navaja.

Era evidente que al moverse había aumentado su dolor. Soltó un gemido, pero apretó los dientes con rabia. Habitado a mandar con el gesto y la mirada, inconscientemente trataba de hacer lo mismo cuando se enfrentaba a la enfermedad y la muerte.

Al cabo de un rato pareció calmarse y volvió a hablar. Con tono débil, aseguró que su vida era difícil y que se sentía exhausto. Suspiró varias veces y agitó una manaza ligeramente temblorosa.

—Usted lo ignora porque no conoce este país, pero estamos viviendo momentos muy difíciles. La autoridad se ha debilitado y los servidores del zar hemos de soportar una pesada carga.

A medida que avanzaba en su parlamento, su lenguaje iba volviéndose más afectado y pomposo. Aquellas estudiadas frases contrastaban de un modo extraño con su viejo y agotado rostro, con los ojos aún empañados por el intenso dolor.

Se interrumpió y miró a su mujer.

—Ve a descansar, Marguerite —le dijo con dulzura.

Ella le dio un largo beso en la frente y abandonó la habitación.

Fui tras ella, la alcancé y la miré fijamente.

—Son crisis hepáticas, ¿verdad? —me preguntó con el cansado rostro crispado por la duda y la angustia.

—Sin duda.

—Verá... —empezó tras una vacilación, y enseguida bajó la voz—. Ese Langenberg... Estos médicos rusos no me inspiran confianza... Si no fuera ministro, sería distinto, ¡seguro! Pero se esconden unos detrás de otros para no asumir responsabilidades. Tienen miedo y escurren el bulto, estoy segura. —Hablaba con marcado acento parisino, arrastrando las erres y comiéndose la mitad de las letras—. ¿Es usted francés, doctor?

—No; suizo.

—¡Ah, lástima! —exclamó, y por unos instantes se perdió en sus ensoñaciones—. Pero... ¿conoce París? —preguntó al fin.

—Sí.

—Yo soy parisina —anunció mirándome con orgullo, y esbozó una sonrisa maquinal que hizo brillar sus ojos y dientes—. ¡Parisina!

Habíamos llegado al pie de la escalera. Me aparté para cederle el paso. Ella se recogió la falda, levantó un pie —un pie todavía bonito, fino y curvado, calzado con chinelas doradas de tacón alto— y se dispuso a posarlo... justo en el instante en que a una doncella que cruzaba la galería se le cayó una bandeja.

Percibí el estrépito de la vajilla rota y el asustado y agudo grito de la chica. La señora Kurílov, pálida y rígida, parecía clavada al suelo. Intenté tranquilizarla, pero no me oía. Seguía inmóvil, desencajada; sólo sus labios habían esbozado una mueca grotesca y lastimosa.

Abrí la puerta del salón y le señalé a la doncella, que arrodillada recogía del suelo los pedazos de porcelana. Únicamente entonces la dama recuperó el color. Luego soltó un profundo

suspiro y subió sin decir nada. En el rellano, antes de desaparecer, se volvió y esforzándose por sonreír murmuró:

—Vivo con el miedo constante a un atentado. El pueblo adora a mi marido, pero... —Sin acabar la frase, bajó la cabeza y se marchó a paso vivo.

A partir de ese día, cada vez que el ministro se retrasaba me la encontraba asomada a la ventana, esperando sin duda ver aparecer en el recodo del camino una camilla con un cuerpo exánime. Todo ruido inesperado de pasos o voces en la casa le provocaba el mismo sobresalto, idéntica palidez y una lastimosa expresión de animal acosado que espera un golpe sin saber de dónde llegará.

Tras el atentado, lo recuerdo muy bien, permanecí bajo custodia en la habitación contigua a la que ocupaba el cadáver. Ella entró: tenía los ojos secos y parecía casi tranquila, liberada.

10

Al día siguiente, Kurílov me hizo llamar durante la visita de Langenberg.

Era un individuo muy alto y rubio con aspecto de alemán, espesa barba recta y gafas, tras cuyos cristales relucía una mirada penetrante, irónica y fría. Cuando tocaba al enfermo, sus húmedas y heladas manos le provocaban estremecimientos nerviosos que yo, sentado como estaba al pie del lecho, percibiría sin dificultad.

Langenberg parecía disfrutar. Palpaba y movía el gimiente corpachón del ministro en silencio con una expresión burlona que me irritaba.

—Bien, bien...

—¿Debo seguir guardando cama?

—Unos días, no demasiados... ¿Tiene mucho trabajo en estos momentos?

—Mis ocupaciones no son de las que admiten interrupción—respondió Kurílov frunciendo el ceño.

—¿No, ha notado un bulto al examinarlo? —me preguntó Langenberg en un aparte antes de marcharse.

Respondí que incluso me parecía muy bien delimitado y Langenberg asintió repetidamente.

—Sí, sí...

—Es un cáncer.

—Eso no lo sé —replicó Langenberg, y se encogió de hombros—. En cualquier caso, el tumor se halla en la primera fase. Si no fuera quien es, sino un enfermo cualquiera... *ein Kerl*, un tipo normal y corriente, podría operarlo, lo que le prolongaría la vida unos años. Pero se trata de Kurílov, ¿cómo aceptar semejante responsabilidad?

Íbamos y veníamos por la pequeña y luminosa galería que llevaba a la habitación del enfermo.

—¿Él lo sabe?

—Por supuesto que no —se apresuró a responder Langenberg—. ¿Para qué? Ha consultado a no sé cuántos médicos. Todos sospechan lo mismo y se niegan a operarlo. ¡Se trata de Kurílov! ¡Usted no puede entenderlo, no conoce este país, joven!

Tras prescribir un régimen alimenticio y algunos cuidados, se marchó.

La crisis duró unos diez días, durante los que me mudé a un pequeño cuarto contiguo a la habitación del ministro, desde el cual podía oírlo si me llamaba. Los secretarios y empleados del ministerio cruzaban sin cesar aquella parte de la casa cargados con informes y cartas. Los veía mientras aguardaban su turno, temblando al acercarse a la puerta cerrada. «¿De qué humor está hoy?», se preguntaban unos a otros en susurros.

Uno de ellos, un empleado subalterno cuyas funciones requerían su presencia junto al ministro varias veces durante la jornada, se santiguaba con disimulo antes de entrar. Recuerdo que era viejo, de aspecto digno y pulcro, y su rostro estaba pálido y tenso por la angustia. Sin embargo, Kurílov casi siempre hablaba de un modo tranquilo y educado, aunque frío y lacónico, sin apenas separar los labios. Rara vez se impacientaba; pero cuando lo hacía, su voz, según me llegaba al cuarto de al lado, resultaba irreconocible: ronco y jadeante, aullaba insultos, para interrumpirse de pronto, soltar un suspiro y, agitando la mano con cansancio, gritar:

—¡Largo! ¡Vete al infierno!

Un día, en mi presencia, la señora Kurílov se topó en el umbral de la habitación de su marido con una visitante a la que yo había visto varias veces, aunque ignoraba quién era, y a quien se dispensaba grandes muestras de respeto. Tenía uno de esos rostros macilentos y sin atractivo que, sin embargo, llaman y retienen la atención por la abrupta nitidez de las facciones. Su profunda mirada poseía una fijeza trágica. Se mantenía muy erguida, y su cabello, surcado de mechones canos y peinado en una onda sobre la frente, sus grandes dientes y el triple cuello emballonado de su vestido de paño gris con adornos de encaje le conferían un aspecto extraño y llamativo.

Al verla, la señora Kurílov se mostró confusa en grado sumo y, tras una breve vacilación, hizo una torpe reverencia. La mujer la miró posando los ojos de forma sucesiva en sus dorados cabellos, sus pintados párpados y su boca. Luego profirió una especie de leve suspiro y arqueó las cejas, mientras su pálida boca esbozaba una sonrisita irónica.

—¿Está mejor su excelencia? —le preguntó al fin con tono exasperado.

—Sí, mi marido ha mejorado, alteza —respondió la señora Kurílov.

Se produjo un breve silencio y a continuación la visitante entró. Por unos instantes, la esposa del ministro permaneció indecisa en medio de la estancia, antes de salir lentamente. Al pasar junto a mí sonrió con tristeza y se encogió de hombros.

—Qué forma de vestirse tienen estas mujeres, ¿verdad? —comentó en voz baja.

Al mirarla me di cuenta de que tenía los ojos humedecidos y una expresión de hondo cansancio.

En otra ocasión, me topé en la habitación del enfermo con un anciano ataviado con el uniforme blanco estival. Más tarde me enteré de que se trataba del príncipe Nelrode. En su presencia, la voz

del ministro cambiaba, se volvía profunda y adquiría una melodiosa y aterciopelada suavidad.

Cuando entré vi que estaba incorporado en la cama, sosteniéndose con un esfuerzo que lo hacía palidecer, pero sonriendo e inclinando la cabeza con solemnidad y una especie de respetuoso afecto. Al verme, su expresión cambió; reposó la cabeza en la almohada con majestuosidad y, en tono cansado, dijo entre dientes:

—Enseguida, señor Legrand, enseguida...

Le mostré la ampolla, ya preparada.

—Lo dejo, mi querido amigo —dijo el visitante, esbozando un gesto con la mano, y me miró con curiosidad sirviéndose un instante de los quevedos—. Sí, Langenberg me había comentado que tenía usted un médico nuevo.

—Y muy competente —respondió Kurílov, benévolo; pero acto seguido me clavó sus grandes ojos, cansados y altivos, y dijo—: Puede irse, señor Legrand; ya lo llamaré.

Empezaba a conocer todas las caras del ministro: las que ponía ante sus inferiores, sus iguales y aquellos a quienes necesitaba o respetaba. Y cada uno de sus tics, muecas, sonrisas y palabras, que eran, por así decirlo, clásicos y previsibles. Pero al anochecer, cuando entraba y lo veía a solas con su mujer, no podía evitar pensar que la naturaleza humana es en verdad extraña.

De noche me instalaba en su habitación y dormía en una tumbona, al lado de su alcoba. Subía tarde. Por lo general, en la casa reinaba un rumor de voces y pasos sofocado, ahogado con temerosa deferencia, más perceptible como el zumbido de un enjambre, pero con el crepúsculo todo enmudecía. Hacía frío, como es habitual en San Petersburgo al final de la primavera, cuando el hielo desciende del norte a lo largo del Neva. Recuerdo que entraba en la habitación y sólo se oían los chasquidos y chisporroteos de la leña en la estufa. En un rincón, una lámpara difundía una luz rosácea. Junto a la cama, sentada en una butaca baja, la señora Kurílov sostenía la mano de su marido entre las suyas.

—¿Ya? —exclamaba al verme, con voz aguda de pájaro—. ¿Ya son las once? Es hora de descansar, querido.

Me sentaba ante la ventana con un libro. Pasados unos instantes, ya se habían olvidado de mí y reanudaban su conversación en voz baja.

Poco a poco alzaba los ojos y, en la penumbra, veía aquellos dos rostros, transformados. Él, con la cabeza apoyada en la mano y una débil sonrisa aflorando a sus labios (aquellos labios de piedra, que parecían tan poco aptos para sonreír), la escuchaba sin cansarse. Hasta yo la escuchaba a veces con agrado. Y no es que fuera inteligente; nada más lejos de la realidad. Sin embargo, tenía una forma de expresarse caótica, fantasiosa, un poco absurda, que relajaba como el monótono rumor de un arroyo o el canto de un ave. Y también sabía callar y permanecer inmóvil, pendiente del menor deseo de su marido, tan alerta como una vieja gata. A aquella luz rosácea, que la dejaba medio oculta en la sombra, sólo se veían su dorado cabello, que empezaba a apagarse, y sus hermosos ojos. A

veces soltaba una exclamación, se encogía de hombros y empleaba el deje irónico, inimitable, de mujer experimentada y curtida en la vida. A menudo se le escapaba una especie de suspiro, de gemido involuntario.

—¡Ay, Dios mío, las cosas que he visto...! —Y acariciaba suavemente la mano de su marido—. Amor mío, mi pobre amor...

Para entonces ya se habían olvidado de mí. Ella lo llamaba «corazón mío», «amor mío», «cariño mío», apelativos que dirigidos a Kurílov, el feroz y voraz Cachalote, me conmovían.

—¡Ah! ¿Acaso crees que no me doy cuenta? —le dijo un día—. No debería haberte hecho caso. ¿Para qué casarnos? Éramos felices —aseguró, y de pronto calló, sin duda porque acababa de recordar mi presencia. Pero yo permanecí inmóvil. Suspiró y, bajando la voz, preguntó—: ¿Te acuerdas, Valia? ¿Recuerdas aquellos tiempos?

—Sí —se limitó a decir el ministro.

—Si les llegara el final... —murmuró ella vacilante, con expresión temerosa y esperanzada a la vez—. Quién sabe... Si ya no fueras ministro, nos marcharíamos de este país e iríamos a vivir a Francia...

De pronto reparé en que el rostro de él mudaba, se crispaba. Sus facciones y su mirada adquirieron una dureza inhumana.

—¿De verdad crees que me importa el poder? —dijo alzando levemente su engolada y solemne voz—. Es una carga. Pero mientras nuestro soberano me necesite, cumpliré con mi deber hasta el final.

Ella agachó la cabeza con tristeza. Kurílov empezaba a agitarse, a moverse a un lado y otro de la cama.

—Bueno, me voy —murmuró su mujer.

Él dudó un instante, abrió los ojos y la miró.

—Cántame algo antes de marcharte... —le pidió bajando el tono.

La señora Kurílov cantaba romanzas francesas, viejas arias de opereta, adelantando la pierna, doblando la cintura, moviendo la cabeza con aire triunfal, como antaño, sin duda, en los pequeños cabarets de las islas. No obstante, su voz aún era hermosa. Me volvía para no verla, a fin de oír solamente su sonoro y melodioso canto, pues mirarla me resultaba insoportable; me daba lástima y risa. ¿Y a él? Me preguntaba si realmente habría sido tan hermosa... En la casa no había ningún retrato suyo.

El ministro la miraba sin moverse, perdido en una vaga y apasionada ensoñación.

—¡Ah, ya nadie canta así!

Recuerdo que le cogió las manos y le dio unas palmaditas, como a una amiga, una niña o una esposa ya anciana, con una indiferencia afectuosa. Pero luego cerró los ojos y, sin duda, la memoria del pasado se abrió pasó en su mente. Vi que las manos se apretaban con más fuerza y sus dedos crispados emblanquecían. Ella sonrió, contrayendo levemente los labios con amarga melancolía.

—Los buenos tiempos ya han pasado, querido...

Su marido suspiró.

—La vida es corta —dijo con expresión azorada y ansiosa.

—En realidad es bastante larga. Es la juventud la que pasa deprisa... —puntualizó ella. Entonces Kurílov le susurró algo que no pude oír. Ella se encogió de hombros—. ¿De verdad?

Seguramente, antaño aquellas palabras y aquel gesto habían tenido un significado especial para ambos, porque la señora Kurílov se echó a reír, pero con tristeza, como si dijera: «¿Te acuerdas? Entonces, era joven...»

—¿De verdad? —repitió él imitándola—. ¿Cómo puedes preguntármelo? Mi querido pajarillo...

Cuando reía, le temblaba la barbilla y su mirada se volvía límpida y dulce.

Más tarde llegaban sus hijos, Ina y el chico, Iván, que era como su padre, grueso y frágil, de mejillas pálidas y orejas grandes, y enseguida se quedaba sin aliento.

Kurílov le hablaba con infinita ternura. Lo cogía, lo acariciaba y lo tenía abrazado largo rato.

—¡Ah, aquí está mi hijo, mi sucesor...! —exclamaba y suspirando le tocaba con suavidad el pelo y los brazos—. Mire, señor Legrand, está anémico —me decía, y aún recuerdo su gesto al bajarle el pálido labio y los párpados.

La chica era muy callada, de expresión fría e imperturbable. Se parecía a Kurílov: hacía sus mismos gestos y tenía idéntico timbre de voz. No paraba de jugar con la cadena de oro que llevaba al cuello. Su padre mostraba hacia ella una indiferencia casi hostil. Le hablaba de mala gana y la miraba con irritada desaprobación.

Ambos le besaban la mano y él hacía la señal de la cruz sobre sus inclinadas cabezas y sobre el maquillado rostro de su antigua amante.

Y luego los tres se marchaban.

El ministro y su mujer tenían la costumbre de mandarse notas de habitación a habitación. Hasta bien entrada la noche, los criados se paseaban de una punta a otra de la casa con libros o fruta, acompañados de mensajes a lápiz.

A veces Kurílov me pedía que le leyera las notitas de su mujer, porque estaba orgulloso de ella y quería que yo disfrutara de su caligrafía y estilo. En efecto, Marguerite escribía de un modo inconexo, juguetón, melancólico, que recordaba su forma de expresarse y tenía su encanto. Con frecuencia estas misivas versaban sobre pócimas, cuidados y regímenes, y solían concluir con un: «Buenas noches, mi querido y único amigo. Tu vieja y fiel Marguerite.» O: «Espero el día con enorme impaciencia. A nuestra edad, una nueva jornada siempre es inestimable, y ésta me proporciona la certeza de volver a verte.» Cierta noche leí: «Recibe, por amor a mí, querido mío, a la viuda de Aaronchik, una anciana que viene a pedirte justicia desde los confines de su provincia. Antaño, y antes de que tuviera la dicha de conocerte, esta mujer fue mi patrona en Lodz y me cuidó con abnegación en la época de...» A continuación había una retahíla de iniciales, que leí al ministro sin comprender lo que significaban. Él frunció el ceño y su expresión adquirió esa hostilidad mezclada con tristeza que empezaba a resultarme familiar.

—Archívela —ordenó y soltó un profundo suspiro.

Esa misma noche, tras un momento de reflexión, me preguntó:

—¿No cree que las mujeres francesas poseen un estilo de una gracia y una elegancia innatas? —Y sin esperar respuesta, añadió—: ¡Ah, si hubiera visto a Marguerite Eduardovna en la opereta *La Périchole*, cuando la conocí!

—¿Hace mucho tiempo?

Cuando le formulaban una pregunta siempre parecía sorprendido e incómodo, como ante una inconveniencia que produce vergüenza ajena. Recuerdo que... Un día, durante la Revolución, interrogué a uno de los grandes duques. ¿Cuál de ellos? He olvidado su nombre. Era viejo. Había pasado un año encerrado en las mazmorras de Kresty y cuando lo condujeron ante mí estaba muerto de hambre, pero se mostraba frío y tranquilo, trataba a los guardias con escrupulosa e irónica cortesía y parecía soportar su desgracia con admirable estoicismo. Así fue hasta el momento en que yo, que llevaba treinta y seis horas sin dormir, entré en la sala donde se hallaba y me senté frente a él, olvidando excusarme. Aquel hombre, al que un guardia había dejado la cara medio desfigurada de un puñetazo, enrojeció, pero no de cólera sino de apuro, como si me hubiera desnudado ante él. Además de los tics de Alejandro III, al pobre Kurílov se le habían pegado ciertos remilgos de autócrata.

Por unos instantes, aguanté la mirada confusa y altiva de sus grandes ojos azules.

—Hace catorce años —respondió al fin. Y tras un momento de reflexión, con tono suavizado agregó—: En esa época, yo también era joven. Desde entonces ha llovido mucho...

Como ya he dicho, por la noche dormía en su habitación. Él era paciente y nunca se quejaba. A menudo no podía conciliar el sueño, y lo oía moverse suavemente y gemir al intentar coger algo de encima de la mesilla.

Me acordaba de las noches de Suiza, las veladas de insomnio, durante las que se oye el rumor, el zumbido de la sangre, el rápido palpitar de las sienas, en que se percibe en uno mismo el olor de la muerte... Qué cansado se está... y qué deseable parece la vida y qué largas las noches.

—¿No puede dormir? —le pregunté en una de esas ocasiones.

Hacía casi una hora que lo oía mover la cabeza, seguramente buscando la parte fresca de la almohada. Yo conocía bien esa sensación... Parecía muy contento de oírme. Aparté el biombo que separaba mi diván de su alcoba. Gemía quedamente.

—¡Cómo me duele, Dios mío! —repetía con voz temblorosa y jadeante—. Es como si me clavaran una navaja...

—Es el dolor que suele acompañar estas crisis. Enseguida pasará...

Esforzándose visiblemente, asintió con la cabeza varias veces.

—Es usted valiente —asegué.

Ya había advertido que aquel hombre sentía una pueril y enfermiza necesidad de halagos. Se sonrojó apenas, se incorporó y me señaló la silla junto a su cama.

—Soy una persona muy creyente, señor Legrand. Sé que hoy en día la juventud tiende al racionalismo. Pero esa valentía que tiene a bien reconocerme y que incluso mis enemigos admiten sin discusión se la debo a mi fe en Dios. Ni un solo pelo cae de nuestra cabeza sin su permiso.

Calló, y nos quedamos mirando los mosquitos atraídos por la lámpara. Todavía hoy, cuando en verano los veo volar y agitar sus largas y ávidas trompas, mi imaginación me lleva a esas noches de las islas y vuelvo a oír el roce metálico y musical de sus finas alas sobre el agua.

Cerré la ventana y reparé en que el enfermo ardía de fiebre y no parecía dispuesto a dormir. Le propuse leerle en voz alta. Aceptó y me dio las gracias. Cogí un libro de la mesilla.

—¿De verdad no tiene sueño, señor Legrand? —me interrumpió al cabo de unas páginas.

Le expliqué que esas noches tan claras me resultaba difícil dormir.

—¿Querría ayudarme? —me preguntó a continuación—. Tengo mucho trabajo atrasado, y me angustia. Pero no se lo diga a Langenberg —añadió tratando de sonreír.

Le llevé el fajo de cartas que me indicó. Iba pasándolas una tras otra, y él hacía anotaciones en los márgenes con lápices de distintos colores, que elegía con esmero. Al tendérselas, les echaba un vistazo con disimulo. La mayoría eran misivas de desconocidos que sugerían medidas para la represión de las ideas revolucionarias en institutos y universidades; pero también había una increíble cantidad de delaciones de alumnos por parte de profesores y compañeros. Universitarios, estudiantes y directores de instituto, maestros de escuela... Daba la sensación de que todos los habitantes de Rusia se pasaban la vida espiándose y denunciándose unos a otros.

Los informes se sucedían. En uno de ellos, que preveía graves desórdenes en la universidad de una ciudad de provincias (Jarkov, creo recordar), el ministro me pidió que tomara nota de una orden que pensaba cursar.

Se había recostado en los almohadones y, a medida que dictaba, su rostro iba adquiriendo dureza y severidad. Hacía una pausa detrás de cada palabra pronunciada, con solemnidad, acompasándolas con un movimiento uniforme de la mano. Ordenó la suspensión de las clases. Luego reflexionó unos instantes, hasta que de pronto una sombría sonrisa contrajo sus labios y sus ojos cerrados.

—Escriba, señor Legrand. «El tiempo perdido en vanas discusiones políticas se recuperará durante las próximas vacaciones, que se acortarán tanto como hayan durado los desórdenes. No obstante, si éstos se prolongaran hasta el otoño, los resultados de los exámenes serán anulados. Sean cuales fueren sus notas, los estudiantes deberán repetir el curso desde el principio.» —Discurrido aquello, me miró no sin orgullo—. Eso los hará reflexionar —dijo en tono sarcástico y amenazador—. Páseme otra, por favor.

Esta vez se trataba de una circular dirigida a los maestros de escuela:

—«Durante las clases de Literatura Rusa e Historia, deberán aprovechar todas las oportunidades que se les presenten para despertar en las tiernas almas de sus jóvenes alumnos el ferviente amor hacia su majestad el zar y la familia imperial, así como una adhesión inquebrantable a las instituciones y las sagradas tradiciones de la monarquía. Además, mediante sus palabras y actos, los señores profesores están obligados a dar a sus educandos ejemplo de humildad cristiana y verdadera caridad ortodoxa. Huelga decir que las palabras, las lecturas y todos los actos subversivos en general que tengan ocasión de sorprender entre los alumnos confiados a su tutela deberán ser castigados, como hasta ahora, con la mayor severidad.»

A continuación venían las peticiones de audiencia.

Vi una carta firmada por una tal Sarah Aaronchik, que suplicaba a su excelencia que mandara detener a un individuo llamado Mazurchik, culpable de haber «pervertido» a su hijo de dieciséis años haciéndole leer a Karl Marx. Valerian Alexándrovich, que parecía transformado desde que estaba manejando sus cartas, me contuvo con un gesto. Sus ojos relucían detrás de las gafas; iluminada por la lámpara, su ancha y lustrosa frente brillaba de un modo extraño.

—Espere... Páseme la nota de mi mujer.

La releyó con atención, la archivó en una carpeta que contenía diversos papeles y a continuación dispuso sobre la cama una quincena de súplicas y peticiones de audiencia en forma de abanico, que extendió.

—Es el lote de mañana y pasado mañana —explicó, orgulloso.

Seguí pasándole las misivas que me venían a la mano. Al cabo de un rato me interrumpió, dijo que estaba agotado y se quedó tumbado con los ojos cerrados, suspirando. De pronto, su rostro adoptó una expresión cansada y dura que reconocí de inmediato. La noche que le habían mostrado los cadáveres en el patio de la universidad también tenía las facciones rígidas y los labios crispados en una mueca nerviosa.

—¿Es verdad que el mes pasado las tropas mataron a seis estudiantes? —le pregunté a bocajarro—. ¿Qué habían hecho?

—¿Quién se lo ha dicho? —se apresuró a preguntar en tono seco y suspicaz, frunciendo el ceño.

Le respondí del modo más vago que pude. Volviéndose hacia mí, de pronto empezó a hablar animadamente:

—Esos pobres chicos... Figúrese... Y de buenas familias... ¡Habían echado de clase a sus profesores de Historia a pedradas! Una minucia —ironizó, y suspiró—. Fue cosa de agitadores, de revolucionarios profesionales, esa ralea infernal que acabará destruyendo cuanto de bueno y noble hay en Rusia. Yo tenía que imponer un castigo para calmar la indignación general... Ordené la detención de los cabecillas, el desalojo de las aulas y la intervención del ejército para evacuar la universidad. Seis de esos pobres exaltados se atrincheraron en una clase vacía. Alguien disparó. ¿Quién? Sé tanto como usted. Pero un soldado resultó herido. Pese a mi orden expresa en contrario, el coronel mandó abrir fuego. Seis pobres muchachos murieron. No se les encontró una sola arma. ¿Qué puedo decirle? ¿A quién hacía responsable? El coronel estaba desesperado, los soldados habían obedecido sus órdenes... Esos chicos fueron imprudentes, presuntuosos... Yo tenía que imponer un duro castigo... Hay confusiones inexplicables. «El disparo ha sido obra de un informador», se dijo luego. Eso es competencia de mi colega de Interior, pero él lo niega y hace recaer en mí toda la responsabilidad. Mas los verdaderos culpables son esos pájaros de mal agüero, esos revolucionarios —aseguró recalcando cada sílaba—. Por dondequiera que pasan siembran el caos y la muerte. —Se interrumpió. Advertí que farfullaba, como durante un acceso de fiebre, pero me guardé de intervenir—. Yo no pretendía la muerte del pecador —prosiguió—. Pero las desgracias ocurren. Sin embargo, cuando tienes la obligación de gobernar has de seguir adelante. *Dura lex, sed lex*. Estas cosas han ocurrido siempre y siempre ocurrirán —concluyó, tajante. A medida que hablaba, veía su cara cambiar, palidecer, adquirir una expresión astuta y angustiada, y no replicaba—. Mire, señor Legrand —continuó—, todo el país está protegido contra la revolución por un sistema en extremo complejo, una muralla china hecha de restricciones, prejuicios, supersticiones, convenciones, llámelos como quiera, pero muy fuerte, porque el empuje del enemigo es mucho mayor de lo que pueda imaginarse. Y a la menor debilidad, a la menor fisura, todo se vendrá abajo ante su embate. Así lo ha explicado el propio Alejandro Alexándrovich Nelrode, amigo mío, con palabras sabias. El príncipe es un hombre de Estado, señor Legrand, y un *gentleman* —concluyó,

pronunciando esta última palabra con cómica y conmovedora solemnidad, tratando de imitar la suave pronunciación sibilante del más puro inglés.

Estaba amaneciendo. Apagué la lámpara. Kurílov se había exaltado y ardía de fiebre. El calor que desprendía se notaba a dos pasos. Le cambié las compresas y le hice beber. Respiraba agitadamente, y la zona hinchada del hígado se alzaba y sobresalía como un balón.

—Pero ¿por qué siento en el lado derecho un dolor tan intenso como si un cangrejo me hurgara en la carne con las pinzas? —me preguntó suavizando la voz, debilitada y temblorosa. No respondí, aunque en realidad ni siquiera parecía verme—. ¡Dios mío! —exclamó de pronto—. No temo la muerte. Es una gran felicidad morir en gracia de Dios y con la conciencia tranquila, tras haber servido a mi religión y mi soberano. —De repente aquel tono solemne y pomposo cambió de nuevo y se volvió ansioso, teñido de una mezcla de celo y buena voluntad—. No he tocado ni un solo rublo de lo que me confió el Estado. Me iré con las manos vacías, tal como llegué al poder. —En ese momento pareció reconocermé y con un débil suspiro murmuró—: Gracias, señor Legrand. Estoy divagando... ¿Puede darme de beber, por favor?

Le tendí el vaso y apuró el té frío con la avidez de un perro sediento. Lo dejé y volví a tumbarme. El calor de la estancia y la atmósfera febril me amodorraban. Acabé durmiéndome con la sensación de salir de una pesadilla para entrar en otra.

Kurílov mejoró, o al menos Langenberg le permitió que fuera a presentar sus informes al zar, de modo que a partir de ese día apenas lo vi. A veces me cruzaba con el Cachalote en los salones de abajo, contiguos a la cancillería. Al pasar junto a mí inclinaba la cabeza y, alzando la voz, en su tono burlón y pomposo me decía:

—¿Se acostumbra al clima de la Palmira del Norte, mi querido señor Legrand? —Sin esperar respuesta, asentía varias veces agachando la ancha y despejada frente y murmuraba—: Sí, sí, está bien... —Y con un gesto amable y distraído de la mano, seguía su camino.

Cuando le preguntaba por su salud sonreía.

—*Nil desperandum*[1]... —declaraba a continuación alzando un poco la voz, sin duda para despertar la admiración de los peticionarios que nos rodeaban—. Gracias a Dios, nunca fui propenso a la hipocondría. ¡El trabajo, ésa es la verdadera fuente de la juventud!

En esa época trabé amistad con Frölich con el fin de obtener detalles sobre la primera mujer del ministro. Qué pérdida de tiempo... Pero me interesaba, pues el preceptor la había conocido bien: había sido instruido a su sobrino, Hipólito Nicolaiévich, que ahora ocupaba un puesto importante en el ministerio a las órdenes del Cachalote. Lo llamaban el Pequeño Kurílov o Kurílov el Ladrón, para distinguirlo de su tío.

Frölich se había encargado de su educación durante quince años, hasta la muerte de la primera señora Kurílov. A mis preguntas, tras una leve vacilación, respondió:

—¿Conoce la fama de su majestad la zarina Alejandra? Misticismo rayano en la locura... Pues así era la primera mujer de su excelencia. Al final de sus días estaba totalmente desequilibrada —susurró, señalándose la frente con un dedo—. La vida privada de su excelencia no fue nada fácil...

—¿Y ahora? —le pregunté.

Regocijado, Frölich soltó un silbidito. Tenía los labios finos y unos ojos inquietos. Se frotó las manos echando una ojeada desconfiada alrededor y se apresuró a responder:

—La bella Margot... Dará al traste con la carrera de su excelencia. Que aún no se haya producido su caída se debe únicamente a la protección y la amistad del príncipe Nelrode. A fin de cuentas, ¿no es una vergüenza que el ministro de Instrucción Pública, cuya obligación es formar a la juventud rusa, dé ejemplo, con esa unión, de una vida disoluta? —El preceptor hizo girar los anteojos entre sus manos y en tono apesadumbrado añadió—: Al parecer era muy hermosa...

Unos días después, el príncipe Nelrode vino a almorzar a la casa de las islas. Reconocí al

anciano de ojos penetrantes y cansados a quien había visto una vez en la habitación del ministro, durante la enfermedad de éste. En 1888, Nelrode había sobrevivido de milagro a un atentado terrorista. Su escolta había reducido sin dificultad al agresor, un tal Gregorio Semiónov, de diecisiete años, al que el príncipe había ordenado ejecutar de un modo tan bárbaro como expeditivo: mandó a sus hombres que le destrozaran el cráneo a patadas.

También se contaba de él que durante una de las insurrecciones polacas, como el escenario de la refriega había quedado sembrado de cadáveres, lo había hecho cubrir con una capa superficial de tierra, sobre la que sus escuadrones se habían pasado seis horas maniobrando, aplastándolo y nivelándolo hasta reducir a polvo a los jóvenes caídos.

Los otros comensales eran Langenberg, el barón Dahl, su hijo Anatol y el ministro de Asuntos Exteriores, uno de los tres a quienes se calificaba de «exteriores a los asuntos», expresión que había hecho fortuna. Increíblemente viejo y encorvado, frágil como una hoja seca, con la encanecida cabeza agitada por un incesante temblor y oliendo a violetas, tardó un cuarto de hora en cruzar la terraza del brazo de Kurílov. Sus ojos casi apagados tenían la mirada soñadora y doliente de un caballo decrepito que se muere de viejo en su cuadra. Su conversación, en el más puro francés clásico, estaba tan salpicada de perífrasis, eufemismos y alusiones a sucesos de otra época olvidados por todos que resultaba ininteligible no sólo para mí, sino incluso para sus colegas. Sin embargo, saltaba a la vista que lo escuchaban con agrado, como si se expresara en una lengua muerta, poética e indescifrable.

Observé a Dahl con curiosidad. Sabía por Frölich que era enemigo jurado de Kurílov y su probable sucesor en el ministerio. Grueso y de mediana estatura, tenía cuello de toro, el pelo cortado a cepillo, a la alemana, y las cejas, las pestañas y el bigote de un rubio descolorido que se confundía con su amarillenta tez; sus ojos eran saltones y fríos, como los de algunos peces, y las anchas ventanas nasales aspiraban el aire con fuerza y le conferían la expresión ansiosa e insolente a un tiempo de algunos timadores internacionales. Frölich me había dado a entender que en su juventud había sido un invertido notorio («de costumbres sospechosas», según las palabras del preceptor), pero ahora parecía reformado y poseído por la exclusiva ambición de amasar una gran fortuna.

Marguerite Eduardovna ocupaba el lugar de honor. Maquillada, pintada, embutida en un corsé, con un vestido de cuello adornado con perlas y el cuerpo cubierto de encajes, guardaba silencio mirando al frente con tristeza, al parecer sin escuchar la charla de los hombres.

Casi de inmediato, la conversación se centró en el zar y la familia imperial. Las fórmulas empleadas («Su majestad se ha dignado hacerme el gran honor de recibirme...», «Cuando tuve la inmensa dicha de ver a nuestro bien amado soberano...») se pronunciaban en un tono burlesco y desdeñoso que les daban carácter de pretendida bufonada. En eso, Nelrode se llevaba la palma. Miraba el retrato del zar de marco dorado, colgado de la pared de enfrente, y una sonrisa afloraba a sus labios y otorgaba un brillo de inteligencia a sus penetrantes y cansados ojos.

—Ya conocen ustedes la bondad, la grandeza de alma, el candor angelical de nuestro bien amado soberano...

Y soltando un suspirito irónico, se interrumpía. Los demás bajaban la cabeza, e idéntico

regocijo iluminaba todas las miradas. «Ya saben que el zar Nicolás no es demasiado inteligente», era lo que en verdad significaban sus palabras, y todos lo entendían así, aunque cada cual creía ser el único en comprenderlo. Era evidente que Kurílov intentaba imitar aquel tono sarcástico y desenfadado en vano, pues apenas pronunciaba el nombre del zar, un odio mal disimulado hacía temblar su voz. Entonces, Dahl dejaba un momento de comer y beber, alzaba la vista y se quedaba mirando a Kurílov con los ojos entornados y una atención irónica y sostenida, como si lo observara caminar sobre una cuerda floja.

A veces, uno de ellos miraba con disimulo al otro extremo de la mesa, donde estaban sentados la hija de Kurílov y el vástago de Dahl, el barón Anatol, un chico alto y demacrado de veinte años siempre con la boca abierta y que parecía un cochinitillo de Pascua, con aquellos abultados carrillos y aquellas blancas cejas. No escuchaba a nadie y hablaba con una voz aguda y monocorde que de vez en cuando atravesaba como un berbiquí el rumor de las conversaciones.

—El baile de la princesa Barbe fue, en conjunto, más lucido, *a grander affair*, que el de la princesa Anastasia... —comentó en un momento dado, y tanto Dahl como Kurílov fruncieron el ceño y se volvieron ostensiblemente.

Entonces se inició un largo debate sobre el tema de la censura. Era tarde, cerca de las cuatro, pero nadie parecía tener prisa por abandonar la mesa. Hacía un día espléndido y en el parque la brisa mecía los rosales. A lo lejos, por encima de los árboles se divisaba San Petersburgo como una nube oscura orlada de oro.

La censura a que estaba sometida la correspondencia privada era una costumbre que el viejo ministro de Asuntos Exteriores consideraba beneficiosa; «como habían demostrado los hechos». El príncipe, en cambio, la juzgaba nociva.

—Un estadista no debe dejarse llevar por sentimientos de animosidad personal, y la manía de descifrar la correspondencia de sus enemigos no puede más que avivar dichos sentimientos. Cuando leo que nuestro querido Iván Petrovich me llama «tigre sediento de sangre», por mucho que me haya curtido tras pasar, en penitencia por mis pecados, cincuenta años en la corte imperial de la santa Rusia, me siento vejado. Sólo soy un hombre... ¿De qué sirve enterarse de determinadas cosas? Siempre es mejor y mucho más sensato cerrar los ojos.

—Excelente divisa para ciertos maridos —repuso el viejo ministro, y se echó a reír.

Luego abrió y cerró las mandíbulas varias veces y posó la mirada en Marguerite Eduardovna, adoptando la triste y soñadora expresión del caballo viejo que mastica hierba mientras contempla con melancolía el paisaje.

El anfitrión encajó el golpe sin rechistar ni inmutarse, sin un movimiento, pero las comisuras de sus labios se curvaron y su rostro pareció tornarse más pálido y duro.

Cuando la conversación derivó hacia el nombramiento de un nuevo gobernador en P., el Cachalote respondió a Dahl en un tono que no traslucía ninguna emoción. Instantes después, al empezar Nelrode a contar una anécdota acerca de la malversación y la apropiación relacionada con

ese funcionario y en vista de que ya nadie lo miraba, mi pobre Kurílov suspiró débilmente con disimulo y bajó la cabeza.

El príncipe se llevó a los labios la copa de vino que tenía delante, aspiró su aroma sin beber, como si fuera un ramo de flores, volvió a dejarla en la mesa y, encogiéndose de hombros de un modo característico, preguntó:

—Pero ¿a quién no habrá nombrado gobernador su majestad el zar Nicolás? *O témpora! O mores!* Y otro tanto puede decirse de las cruces de San Jorge, que hoy se reparten como matasuegras en un cotillón. En la época de su majestad el zar Alejandro tercero... —Se interrumpió, suspiró y, tras reflexionar un instante, exclamó—: ¡Triste, tristísimo día para Rusia el de la muerte de ese soberano!

—Cierto —convino Kurílov con vehemencia—. *Juvenile consilium, latens odium, privatum odium, haec tria omnia regna perdiderunt.*² Sin embargo, nadie venera (y me atreveré a decir que nadie adora) más que yo a su majestad el zar Nicolás. Pero por desgracia, es verdad que a veces la suavidad y la nobleza de carácter se compadecen mal con el ejercicio del poder absoluto.

—Pero está muy bien ser noble y delicado —apuntó el príncipe en su inimitable tono de benévolo desdén, frunciendo un poco los labios—. Como su majestad, que no hace mucho firmó con el emperador Guillermo un acuerdo comercial muy favorable para Alemania, pero infinitamente menos ventajoso para Rusia. Pero su majestad, nuestro bien amado zar, no habría podido negarle nada al emperador Guillermo, que en esos momentos era su huésped, como me hizo el honor de explicarme en persona.

—*Tamen, semper talis* —murmuró Kurílov.

—Como he podido comprobar durante mi longeva vida —terció con calma el viejo ministro de Asuntos Exteriores—, los príncipes muestran una exagerada tendencia a seguir las nobles inclinaciones de su magnánimo carácter. Compete a sus ministros compatibilizar esos loables impulsos con las realidades prácticas y las necesidades económicas. —Sonrió, y de pronto me pareció infinitamente menos tonto e inofensivo de lo que había pensado. Un rápido destello animó sus ojos mortecinos. Y en ese instante su mirada se fijó en mí. El sol iluminaba mi rostro, y sin duda ésa fue la razón de que mi cara, destacando en la sombra entre todas las demás, llamara la atención de sus ojos casi ciegos. Me hizo un gesto con la cabeza—. El caballero está instruyéndose —dijo con la expresión a un tiempo benévola, burlona y desdeñosa que mi querido Kurílov intentaba imitar en vano.

A una mirada de su marido, Marguerite Eduardovna se levantó. Iba a seguirla, cuando el Cachalote me retuvo.

—Quédese. El príncipe quería pedirle un calmante para el asma.

Me senté de nuevo y, al cabo de unos instantes, volvieron a olvidarse de mí, aunque yo también dejé de escucharlos. Estaba cansado. Fumaban y alzaban la voz. Con el tras-fondo de las repentinas carcajadas de Dahl, la voz de Kurílov y la del príncipe, recuerdo que pensé en Fanny y en los dirigentes de Ginebra. Miré el soleado parque y me puse a contar maquinalmente: julio, agosto,

septiembre... «Las ceremonias, las celebraciones públicas, no empezarán hasta el otoño, seguramente.» Me embargó una vaga tristeza. En ese instante, la voz de Nelrode me devolvió a la realidad (estábamos en vísperas de la guerra ruso-japonesa):

—Nadie desea la guerra. Ni el soberano ni los ministros. En realidad, nadie quiere jamás ni guerras ni la comisión de ningún otro crimen, pero eso nunca impide nada. En el poder hay débiles seres humanos, no monstruos sedientos de sangre como imagina el pueblo. ¡Cuánto mejor sería eso, *Lord!* —exclamó, y asió del brazo al viejo ministro de Asuntos Exteriores—. ¡Me saca de mis casillas! Esos jovencitos, esos incompetentes... Pero ¡en fin! ¡Todo pasará muy rápido!

Y nosotros también... ¿Y después? —Se encogió levemente de hombros con un gesto de cansancio y, entornando los ojos, recitó—: «Supongamos que tu vida transcurrió según tus deseos... ¿Y después? Supongamos que leíste el libro de la vida hasta el final... ¿Y después?» ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué pintamos nosotros en esta feria, nosotros, que no somos ávidas fieras? Malgastamos nuestra existencia en vanos afanes, persiguiendo el favor, la amistad del soberano...

—Y eso que usted todavía es joven —señaló el viejo ministro con amargura—. ¡Cuando haya llegado, como yo, al final de sus días y compruebe que la frialdad, que la enemistad de los príncipes sustituye a la benévola confianza con la que lo honraban...! ¿Sabe que desde Navidades no me han invitado a compartir las comidas de los soberanos en la intimidad? ¡Ya sé que el pasado no puede volver! —exclamó de repente con extraordinaria vehemencia, en el tono desesperado de un amante traicionado, y eso me hizo sonreír—. No puedo sacrificar el poco tiempo que me resta de vida a esos señores ingratos. Eso está matándome, se lo digo con toda sinceridad, está matándome poco a poco...

Se calló, y creí ver que sus ojos se humedecían. Lo observé: efectivamente, de aquellas pupilas, que tenían la lejana y vidriosa mirada de un animal muy viejo, se deslizó una lágrima. Sentí una mezcla de piedad y desprecio.

Entretanto, Kurílov había sacado unas estampas japonesas obscenas de un mueble cerrado con llave, y los demás lo rodearon con risitas nerviosas y temblor de manos.

Después estuvieron hablando de mujeres largo rato. Observaba al Cachalote: una vez más, era otro hombre, con los ojos brillantes, la voz ronca, los dedos temblorosos...

—En Villa Rodé —comentó el príncipe— hay una cantante nueva, una chica de quince años, todavía feúcha y delgada, pero con el pelo más hermoso del mundo y una voz... Unas monedas de oro arrojadas sobre un plato de cristal no producen un sonido más puro, más alegre...

—Villa Rodé... —repitió Dahl e, interrumpiéndose con toda intención, miró a Kurílov con ojos entornados—. ¡Desde que Marguerite Eduardovna se marchó ya nadie sabe cantar!

Su anfitrión frunció el ceño y, de pronto, su gesto animado se esfumó. Repentinamente pálido, adoptó una expresión sombría y ansiosa.

—Bien, señores... Salgamos, vayamos al jardín—musitó.

En la terraza, oí a Langenberg proseguir una conversación iniciada con Dahl:

—Habría que crear una organización secreta que se encargara de eliminar a esos malditos socialistas, revolucionarios, comunistas, librepensadores y, naturalmente, a todos los judíos... Se podría reclutar a antiguos criminales, delincuentes comunes, con la promesa de perdonarles la vida. Esa gente, la chusma revolucionaria, no merece más piedad que los perros rabiosos.

Kurílov y el príncipe se habían detenido y lo escuchaban sonriendo.

—¡Diantre! —exclamó Nelrode—. ¡Qué claro lo tiene, amigo mío! Por desgracia, nada más lejos de la realidad.

Bajaron al jardín. Dahl, Langenberg y el viejo ministro de Asuntos Exteriores se marcharon pronto. Kurílov y el príncipe quedaron a solas.

—¿Cómo quieren que no derivemos, usted y yo, hacia ese liberalismo que nos reprochan en la corte? Al oír semejantes estupideces se le cae a uno el alma a los pies. —El viejo príncipe, que se había disculpado por cubrirse, pues el calor era muy intenso para la época del año, se detuvo. Estaban en medio del sendero, flanqueado de rosas blancas. Aunque caminaba tras ellos, se habían olvidado de mi presencia. Nelrode llevaba una gorra inglesa con una gran visera forrada de seda verde. Se la caló sobre los ojos y, con voz profunda y cansada, dijo en francés—: Los perros ladran, la caravana pasa.³ —Y con fuerza golpeó la tierra sirviéndose del bastón—. Nunca me arrepentiré de haber sido humano. Sobre todo a mi edad, es un gran consuelo, Valerian Alexándrovich, ya lo verá.

Aún me parece estar viendo aquellas manos blancas y largas. Me esforcé en imaginar la mañana en que había lanzado su escuadrón sobre la pequeña plaza polaca, cubierta de muertos y sangre.

Entonces lo escuchaba con irónica incredulidad. Más tarde, cuando estuve en su lugar, comprendí que no había habido ni un ápice de hipocresía en las palabras de aquellos hombres. Como cualquiera de nosotros, tenían mala memoria.

Sentados en un banco, en un sitio que llamaban la glorieta de las Musas, hablaron de los atentados revolucionarios. Recuerdo como si fuera ayer aquellos tejos podados en formas caprichosas y el olor de los bojés. Me deslicé detrás del seto; me habría bastado extender la mano para tocarlos. Los escuché con apasionada curiosidad.

—A menudo me advierten que se prepara un atentado —dijo el príncipe—. La gente me escribe o pide que me avisen: «No vaya a tal sitio, o a tal otro.» Aunque jamás hago caso, he de reconocer que por la noche, en casa, cuando me acuesto sabiendo que al día siguiente debo ir al lugar

en cuestión, siento miedo. Pero se me pasa en cuanto subo al coche.

—Yo rezo todas las mañanas al despertar —confesó Kurílov—. Considero la nueva jornada como si fuera la última de mi vida. Por la tarde, al volver a casa, agradezco a Dios que me haya dado otro día de prórroga —concluyó con aquella solemne banalidad que le conocía bien, aunque le temblaba la voz. Luego guardó silencio.

—¡Ah, sí, usted cree en Dios! —dijo el príncipe en su inimitable tono. Entonces soltó una risita cansada y murmuró—: Me esfuerzo cuanto puedo en mis tareas, pero le juro que no sé por qué. Me proporciona cierta satisfacción personal, que no es la del deber cumplido, Valerian Alexandrovich, sino el amargo placer de comprobar, una y otra vez, hasta dónde llega la estupidez humana. En cuanto a la posteridad y esas zarandajas, me traen sin cuidado. ¡Qué revuelo se armó a propósito del asunto del anarquista Semenoff! Sin embargo, le ahorré unos meses de sufrimiento, la angustia y el terror de la ejecución, y al mismo tiempo evité esos juicios que no consiguen más que difundir entre el pueblo las ideas contra las que queremos luchar. Y en Polonia, lo mismo... A los muertos no podía causarles ningún mal ser pisoteados por los cascos de los caballos, reconozcámoslo; e inspirando un terror saludable, corté de raíz la insurrección y salvé vidas humanas. Cada día que pasa concedo más valor a la vida humana y menos a lo que convenimos en llamar «ideas» —añadió en tono soñador—. En una palabra, actué con lógica. Eso es lo que la gente no puede perdonar.

—Yo confío en el juicio de la posteridad. Rusia olvidará a mis enemigos, pero no a mí. Todo esto es duro, es difícil —murmuró Kurílov suspirando—. Aseguran que hay que saber derramar sangre, y es verdad. —Y tras una pausa, puntualizó débilmente—: Por una causa justa...

—Tampoco creo demasiado en las causas justas —repuso el príncipe, y respiró hondo—. Pero es cierto que soy mucho más viejo. A usted aún le quedan ilusiones.

—Vivir es difícil, es duro —insistió el ministro con tristeza. Se interrumpió y, de pronto, bajando la voz musitó—: Tengo tantas preocupaciones...

Me incliné hacia ellos un poco más. Era mi primera acción realmente arriesgada en casa del ministro, pero me devoraba la curiosidad.

El príncipe carraspeó y se volvió hacia Kurílov. Conteniendo la respiración, los observaba entre los intersticios del seto, a unos metros de mí.

Kurílov empezó a quejarse, reconoció que estaba agotado, enfermo, rodeado de enemigos e intrigas...

—¿Por qué no seguí su consejo? ¿Por qué me case? —repitió varias veces con amargura—. Un estadista debe ser invulnerable. Ellos saben cuál es mi punto débil —aseguró con énfasis— y cada vez que doy un paso adelante, ahí es donde me golpean. Mi vida se ha convertido en un infierno. ¡Si supiera usted qué indecencias, qué mentiras se cuentan diariamente a propósito de mi mujer!

—Lo sé, mi pobre amigo, lo sé —dijo el príncipe con suavidad.

—Para celebrar el vigésimo cumpleaños de Ina quiero dar un baile, como es costumbre entre nosotros. No ignora usted que sus majestades no han vuelto a pisar mi casa desde la muerte de mi primera esposa. ¿Puede creer —añadió con voz temblorosa— que me hicieron saber que, para ellos poder asistir a dicho baile, sería deseable que Marguerite Eduardovna estuviera ausente? Y tuve que sonreír y tragarme la ofensa sin rechistar. Es inaudito que una persona de mi posición, ante quien tiemblan miles de hombres, se vea obligada a inclinarse ante esa gentuza, esa chusma dorada que puebla la corte —prosiguió con su tono pomposo—. ¡Ah, estoy cansado del poder! Pero cumplo con mi deber, lo cumplo quedándome —repitió varias veces con vehemencia.

—Es cierto que si Marguerite Eduardovna pudiera abandonar momentáneamente Rusia... —comenzó el príncipe.

—¡No! —lo atajó Kurílov—. Prefiero acabar de una vez y marcharme también. Es mi esposa ante Dios. Lleva mi apellido. Pero ¿qué les importa a ellos el pasado? ¿Acaso lo conocen? La calificaron de «mujer ligera» y asunto concluido. No me refiero al amor ni a los primeros años; pero sólo yo sé la abnegación que me ha demostrado, el consuelo, la ayuda que supuso para mí durante catorce años. ¡Mi vida! ¡Mi desgraciada vida! Sabe que cuidé de mi pobre mujer hasta el final. Nadie, ni siquiera usted, se imagina lo que llegué a... —Quería decir «sufrir», pero sus orgullosos labios se negaban a pronunciar la palabra. Se enderezó e hizo un gesto de cansancio con la mano—. Está muerta. En paz descanse. Pero yo, ¿no tenía derecho a rehacer mi vida como considerara oportuno? Ahora veo que la esfera privada de un estadista pertenece al público, como su trabajo. En cuanto intenta reservarse un pequeño rincón de su vida, sobre eso precisamente se lanzan sus enemigos.

—Margot... —murmuró el príncipe con aire soñador—. Esa mujer, incluso ahora, vieja y ajada, conserva un extraño encanto... Tal vez el que desprenden quienes fueron muy amados.

—En otros tiempos la amaba —admitió Kurílov con una sinceridad que me sorprendió—. Usted sabe cuántas locuras cometí por ella. Pero los sentimientos que me inspira ahora no pueden compararse a aquello. En la vida estoy solo, Alejandro Alexándrovich; todos lo estamos. Y cuanto más arriba nos encontramos mayor es nuestra soledad. En ella Dios me dio una amiga. Adolezco de muchos defectos; el hombre es un amasijo de vicios y miserias. Pero soy leal, no abandono a mis amigos.

—Desconfíe de Dahl. Ambiciona su puesto, y creo que sólo esperan un paso en falso por su parte para dárselo. Además, es su antiguo colega en el ministerio. ¿Quién mejor que nuestros antiguos compañeros para ponernos la zancadilla? ¿Por qué no quiere casar a su hija con el cretino del hijo de Dahl? Una buena dote lo apaciguaría. Mediante el ejercicio del poder sólo busca el enriquecimiento.

—A Ina le repugna profundamente esa unión —respondió Kurílov, titubeante—. Por otra parte, me temo que eso nada arreglaría. Dahl es como uno de esos perros insaciables que no se conforman con la carne; también quieren el hueso.

—¿Se enteró de su última jugada maestra? Ya sabe la cantinela que se repite en la corte de un tiempo a esta parte: Rusia para los rusos. Si alguien desea obtener la concesión de una línea ferroviaria, por ejemplo, ha de tener un apellido que acabe en «off». Pues bien, el barón descubrió en

algún sitio a un pobre principucho arruinado, pero con un apellido de antiguo linaje, del que se sirve para obtener concesiones mineras o ferroviarias, que revende a judíos o alemanes a cambio de una jugosa comisión. Dos mil rublos al príncipe, y todos contentos. ¿No le parece divertido?

—A veces me asombra la increíble codicia de esa gente. Un ciudadano corriente tiene derecho a ser codicioso, porque sabe que de lo contrario morirá de hambre. Pero las personas que lo poseen todo, dinero, relaciones, tierras, jamás se dan por satisfechos. No puedo entenderlo.

—Cada cual tiene sus debilidades... La naturaleza humana es incomprendible. Ni siquiera puede afirmarse con certeza que un hombre sea bueno o malo, estúpido o inteligente. No existe hombre bueno que no cometa en su vida una maldad, ni malo que nunca experimente un impulso bondadoso, ni hombre inteligente que jamás haga estupideces, ni imbécil que en alguna ocasión no actúe con inteligencia. Por otra parte, eso confiere a la vida su carácter diverso, imprevisible, lo cual también se me antoja divertido...

Se pusieron en pie y, sin dejar de hablar, abandonaron la glorieta. Esperé unos instantes y me marché.

Pasaron en el jardín el resto del día, acompañados por Vania, el hijo de Kurílov, que los escuchaba aburrido.

—Para él la vida será más fácil —dijo el ministro.

La brisa estival me traía todas sus palabras.

—Atravesamos un momento difícil, pero estoy convencido de que para remontar la corriente bastaría con que la opinión pública nos ayudara.

»En cuanto a mí —dijo Kurílov tras una breve pausa—, no se imagina cuánto me reconfortan las muestras de simpatía que me llegan de todas partes. La sociedad está cansada de flirtear con la revolución. Opino que podemos esperar diez o doce años difíciles. Pero el futuro es esperanzador.

—Mi querido amigo... —murmuró el príncipe en tono de duda, y calló.

El ministro acariciaba pensativo el pelo de su hijo, que bostezaba con disimulo y se estremecía de pies a cabeza, con esos movimientos bruscos, reprimidos con fuerza, esa especie de instintiva repugnancia que muestran los niños al sentirse tocados por las manos de un viejo.

Al hilo de sus mudas reflexiones, que no me costaba reconstruir, Kurílov dijo:

—La emperatriz parece afligida por el nacimiento de la gran duquesa Anastasia. Este cuarto fracaso ha sido duro. Sus majestades aún son jóvenes, es cierto, pero...

Hubo un largo silencio. Luego el príncipe sacudió la ceniza del cigarrillo y, esbozando una mueca, comentó:

—Ayer vi a su alteza el gran duque Miguel. Realmente es el vivo retrato de su augusto padre...

Ambos miraban sonrientes al niño, como si en él se proyectara la imagen del futuro: el emperador, que muere sin heredero; su hermano, el gran duque Miguel, que lo sucede en el trono, una era de paz y felicidad para Rusia... Al menos, así pensaba el Cachalote. Las ideas del príncipe eran más difíciles de comprender... Recuerdo muy bien aquel día.

Por fin, el príncipe se acordó de mí, me mandó llamar y pidió un remedio para la tos crónica que padecía. Señalándole el cigarrillo, le advertí que no debería fumar.

—Esta juventud siempre tan radical... —comentó riendo—. A los hombres se nos puede quitar la vida, pero no así los vicios.

Tenía la voz clara y una forma brillante y concisa de expresarse. Le ofrecí un calmante, que aceptó agradeciéndomelo. Luego me marché a mi habitación, donde permanecí largo rato divagando y preguntándome qué cábalas y conjeturas sobre el futuro serían las acertadas, las suyas o las nuestras. Me sentía terriblemente triste y cansado, aunque a intervalos era presa de una alegre ferocidad, que me sorprendía.

Cuando volví al jardín ya era tarde. El crepúsculo de primavera estaba comenzando y el cielo, límpido y deslumbrante, parecía un inmenso y transparente cristal rosa. En esos momentos, las islas poseían una gran belleza. Las pequeñas lagunas entre las lenguas de tierra relucían tenuemente y reflejaban el cielo.

El coche del príncipe se disponía a partir. Nelrode, sentado en el fondo del landó, llevaba una manta de piel sobre las piernas y sostenía un ramo de rosas blancas recién cortadas para él y que acariciaba.

Le tendí la fórmula del calmante.

—¿Es usted francés, doctor? —me preguntó.

—Suizo.

Asintió.

—Hermoso país... Este verano pasaré un mes en Vevey.

Hizo un gesto imperceptible al criado, tras lo cual la puerta se cerró y el coche empezó a alejarse.

Camino de San Petersburgo, en la carretera, ya a las puertas de la ciudad, una mujer, la antigua prometida de Gregorio Semiónov, que llevaba quince años esperando ese momento, lanzó una bomba al paso del carruaje del príncipe. Los caballos, el cochero y un anciano que estaba oliendo tranquilamente sus rosas volaron por los aires en pedazos, junto con la asesina.

Kurílov se enteró de lo ocurrido esa misma noche. Estábamos cenando cuando llegó un oficial del séquito del príncipe. Apenas oyó el ruido del sable en las losas, el ministro pareció presagiar la desgracia. Sobresaltado, dio tal respingo que la copa de vino se le escurrió de la mano y se hizo añicos contra la pata de la mesa. Pero enseguida se dominó, se levantó y salió sin decir nada, seguido de Marguerite Eduardovna.

Esa noche, su habitación iluminada se distinguía muy bien desde mi ventana. Lo vi deambular con lentitud de un extremo a otro del dormitorio hasta el amanecer. Su figura se acercaba al ventanal, miraba fuera, se volvía pesadamente y desaparecía en el fondo del dormitorio, para volver a entrar en mi campo visual momentos después.

—¿Sabe...? —se limitó a murmurar con voz apenas audible cuando me vio por la mañana.

—Sí.

Apoyó la cabeza en la mano y alzó hacia mí sus grandes ojos azules.

—Lo conocía desde hacía treinta años —dijo al fin, pero se interrumpió. Entonces, volviéndose con brusquedad y esbozando un ademán de cansancio con la mano, añadió—: Ya está. Se acabó...

Al día siguiente recibí un mensaje de Fanny, que me sorprendió y alarmó, porque tenía órdenes de obrar con la mayor prudencia y no ponerse en contacto conmigo salvo para comunicarme la fecha del atentado.

Me citaba en Pavlovsk, a una hora de San Petersburgo, en la sala de conciertos, donde se celebraba un recital de piano y violín. Nos encontramos en el vestíbulo y pasamos a la sala, en la que una multitud escuchaba la música de Schumann en apretujado silencio. Todavía recuerdo aquellos rápidos y brillantes acordes.

Fanny había vuelto a disfrazarse de campesina. Le dije con brusquedad que jugábamos a un juego lo bastante teatral y de mal gusto como para, encima, complicarlo aún más con peligrosas mascaradas.

De hecho, mi larga experiencia revolucionaria acabó enseñándome que no hay medio más seguro para hacer fracasar un plan que el exceso de precaución. Bajo la pañoleta roja, la larga nariz semita y los gruesos labios la delataban mucho más de lo que habría podido hacerlo un pasaporte auténtico. Pero había mucha gente, así que o no la vieron, o la tomaron por una criada.

Salimos al parque, donde con la caída del sol la neblina había formado una espesa nube. Nos

sentamos en un banco y la bruma nos rodeó por completo con su compacto muro: a dos pasos de nosotros, el blanco vapor, denso y lechoso, como el jugo que rezuman los tallos cortados de ciertas plantas, ocultaba hasta media altura el tronco de un tejo. El aire tenía un olor vegetal y un sabor dulzón que me irritaban la garganta.

Empecé a toser. Con gesto impaciente, Fanny se quitó la pañoleta roja y me la tendió.

—Malas noticias, camarada. Lydia Frenkel, que ocultaba la dinamita en casa, murió a consecuencia de una explosión. En Ginebra han decidido confiarme esa parte del trabajo. Conseguiré las bombas a su debido tiempo. Con toda probabilidad, el atentado será en otoño. Tengo cartas de Suiza para ti. —Las cogí y me las metí con gesto maquinal en los bolsillos. Fanny rió nerviosa—. ¿Es que piensas guardártelas en el abrigo para que caigan en manos de los confidentes? Léelas y quémalas.

Obedecí. Aunque carecían del menor interés, las quemé con la brasa del cigarrillo y dispersé las cenizas.

—¿Es verdad que viste al príncipe Nelrode horas antes de que lo mataran? ¿Es cierto, camarada? —me preguntó con avidez, inclinada hacia mí.

—Así es.

Siguió interrogándome con voz ahogada. Sus ojos verdes brillaban con un fulgor salvaje. Me escuchaba en silencio, pero yo le leía el pensamiento en la mirada.

Le dije que había oído la conversación entre el príncipe y el ministro.

Entonces se acercó más y me observó fijamente.

—¿Cómo? —dijo al fin, y volvió a callar, al parecer sin encontrar palabras para expresar su horror—. ¿Qué dijeron?

Se apartó con gesto nervioso. En esos momentos, la niebla era tan densa que, de pronto, la cara de Fanny pareció medio disolverse en ella. Sólo oía su voz, que temblaba de odio y pasión. En cuanto a mí, estaba cansado e irritado. Ella insistía en que le respondiera. Declaré que en mi opinión habían dicho algunas cosas acertadas y muchas tonterías. Pero comprendía que era inútil explicarle que aquellos dos hombres de Estado, temidos y odiados, con sus errores, su inconsciencia y sus sueños, me habían parecido seres humanos limitados y miserables, como cualquier otro, incluido yo. Fanny habría buscado en mis palabras un significado oscuro y oculto del que carecían.

Entretanto, el concierto había acabado. La multitud ya salía de la sala y empezaba a dispersarse lentamente por las avenidas del parque. Nos separamos.

Quiso la casualidad que al presentarse la viuda de Aaronchik, la vieja judía que venía recomendada por Marguerite Eduardovna, me encontrara en compañía del ministro. Kurílov se sentía mal, y su mujer me había rogado que interrumpiera la audiencia sin miramientos si veía que se cansaba o flaqueaba. Habían pasado cuatro días desde el atentado, durante los cuales los asuntos públicos habían quedado en suspenso. En casa del príncipe, junto a la cabecera del ataúd con sus destrozados restos, los sacerdotes leían oraciones por el descanso del alma del difunto. El Cachalote pasaba medio día allí y el otro en la iglesia.

Por fin, al quinto día se celebró el entierro.

Habían detenido a varios supuestos cómplices de la asesina. Kurílov quiso asistir a los interrogatorios de «esos monstruos, esas fieras salvajes con aspecto de hombres», como los llamaba. Dos de ellos serían ahorcados más tarde.

Llegaba exhausto. No hablaba, pero cuando tenía que dirigirse a un criado o un empleado del ministerio lo hacía a gritos. Yo era el único con quien se mostraba paciente y educado. Realmente parecía inspirarle cierta simpatía.

La audiencia concedida a la viuda de Aaronchik había sido aplazada, como todas las demás.

Al final la recibió en una sala enorme en la que yo aún no había estado, repleta de retratos del emperador y recuerdos de Pobedonóstsev y Alejandro III colocados en vitrinas y etiquetados como tarros de farmacia. Las grandes cortinas escarlata, descorridas a medias, dejaban entrar un resplandor que parecía teñido de sangre fresca. El rostro pálido e imperturbable del ministro, que emergía de la guerrera del uniforme blanco con condecoraciones sujetas con alfileres en el cuello y el costado, su mano posada sobre la mesa, con el grueso anillo de oro labrado y adornado con una piedra roja que atraía la luz, formaban una imagen bárbara que captaba la atención.

Hicieron pasar a una mujercilla delgada y temblorosa, de pelo cano, cara angulosa y nariz ganchuda, como un pico, vestida con ropa de luto que verdeaba al sol. Dio tres pasos y se paró, azorada.

Con la profunda y suave voz de bajo que adoptaba a veces para dirigirse a los subalternos que le recomendaban, el ministro le preguntó:

—¿Es usted la viuda de Aaronchik, de religión judía?

—Sí —respondió la anciana con un hilo de voz, cruzando sobre el vientre las manos, que le temblaban visiblemente, y por lo demás inmóvil.

—Acérquese. —La mujer no pareció comprender. Alzó hacia él los parpadeantes ojos, que traslucían resignación y una especie de sagrado terror. Kurílov había entornado los párpados y echado atrás la cabeza mientras, con expresión ausente, tamborileaba con los dedos sobre una carta abierta encima de la mesa, esperando que la anciana hablara. Pero seguía callada—. Bueno, señora, había pedido una audiencia, ¿no? Quería hablar conmigo. ¿Qué ha de decirme?

—Excelencia —murmuró—, conozco a su esposa, Marguerite Eduardovna...

—Lo sé —la atajó el Cachalote con sequedad—. Supongo que eso no guarda relación con el asunto que la trae aquí...

—No —balbuceó la mujer.

—Entonces, a los hechos, señora, a los hechos. Mi tiempo es precioso.

—El asunto de Jacobo Aaronchik, excelencia.

Kurílov asintió. Como la mujer no añadía nada, suspiró, cogió el informe, lo hojeó un instante y leyó rápidamente:

—«Yo, la abajo firmante... denuncio a Pedro Mazurchik, inspector de segunda...» Mmm.. Mmm.. «De pervertir a mi hijo...» —Sonrió levemente, cogió otra declaración de la mesa y leyó—: «El abajo firmante, Vladimirenko, profesor del instituto de... denuncio a Jacobo Aaronchik, de religión judía, de dieciséis años, de animar a sus condiscípulos a la revuelta y otros actos subversivos.» ¿Reconoce estos hechos como exactos?

—Excelencia, mi pobre muchacho fue víctima de un informador. Creí hacer bien al denunciar a Mazurchik, su profesor particular, que le hacía leer esas cosas, esos libros... Soy viuda, una pobre mujer. No sabía, no podía saber...

—Nadie le reprocha nada —repuso Kurílov en un tono de gélida altivez que acabó de paralizar a la anciana—. ¿Qué quiere usted?

—Ignoraba que se trataba de un agente de su excelencia. A su vez, denunció a mi hijo. Soy viuda y pobre.

Le miré las manos, que tenía entrelazadas ante sí. Negras, agrietadas, en carne viva, producían una enorme impresión. Me fijé en que el ministro también las observaba y se estremecía, pero en cierta forma lo fascinaban. Sin embargo, esas manos no eran el resultado de una extraña enfermedad, sino de la lejía, el trabajo, el agua hirviendo, la edad.

El ministro fruncía el ceño y su mano, pesada e impaciente, empujaba los expedientes sobre la mesa.

—Su hijo ha sido expulsado. Estudiaré si hay motivos para creer en la sinceridad de su arrepentimiento. Si se muestra digno de tal cosa, lo autorizaré a continuar sus estudios. Hasta ahora había sido el mejor alumno del instituto, como leo en estos informes, y su juventud... En fin, ha

emprendido usted un largo camino, sola y a su edad. Si responde de su hijo, de sus opiniones políticas... —dijo en un tono cada vez más seco y nervioso.

La anciana guardó silencio. El ministro hizo un gesto con la cabeza, para indicar que la audiencia había acabado.

—Perdón, su excelencia, pero ha muerto... —dijo la mujer entonces, alzando los ojos por primera vez.

—¿Quién ha muerto?

—El... mi pequeño... Jacobo.

—¿Cómo? ¿Su hijo?

—Se mató hace dos meses, excelencia, por de... por desesperación —tartamudeó la anciana, echándose a llorar. Era un llanto servil e innoble, punteado de una especie de ronquidos que revolvían el estómago. Su minúscula cara, de un rojo oscuro, se cubrió de lágrimas, con la boca marchita, temblorosa, húmeda, muy abierta, como si la violencia de los sollozos la desgarrara y torciera.

A medida que arreciaba el llanto, el rostro de Kurílov se volvía más tenso y pálido.

—¿Cuándo murió? —preguntó al fin con voz metálica y dura, pese a que la anciana ya lo había dicho; pero parecía desconcertado y hablaba con una rapidez mecánica.

—Hace dos meses —repitió la mujer.

—Entonces, ¿qué ha venido a pedirme?

—Una ayuda. Él iba a ayudarme, estaba acabando el instituto. Ya ganaba quince rublos al mes. Ahora me he quedado sola. Su excelencia, tengo tres hijos pequeños a quienes alimentar. Jacobo se mató porque lo echaron del instituto a causa de un error. He traído una carta del director, en la que explica que la equivocación es manifiesta, que los libros y papeles requisados en la habitación de mi hijo habían sido puestos allí a propósito por Mazurchik... por el agente de su excelencia, porque no podíamos pagarle la cantidad de cien rublos que nos exigía. Aquí están los hechos, las fechas, la confesión del culpable... —Y tendió los papeles al ministro, que los cogió con dos dedos, como si se tratara de un harapo, y los arrojó a la mesa sin mirarlos.

—Si lo he entendido bien, me acusa usted de la muerte de su hijo...

—Pido una ayuda, excelencia. Tenía dieciséis años. Usted es padre, excelencia. —Temblaba de tal modo que las palabras apenas pasaban entre sus anhelantes labios.

—Pero ¿por qué demonios ha venido aquí? —tronó el Cachalote de pronto—. ¡Su hijo, su hijo! ¿Acaso puedo hacer algo? Está muerto. Descanse en paz. Eso es todo. Váyase; no tiene derecho a importunarme con sus historias, ¿me oye? ¡Largo! —gritó fuera de sí con los ojos rebosantes de una

especie de terror, mientras agitaba los objetos de la mesa con tal fuerza que las cartas cayeron al suelo.

Muy pálida, la anciana judía hizo ademán de marcharse, pero de repente repitió, humilde y tenaz:

—Sólo una pequeña ayuda, excelencia. Usted es padre...

Miré a Kurílov, que esbozó un gestó con la mano.

—Váyase. Deje su dirección en la cancillería. Le enviaré algún dinero —añadió y, recostando la cabeza en el respaldo del sillón, soltó una carcajada—. ¡Váyase! —Cuando la mujer desapareció, el ministro aún seguía riendo, con una risa triste y nerviosa que sonaba extraña—. ¡Vieja inmunda, vieja idiota! —exclamó temblando de cólera y asco—. Así que hay que pagarle por su hijo... ¿Merece piedad gente así?

No respondí, y él cerró los ojos presa de un súbito cansancio, como hacía a menudo.

Traté de imaginar lo que pensaba, pero cuando alzó los párpados, su rostro volvía a ser impenetrable. Recuerdo que pensé en la anciana judía y en la insondable desesperación, ignorancia y miseria que su absurda petición revelaba. Y por primera vez aquella jornada, no sé por qué, pensé con horror en el asesinato de aquel solemne imbécil.

Días después, el asunto de la anciana judía empezó a dar amargos frutos. Ignoro si al dolor por la muerte del príncipe se unía la preocupación de Kurílov por su propia suerte. Aunque no lo creo, pues estaba demasiado pagado de sí mismo para comprender hasta qué punto le había sido útil el anciano, que con el prestigio de su nombre había podido atajar determinadas intrigas.

—Era fiel a sus amigos —me dijo en varias ocasiones durante esos días—. Un hombre leal; podía creerse en su palabra. Eso es raro en la vida, joven. Ya lo verá.

Por lo demás, si seguía forjándose algunas ilusiones, las primeras cartas anónimas no tardaron en acabar con ellas.

Hasta entonces, Dahl, temiendo contrariar al príncipe, había aplazado su campaña contra el ministro, cuyo puesto ambicionaba. Muerto Nelrode, el juego comenzó.

Le faltó tiempo para ir a contar a la corte que una anciana judía de Lodz había amenazado al ministro de Instrucción Pública con llevar a cabo comprometedoras revelaciones «sobre la juventud de la bella Margot, que antaño, cuando era cómica de la legua, había vivido en Lodz, donde esa mujer, antigua partera, la había hecho abortar clandestinamente; ahora, al enterarse de su ventajoso matrimonio, ha venido a San Petersburgo para chantajear al ministro». Como prueba daba la cantidad que, en efecto, el Cachalote había hecho entregar a la anciana. A partir de ese instante, los chismes que habían circulado en sordina y con discreción por la ciudad desde su boda salieron a la luz pública. Con toda seguridad muchos rumores, apenas deformados, eran ciertos; no podían negarse las aventuras de juventud de Margot ni su relación, que escandalizaba especialmente a la opinión pública, con Nelrode.

—Una fea, una sucia historia —sentenciaba Dahl con repugnancia.

Se decía que Marguerite Eduardovna seguía teniendo amantes, a quienes el Cachalote protegía «como su predecesor lo protegió a él».

—Es un bendito. Ella se sirve de la influencia que ejerce sobre el ministro en favor de sus antiguos y numerosos adoradores de los dos regimientos más elegantes del ejército: la guardia montada y la caballería de la guardia.

Lo que por otra parte era bastante exacto. Sin embargo, también se la acusaba de ser la amante del Pequeño Kurílov, Hipólito, a quien en realidad no podía soportar, y por si fuera poco de proveer, como «amante esposa», de chicas jóvenes a su anciano marido. Todo ello era tan absurdo como la leyenda que repetía Fanny: «Las infames orgías en la casa de las islas.»

No me cabía en la cabeza que quienes conocían al ministro concedieran el menor crédito a

aquella sarta de embustes. El pobre Kurílov, piadoso, escrupuloso, cobarde y prudente, era incapaz de los actos que le reprochaban, aunque tampoco fuera «un hombre de costumbres intachables», como habría dicho Frölich. Su vida privada era más tranquila que la de cualquier burgués suizo, pero no siempre debía de haber sido así. Era de sangre caliente y pasiones violentas, y dado que no las satisfacía desde hacía años, sin duda por escrúpulos religiosos y prudencia, le resultaba muy irritante que sus enemigos adivinaran las secretas debilidades que se esforzaba en combatir. Por otra parte, hay un aspecto de su carácter que nunca conseguí entender, una mezcla de puritanismo e hipocresía. Pero en cuanto a lo demás, me resultaba transparente.

Al cabo de un tiempo, los periódicos se apropiaron de la historia de la viuda de Aaronchik. La derecha más reaccionaria acusaba al Cachalote de «liberalismo», de «concesión a las ideas subversivas», por haber socorrido a la madre de un muchacho judío sospechoso. Por el contrario, los panfletos revolucionarios editados en el extranjero aseguraban que el hijo de aquella mujer había sido asesinado por policías, agitadores a sueldo de Kurílov, cuya misión era destruir documentos en poder del joven que comprometían a ciertos altos cargos del ministerio.

El emperador se lavó las manos. Odiaba al Cachalote en la medida en que aquel hombre débil era capaz de experimentar sentimientos violentos. A sus oídos habían llegado ciertas palabras imprudentes pronunciadas por su ministro, y adivinaba sus esperanzas de ver en el trono a su hermano, el gran duque Miguel. Por entonces el heredero, Alexis, todavía no había nacido, pero el emperador y la emperatriz seguían esperando un hijo varón con fe inquebrantable.

Para colmo, con la torpeza que le era propia, Kurílov había encontrado el modo de indisponerse por igual con su colega de Interior. Los agentes encubiertos eran competencia de ese ministerio, cuyo titular no podía perdonarle que hubiera desautorizado a uno de sus hombres.

Las cartas y los periódicos de las diversas tendencias políticas, todas hostiles al ministro, llegaban mañana y tarde hasta su mesa en oleadas.

Marguerite Eduardovna se esforzaba en hacerlos desaparecer, pero por una extraña fatalidad y pese a sus precauciones acababan cayendo en manos de su marido, que nunca los leía delante de nosotros, sino que a menudo los arrojaba lejos de sí ostensiblemente. Sin embargo, no conseguía apartar la vista de ellos y de inmediato captaba el titular del artículo, subrayado con lápiz azul.

—¡Al fuego con esa basura! —gritaba entonces, haciendo una seña al criado.

Y mientras el sirviente recogía el montón de papeles esparcidos, el Cachalote, devorado por la curiosidad, los seguía con sus grandes ojos azules desorbitados, como los de un animal al que dos fuertes manos intentan estrangular. Luego el criado se marchaba con el amasijo de papeles.

—¡A la mesa, a la mesa! —ordenaba entonces Kurílov, volviéndose hacia nosotros.

Mientras los chicos hablaban en susurros, él nos miraba en silencio uno tras otro, maquinalmente, sin vernos. En ocasiones no conseguía dominar de inmediato el leve temblor de sus labios, y entonces empezaba a hablar con brusquedad, pronunciando las palabras de un modo rabioso y despectivo, con una violencia contenida y un tono cada vez más mordaz y metálico. Otras veces se

sumía en profundas ensoñaciones, suspiraba y acariciaba con suavidad el pelo de su hijo, sentado junto a él.

Esos días se mostraba más paciente y resignado ante la enfermedad que de costumbre. Soportaba con estoicismo las hirvientes cataplasmas que, siguiendo indicaciones de Langenberg, se le aplicaban en la zona del hígado, como si ofreciera a Dios su dolor físico a cambio de que confundiera a sus enemigos.

Todas las mañanas, cuando Kurílov despertaba, me presentaba en su habitación para proporcionarle los cuidados. Lo encontraba echado en la tumbona ante la ventana abierta, con un batín de seda escarlata que resaltaba aún más sus mejillas, pálidas y como infladas. Su barba rojiza había empezado a encanecer. La tez macilenta, las ojeras violáceas y las dos pequeñas heridas que fruncían las aletas de su nariz revelaban a todas luces el avance de la enfermedad. Adelgazaba, se deterioraba, sus amarillentas y pesadas carnes parecían colgar como un vestido holgado. Sólo daba esa impresión ataviado así, con bata, pues el uniforme y las medallas, distribuidas por el pecho, le conferían una especie de ilusoria coraza.

Era evidente que las cataplasmas de Langenberg surtían más o menos el mismo efecto sobre el cáncer que sobre un cadáver.

Su hijo solía entrar a verlo a lo largo de la mañana. Kurílov lo abrazaba, lo acariciaba, pasaba con suavidad su manaza por la frente del niño, le apartaba el flequillo de los ojos, le tiraba con ternura de las largas orejas... Lo trataba con profunda y singular dulzura. Parecía temer hacerle daño, tocarlo con demasiada brusquedad.

—Vamos, vamos... Está fuerte, ¿verdad, señor Legrand? —decía, tranquilizándose a sí mismo—. Ve, hijo mío...

Con su hija volvía a mostrarse como el hombre público frío e impassible que daba órdenes sin levantar la voz. Irene Valeriánovna me inspiraba una antipatía instintiva, pero en cambio la pareja formada por el Cachalote y la antigua actriz me gustaba, me conmovía, no sé por qué.

Escribo, recuerdo, divago, mas no consigo explicarme por qué aquellos dos seres humanos me resultaban tan... comprensibles. Tal vez se debiera a que había vivido desde la infancia en un mundo abstracto, en una «urna de cristal», y entonces veía por primera vez a unos seres humanos, a unos infelices, con sus ambiciones, defectos y estupideces... Pero no dispongo de tiempo para pensar en eso. Sólo quiero recordar un viejo episodio olvidado. Cualquier cosa antes que quedarme aquí esperando la muerte de brazos cruzados. El trabajo en el Partido, Karl Marx al alcance de los obreros, la traducción de las obras de Lenin, la doctrina comunista administrada en dosis mínimas a los pequeñoburgueses bolcheviques de aquí... Hice cuanto pude. Pero estoy enfermo, cansado. Esos viejos recuerdos me fatigan menos, me atontan, impiden que mi memoria se extravíe en recuerdos inútiles de guerra y conquista, en lo que no volverá para mí...

Recuerdo a Kurílov preparándose para ir a la corte, un día en que se recibía a no sé qué soberano extranjero. Apenas se tenía en pie, mientras dos criados lo vestían dando vueltas a su alrededor, confundiendo en el traje de gala, colocándole las medallas en el pecho... Bajo la ropa llevaba una especie de corsé anudado a la espalda que sujetaba la parte enferma de su cuerpo.

En la habitación de al lado, lo oía jadear penosamente mientras lo embutían en aquel traje.

Subió al coche, tieso y solemne, cubierto de relucientes dorados, y se marchó.

Volvió al anochecer. Cuando de pronto oí gritar a Marguerite Eduardovna, deduje que Kurílov se había sentido indispuerto. Más que ayudarle a bajar, los criados lo sacaron del coche y lo llevaron a la casa, donde, para mi gran sorpresa, al golpearle sin querer en el brazo uno de ellos, el Cachalote, relativamente tranquilo y paciente, había perdido los estribos hasta el punto de cubrirlo de insultos y pegarle.

El criado, cuyo sombrero con escarapela coronaba un sencillo y apacible rostro de campesino, había palidecido de miedo y se había quedado de pie, inmóvil y como en posición de firmes, con la cabeza erguida y los grandes ojos posados estúpidamente en su señor con expresión bovina.

Cuando sonó el golpe fue como si lo hubiera recibido el propio Kurílov. Entonces se detuvo y vi que sus labios se movían; pero de repente la cara del criado pareció reavivar su furia.

—¡Vete, canalla, perro! —bramó, agitando el puño.

Y tras un último y sonoro insulto en ruso, se desplomó, pero no como quien pierde el conocimiento, sino igual que un animal fulminado por la rabia. Incluso se movió como el toro que se sacude las banderillas hundidas en sus costados. Nos rechazó, se levantó con dificultad y subió la escalera tambaleándose. Marguerite Eduardovna y yo lo seguimos hasta su habitación. Se arrancó el cuello duro sin parar de quejarse. Sólo pareció calmarse cuando se acostó y su mujer le puso la mano en la frente. Los dejé así: sentada a su cabecera, ella le hablaba con suavidad, mientras él permanecía con los ojos cerrados y el rostro contraído por espasmos nerviosos.

Supuse que esa noche tendría que velarlo, como siempre que enfermaba. Sin embargo, tal vez temiendo que se le escaparan palabras imprudentes, no me mandó llamar. Su mujer se quedó a solas con él.

Al día siguiente le pregunté por el estado de su esposo.

—¡Oh, no es nada, nada en absoluto! —repitió varias veces, esforzándose por sonreír. Luego meneó la cabeza y, con labios temblorosos, posó en mí sus grandes y profundos ojos—. Si pudiera descansar unos meses... Pasaríamos una temporada en mi ciudad. París en primavera, cuando los castaños florecen... ¡Ah! Pero usted no lo ha visto, ¿verdad? —Se interrumpió—. Los hombres son ambiciosos —dijo de pronto, y suspiró.

No tardé en enterarme de lo ocurrido en la corte, o al menos de lo que contaban los enemigos del Cachalote: que el zar lo había recibido jugueteando nerviosamente con los lapiceros dispuestos sobre el escritorio. Así era como sus colaboradores adivinaban que habían caído en desgracia. Apenas entraban, antes de dirigirles la palabra y sin levantar los ojos, Nicolás II empezaba a ordenar de forma maquinal los objetos y documentos que había sobre la mesa. «Sabe que no me inmiscuyo en su vida privada, pero al menos evite los escándalos», se rumoreaba que habían sido sus palabras textuales.

Más tarde, llegué a la conclusión de que el zar no podía haber hablado así, que sus reproches debían de haber resultado infinitamente menos groseros, menos obvios, quizá apenas perceptibles en un primer momento: una frialdad en el tono; la zarina, que vuelve la cabeza...

Al día siguiente alguien mencionó la visita del monarca extranjero en mi presencia.

—Su majestad tuvo a bien olvidarse de mí —admitió Kurílov con amargura—. No me presentó al rey...

Se produjo un silencio. Todos comprendían lo que eso significaba.

En efecto, durante algún tiempo el Cachalote vaciló en su puesto. Una extraña alegría se apoderó de mí. «¡Bah! ¡Que se lo lleve el diablo! —me decía—. ¡Que se vaya, que deje el cargo de ministro y que viva tranquilo hasta que el cáncer acabe con él!»

Me horrorizaba y sublevaba la idea de tener que matar a aquel hombre, ciega criatura sobre la que la mano de la muerte se extendía y cuya sombra se proyectaba ya sobre su rostro, pero que aún seguía acariciando vanos sueños y ambiciones.

—Rusia olvidará a mis enemigos, pero no a mí —repetía esos días.

Resultaba extraño, incluso grotesco, que ya no se acordara de todos los hombres que habían muerto porque no había sabido dar las órdenes precisas en el momento crucial, o a causa de la red de espionaje que él mismo había organizado, y que siguiera importándole el juicio de la posteridad, a la que conminaba a elegir entre él, la chusma de Dahl y otros imbéciles semejantes.

Recuerdo una vez que estaba sentado en uno de los bancos del jardín con Kurílov, su mujer y su hija, que con su delicado rostro infantil, inexpresivo e impenetrable, lo oía sin escucharlo. Era evidente que en ese momento se hallaba muy lejos de allí, perdida en ensoñaciones en que no cabía la preocupación por su padre. Cuando el ministro calló, ella siguió jugueteando con la larga cadenita de oro que llevaba al cuello. Su padre se volvió y la miró ceñudo, con expresión triste e irritada. El pequeño Iván corría a lo lejos en pos de los perros. Lo oíamos gritar, un tanto jadeante, pues estaba grueso y enseguida se quedaba sin aliento.

Yo observaba los mosquitos, que se alzaban en densas nubes de las aguas del golfo. Los seres humanos que me rodeaban se me antojaban similares a aquellos insectos, que flotaban sobre la marisma, acosaban a los hombres, se agitaban sobre las burbujas de aire y desaparecían, ¡el diablo sabrá por qué!

Irene Valeriánovna cumplía años a finales de junio. A mediados de mes se empezó a preparar el baile en casa de Kurílov.

El ministro había decidido invitar a los zares, con el fin de demostrar a sus enemigos que pese a todo gozaba del afecto de la corte y estaba firmemente asentado en su cargo. La maniobra no engañó por completo a nadie, pero no dejó de surtir efecto, incluso en el propio Cachalote.

La frialdad del zar aún no había derivado en actos hostiles hacia su ministro. Una sustanciosa suma había amordazado en parte a la prensa reaccionaria; y en cuanto a la liberal, seguía con su griterío, pero no tenía importancia a ojos de Kurílov.

Supuse que Marguerite Eduardovna abandonaría San Petersburgo antes de la celebración, así que esperaba verla partir un día de éstos. Pero no; allí seguía, aunque no se ocupaba del baile, pues era su esposo en persona quien supervisaba todos los preparativos. Pálido, sus ojos observaban con inquietud y dureza desconfiada el mundo y sus habitantes.

Un día volví a arriesgarme a seguir a Dahl y el Cachalote, que conversaban en el jardín. Con su expresión más diabólica y una media sonrisa en los finos y apretados labios, el barón contemplaba a su interlocutor en silencio.

Creo que en un momento dado me oyeron a sus espaldas, pues la grava crujió bajo mis pasos. Kurílov esbozó un gesto de impaciencia. Pero en cuanto se sentaron y me quedé quieto, escondido detrás del cuidado seto de boj, se olvidaron de mí.

—Querido Valerian Alexándrovich —dijo Dahl—, puesto que no quiere ofender a sus familiares y conocidos dejando de y, por otro lado, es inadmisibles que sus majestades se mezclen con sus parientes y sus amigos, ¿por qué no organiza un espectáculo en la Sala de Malaquita, exclusivamente para la familia imperial, los altos dignatarios y las damas?

—¿Usted cree? —repuso el Cachalote, dubitativo.

—Por supuesto.

—Tal vez... Sí, supongo que es una solución elegante. Tal vez... —Guardaron silencio—. Mi querido amigo...

—Estoy a su entera disposición, estimado Valerian —dijo Dahl, volviéndose hacia él y sonriendo.

—Ya sabe que sus majestades no han vuelto a mi casa desde la muerte de mi primera mujer.

—Desde su segundo matrimonio, sí, lo sé, mi querido amigo.

—Ahora tengo cierta dificultad para invitarlos. No sé... ¿A quién enviar para tantear el terreno? ¿Qué opina usted? Ésta es una lista de damas especializadas en ese tipo de gestiones. Por otra parte, se dice que su majestad la zarina sale muy poco últimamente. Como comprenderá, me resultaría muy embarazoso recibir una negativa.

Le leyó la lista a Dahl. A cada nombre, el barón lo interrumpía con una risita sarcástica y le tocaba el brazo con suavidad.

—No, no, ésa no. Su conducta... Su majestad expresó su desagrado al respecto. Esta otra está divorciada, y cierta inmoralidad en sus acciones, quizá atribuida injustamente, indispuso contra ella a su majestad. No se imagina hasta qué punto en la corte el viento sopla del lado de una rigurosidad casi puritana. ¿Se hace cargo?

—Lo comprendo.

El barón calló y miró a su interlocutor con expresión severa y maliciosa.

—Se trata de una moda, mi querido amigo... —añadió, encogiéndose de hombros.

«¿Me explico con claridad? —parecía decir con cada una de sus miradas y sonrisas—. Creo que adivina a quién me refiero y la delicada situación en que se halla usted.»

Acabaron bajando el tono con precaución para referirse a la hija de Kurílov como posible futura esposa del joven Anatol Dahl.

—Una alianza entre nosotros sería muy ventajosa —aseguró el ministro con ansiosa astucia—. Su hijo me gusta... Son dos niños...

—Sí, es un buen chico —respondió el otro con frialdad—, pero todavía muy joven. ¡Y tan inocente! Hay que concederle tiempo para que viva la vida, para parrandear —dijo en francés con su risita forzada.

—Claro, claro. Sin embargo...

Sus palabras eran mesuradas, llenas de tacto, de paternal dignidad, pero con qué impaciencia, con qué miedo temblaba su voz...

Estaba ofreciendo a su hija lisa y llanamente, como un sacrificio a un dios colérico. Yo sabía que la joven era muy rica; la fortuna de la primera señora Kurílov pasaría enteramente a sus hijos, pues tras su boda con Marguerite Eduardovna, el ministro había renunciado a su parte en su favor. No he conocido hombre más torpe en su generosidad.

Las inesperadas reservas del barón me hicieron comprender que su posición frente al Cachalote era más sólida de lo que éste imaginaba. Recuerdo que estaba escuchando con atención y, de pronto, alcé la cabeza, miré al cielo, contemplé el tranquilo golfo, y experimenté un ansia enorme

de vida apacible, vulgar, insignificante, lejos de toda aquella gente.

Entretanto, ambos hombres habían acabado poniéndose de acuerdo sobre el nombre de no sé qué señora, amiga de la zarina.

—Es una buena mujer y está acostumbrada a estos encargos —aseguró Dahl.

—¿Cree en verdad que sus majestades accederán a venir? —preguntó el ministro, y suspiró.

—Haré lo que esté en mi mano —prometió el otro asintiendo con lánguida majestuosidad.

—Por desgracia, no tengo la dicha de agradar a mi augusta soberana.

—Claro que sí —replicó el barón en tono vago—. Después de todo, su majestad es una mujer —añadió, y la vacilante inflexión de su voz parecía disculparse por la vulgaridad del apelativo aplicado a la sagrada persona de la zarina— extremadamente nerviosa, de una franqueza muy alemana, que no sabe ocultar sus opiniones, un alma noble, demasiado quizá, demasiado elevada para las mezquinas preocupaciones mundanas.

—Es cierto —admitió Kurílov con vehemencia—. Nadie, si se me permite decirlo —esa expresión parecía gustarle—, nadie en el mundo venera y adora como yo a su majestad imperial. Sin embargo, Matías Ilich, me reafirmo: no me profesa ninguna simpatía. Sin reparar en ello, debí de herirla, de ofender sus sentimientos, con mi propio carácter. Por ser emperatriz, no deja de ser mujer, como justamente acaba usted de afirmar.

—A veces es incluso lamentable —insinuó Dahl cauteloso, pero emitiendo una especie de silbido.

El comentario dio pie a un intercambio de puntos de vista sobre la conducta de los cortesanos y los zares, que se alargó bastante.

—Matías Ilich —dijo de pronto el Cachalote—, usted es la persona a quien su majestad ha considerado digna de comunicarme ciertas opiniones tuyas relativas a la presencia de mi mujer en esa fiesta. ¿Tendría la bondad de hacerle saber...? —Percibí el temblor de su voz, la lucha entre el miedo y el coraje que daba énfasis a sus frases más pomposas—. ¿Querría decirle que Marguerite Eduardovna... que mi mujer no se irá de San Petersburgo por el momento y que no lo hará hasta después de haber presentado sus respetos a sus soberanos?

—Pues claro, mi querido amigo —repuso Dahl tras una imperceptible vacilación.

—Estoy cansado de equívocos. Deseo que mi mujer —y volvió a recalcar la palabra— sea tratada por todos con el respeto que mi nombre le garantiza. Lo he pensado con detenimiento, Matías Ilich. Si cedo en esta ocasión, se repetirá en otras circunstancias. Sé bien que la persecución que sufro empezó el día que insistí en presentarla en la corte. No ignoro que... Pero deseo que la situación se aclare. Si el zar se negara a venir, entendería que me resulta imposible seguir en mi cargo. Dimitiría sin pesar. Estoy enfermo, cansado.

Hubo un largo silencio.

—Pues claro, mi querido amigo —repitió Dahl.

Y se despidieron. Cuando se marchó el barón, Kurílov siguió sentado en el banco, a dos pasos de mí. Lo veía muy bien.

Era un día cálido y brumoso. Las pequeñas moscas de verano zumbaban alrededor. El ministro estaba pálido e inmóvil. De pronto, soltó un largo y hondo suspiro que en verdad parecía ascender desde el fondo mismo de sus entrañas. A continuación se levantó. Hurgando en la gravilla con la punta del bastón, caminó con pasos lentos hasta el extremo del estrecho sendero con expresión cansada y pensativa. Pero en cuanto llegó al ancho y recto camino que conducía a la casa, el pobre Cachalote se irguió, sacó pecho y siguió avanzando con aquel envaramiento y aquella pomposidad que le eran propias y adoptaba incluso cuando estaba solo: las del hombre acostumbrado a pasar entre dos filas de gente inclinada.

Desde el día siguiente, la casa empezó a parecerse a una bulliciosa colmena. Se colocaban colgaduras, se tiraban tabiques...

Si no recuerdo mal, la respuesta de la zarina se hizo esperar. El ministro estaba cada vez más agitado. De la mañana a la noche, se lo veía deambular por la casa con su pesado y vacilante paso, que estremecía el parquet. Se mostraba duro e impaciente con criados y secretarios. Recuerdo especialmente el tono hostil y displicente con que se dirigía a su hija. A veces miraba a Marguerite Eduardovna a hurtadillas. Imagino que ponía en la balanza su ambición y su amor por ella. Y en esas ocasiones, esbozaba una especie de sonrisa resignada, una expresión de profunda dulzura, y luego se volvía suspirando. Entretanto, Fanny me esperaba todas las noches junto a la pequeña verja del parque y me hablaba de persecuciones en las universidades, de disturbios reprimidos con violencia inaudita, de estudiantes detenidos y deportados... Recuerdo aquella extraña sensación: la voz de Fanny temblando de odio y el pálido rostro de Kurílov, cuya imagen me perseguía sin tregua... Ya daba todo igual. Los estudiantes tenían razón y el Cachalote también. Cada pequeño insecto humano pensaba sólo en sí mismo, en su vida de mosquito amenazada, y odiaba y despreciaba a los demás, lo cual era justo... Sólo yo los comprendía a todos. Demasiado bien. El juego había acabado. Dios exige más ceguera a sus criaturas.

Pasaba el tiempo y la zarina seguía sin contestar. Mientras tanto, la avalancha de floristas y tapiceros no cesaba. Durante algún tiempo prevaleció la idea de organizar una fiesta nocturna en el jardín.

Como ya he mencionado anteriormente, el parque descendía por delante de la casa hasta el mar, un triste golfo septentrional rodeado de pinos y zarzas. Creo que Kurílov quería erigir un pontón y disfrazar a unos músicos. Pero esas finezas eran muy ajenas a su carácter, de modo que lo ayudaba Hipólito Kurílov.

El ministro ignoraba la reputación de su sobrino y hasta qué punto lo perjudicaba, de modo que lo apoyaba en su carrera cuanto podía. Si se acusaba al Cachalote de favorecer a su numerosa parentela en perjuicio del Estado, se debía sobre todo a Hipólito.

—No roba, pero tampoco es que haya obtenido nada para el pueblo —decía la gente—. Coloca a sus conocidos, primos y hermanos en todas partes, y todos roban.

La primera señora Kurílov había criado a aquel chico, huérfano desde muy pequeño, y el ministro seguía cumpliendo de forma escrupulosa cuantos deseos su mujer había expresado en vida. Era uno de los rasgos de su carácter, una estúpida lealtad, una rígida honradez que descargaba su conciencia, pero que le hacía cometer numerosos errores y provocaba los mayores desastres.

En la habitación de su difunta esposa, que permanecía intacta, seguía colgando un enorme

retrato de Hipólito Kurílov de niño, con una aureola de dorados bucles en torno al demacrado y alargado rostro.

Todas las tardes, el ministro y su sobrino bajaban hasta la orilla, medían el terreno y discutían el modo de colocar los músicos y el color de los farolillos.

Hipólito Nicolaiévich corría, agitaba los brazos, señalaba el golfo...

—¿Se imagina, tío? El mar de fondo, iluminado por la luna, el aroma de las flores, la música en sordina alzándose sobre el agua, los vestidos de las mujeres... ¡Un Watteau! —exclamaba arrastrando las erres y levantando las blancas y regordetas manos. Era un jorobado sin joroba, con el pecho abombado, la cabeza apenas separada del tronco y la cara alargada y pálida—. Naturalmente, será caro —añadía con despreocupación—. Déjeme a mí...

En aquellas islas, el crepúsculo era de una tristeza tremenda. Recuerdo que llovía y que las gotas acribillaban las serenas aguas del golfo. El sol poniente permanecía en el horizonte hasta la mañana: un globo de un rojo apagado que, envuelto por la bruma, parecía, humear.

Kurílov escuchaba con expresión sombría y, de vez en cuando, se volvía hacia mí.

—¿Qué opina, señor Legrand? Habla usted poco, pero tiene buen gusto. Los farolillos, ¿de qué color los prefiere? ¿Tal vez verdes?

En realidad ni siquiera me escuchaba. Contemplaba el mar inmóvil y volvía sobre sus pasos, suspirando.

Al final decidió ir en persona a pedir la respuesta del zar y someter a su consideración, si aceptaba asistir, la lista de invitados.

Acompañé al ministro al Palacio de Invierno. Cuando salí, vi a los peticionarios que aguardaban en el patio. Llevaban toda la mañana allí; la lluvia los había agrupado bajo un saledizo, como a un rebaño. Cuando apareció el Cachalote, dieron unos tímidos pasos en su dirección. El ministro agitó la mano con gesto de hastío.

—¡Váyanse! ¡Atrás! —gritaron dos criados, adelantándose.

En un visto y no visto, los hicieron retroceder y cerraron la verja. Sombrío y pensativo, Kurílov subió al cupé blindado y me indicó que lo siguiera. Qué paradójico... Ese día, también a él lo recibieron mal. El zar estaba cansado; la emperatriz, enferma.

Lo esperé largo rato delante del palacio, asfixiándome en aquel coche, y luego volvimos a las islas al paso.

Acurrucado en un extremo, Kurílov miraba en silencio al vacío. A veces urgía al cochero chasqueando apenas la lengua, pero en cuanto éste aflojaba las riendas y los caballos empezaban a galopar, se enfurecía, insultaba al hombre y proseguíamos al paso. La lluvia arreciaba por momentos. Es curioso hasta qué punto comprendía los «estados de ánimo» del Cachalote. Sin embargo, resultaba

difícil adivinar qué emociones agitaban su espíritu detrás de aquella coraza, bajo aquella inmovilidad estatuaría. Las intuía de un modo extraño que me proporcionaba, además de satisfacción intelectual, un gozo casi físico. Tiempo después, en Siberia, cuando escapé del presidio y tuve que cazar para alimentarme durante la huida, recuerdo que mientras acechaba a una presa percibía sus estremecimientos de un modo similar.

El calor y el bochornoso aguacero parecían ascender de la tierra. Era evidente que el ministro ardía en deseos de hablar conmigo; pero como de costumbre, el pobre idiota temía revelarme lo que una sola de sus miradas o sus gestos habría evidenciado incluso a un niño.

—Bendita servidumbre... —dijo al fin con amargura.

Como no repliqué, se sumió de nuevo en el silencio, volvió la cabeza y se puso a contemplar el agua que chorreaba por la ventanilla. Habíamos cruzado la puerta de San Petersburgo. Seguíamos un ancho paseo flanqueado de árboles, de cuyo empapado follaje la lluvia, reluciente como la plata, caía con estrépito.

En un momento dado, el coche hizo un movimiento extraño y miré a Kurílov. Aunque por lo general era perfecta y absolutamente dueño de sí mismo, una sacudida del carruaje, un ruido de cristales rotos, solían provocarle una especie de involuntaria contracción nerviosa, que un instante después se transformaba en calma glacial. Me divertía sorprender aquellos sobresaltos, que revelaban su obsesión por un atentado.

Pero ese día no reaccionó. No se puso rígido; su cuerpo inerte siguió la inercia del vehículo, que, desviado por una piedra, había dado un bandazo.

—¿Se ha hecho daño? —le pregunté.

Me miró como si acabara de despertar. Tenía las mejillas hundidas y pálidas, y los ojos entornados.

—No —respondió, y meneó la cabeza—. Es extraño. Me encuentro mejor. Cuando tengo la mente ocupada con todos esos problemas, el dolor se calma. —Suspiró—. Cuanto más arriba estás, más pesada es tu cruz.

—Sin embargo, si está cansado... ¿Por qué no se retira? Marguerite Eduardovna...

—No puedo —me interrumpió—. Esto es mi vida.

Y en silencio llegamos a casa.

La idea de situar la orquesta a orillas del mar acabó desechándose. Kurílov decidió organizar un espectáculo en la Sala de Malaquita, como le había aconsejado Dahl. El zar y la zarina habían dado un vago asentimiento, aunque podían cambiar de opinión en cualquier instante. En todo caso, las invitaciones estaban cursadas.

La Sala de Malaquita ocupaba la mitad de la planta baja, y allí se montó el escenario. Varios

días antes del bañe, entré y encontré a Kurílov presenciando un ensayo. Una joven disfrazada de pastora estilo Luis XV tocaba un instrumento antiguo, una especie de cornamusa que producía el sonido alegre y agudo de un pífano. Habían retirado todos los muebles, excepto la enorme araña de cristal veneciano con varios niveles, cuyos colgantes tintineaban como eco de la música.

Con los grandes ojos azules muy abiertos, el ministro parecía escuchar con atención; luego felicitó a la intérprete. Cuando la joven se marchó, nos quedamos solos en medio de la sala, momento en que advertí que las tablas del escenario, que aún no habían cubierto con alfombras, estaban mal ensambladas y parecían a punto de partirse bajo el peso más liviano. Se lo hice notar. Kurílov me miró como si despertara de un sueño y no respondió.

—Fíjese: no es nada seguro —insistí.

De repente hizo una mueca y una expresión de ciega furia lo transformó.

—Ah, ¿no? ¡Pues mejor! ¡Mejor! ¡Dios mío! ¿Por qué no se irán todos al infierno? ¿Por qué no se los tragará la tierra? —Al cabo de unos instantes, consiguió dominarse y me miró inquieto—. No me haga caso. Estoy nervioso, enfermo...

Se acercó a una ventana para mirar fuera, y al cabo de un buen rato se marchó sin decir nada.

El baile se celebró a finales de junio, lo recuerdo.

Esa noche salí a pasear por las islas. Me gustaban esos anocheceres serenos. Veía los coches en el patio, avanzando uno tras otro por los anchos paseos. A través de las portezuelas distinguía bustos magníficos, mujeres cargadas de joyas, como relicarios, con las mejillas hundidas, los labios finos y vistosas diademas sobre la frente, y hombres uniformados cubiertos de oro y diamantes que relucían de un modo extraño. La peculiar claridad de las noches estivales les daba una apariencia lúgubre, onírica... Recuerdo que tiempo después, siendo comisario político, en noches como aquélla interrogué a los sospechosos que llevaban ante mí por tandas antes de ejecutarlos al amanecer. Me acuerdo de aquellos rostros pálidos, de la claridad nocturna que bañaba sus facciones y sus ojos, fijos en mí. Algunos estaban tan exhaustos que parecía darles todo igual y respondían a mis preguntas con hastiada ironía. Eran pocos los que defendían su vida. La mayoría se dejaba llevar y ejecutar sin rechistar. ¡Qué matadero, una revolución! ¿Vale la pena? La verdad es que nada la vale. Ni siquiera la vida.

Llegué al jardín, abrí la verja y, casi al instante, me topé con Kurílov, que había salido para comprobar el dispositivo policial que vigilaba la casa. A cada paso se veía a un agente de paisano escondido tras un árbol.

—¿Qué hace aquí, señor Legrand? ¡Venga, contemplará un interesante espectáculo! —dijo, y me obligó a acompañarlo hasta la casa.

Por las ventanas abiertas se divisaba la Sala de Malaquita iluminada, mujeres que agitaban sus abanicos y, en primera fila, al zar y los príncipes.

—¿Lo oye? —me preguntó Kurílov bajando la voz. Alzó la cabeza y se quedó escuchando unos instantes con el ceño fruncido—. Bach...

La música, grave y serena, parecía pasar volando muy por encima de nuestras cabezas. Presté atención a mi vez. Tocaba el famoso R. No soy amante de la música ni del arte en general. En realidad sólo Haydn y Bach me gustan de verdad.

—Ahí tiene a nuestros soberanos. Es la primera vez que los ve, ¿verdad? Aquélla es la zarina y el que está a su lado, el zar en persona. Qué admirable majestad irradian los rostros de esos dueños absolutos de la inmensa Rusia... —añadió el Cachalote en aquel tono solemne que me irritaba y conmovía por igual.

Levantó la mano y señaló el ventanal iluminado y a Nicolás II, que, con la cara vuelta hacia nosotros, escuchaba atentamente. En determinado momento, durante una breve pausa de la música, oí con toda claridad la cansada tosecilla del zar, que se llevó una enguantada mano a la boca e inclinó

la cabeza.

—Disculpe si me quedo aquí —dije al ministro—. En los salones me falta el aire.

Kurílov volvió adentro.

Fuera la noche también era sofocante y empezaba a relampaguear. Vi que la gente se levantaba; oí el ruido de pasos y sables contra el suelo. Los príncipes pasaron a la sala contigua, donde se serviría la cena. Me acerqué a las ventanas. Distinguí al zar, con la copa en la mano. Luego a Ina, vestida de blanco, y a Marguerite Eduardovna, con un tocado de diamantes y un manojo de rosas prendido al vestido, así como a otras invitadas, junto a una multitud de rostros desconocidos.

Me costaba respirar, no soplaba ni la menor brisa. A la vuelta de un seto me encontré con un policía que, como me había visto hablando con el ministro, no se inquietó, sino que se limitó a seguirme maquinalmente a lo largo de un sendero, por mera deformación profesional. Me volví hacia él y le ofrecí un cigarrillo.

—¿Mucho trabajo esta noche?

El agente frunció el ceño y, tras una vacilación, respondió con sequedad y en un francés de marcado acento alemán:

—La casa está bien vigilada. —Y, llevándose una mano al ala del sombrero, desapareció en la oscuridad.

Resultaba extraño pasearse con entera tranquilidad por aquel jardín ante la invisible mirada de los policías. En esa época no solía pensar en mi propia existencia; vivía en una especie de sueño lúcido y confuso a un tiempo. Pero esa noche pensé por primera vez en mí, en la muerte que me aguardaba. Mas no conseguí interesarme realmente... Recuerdo que me dije: «Tendrán que darme bombas, no un revólver, para volar por los aires yo también.» Me parecía curioso el hecho de que, casi con toda certeza, el ministro y yo fuéramos a morir juntos... Sentí que me subía la fiebre. Las tormentas, y sobre todo el ambiente cargado que las precede, me descomponen. Me ahogaba. Aún pensé: «Cerrar los ojos, dormirme...» La vida es odiosa... absurda... Es tan fácil matar a gente a quien ni siquiera conoces, a hombres como los que pasaron por mis manos durante aquellas noches de 1919 y más tarde... E incluso ellos...

Cuando les preguntaba «¿Cómo se llama? ¿Dónde nació?», de los documentos, de los pasaportes, falsos o no, emergía ante mí la imagen de vidas comprensibles, casi fraternales.

—Tú, el ladrón, el especulador, proveedor de botas de cuero podrido, de conservas en mal estado, a los ejércitos imperiales, no eres una mala persona, sólo te gustaba el dinero; y ahora también te inclinas ante mí con fervor, esperanzado: «Camarada comisario, dispongo de dólares... Camarada comisario, apiádese de mí; jamás hice daño a nadie; tengo hijos pequeños. ¡Apiádese de mí!» Mañana, cuando dos hombres te vuelen la tapa de los sesos en un oscuro cuchitril, ¿sabrás siquiera por qué mueres?

Recuerdo a aquel canalla del Ejército Blanco que había colgado a campesinos por millares y quemado pueblos a su paso, hasta tal punto que en su camino sólo quedaban las marcas de las estufas en las casas. Mientras agonizaba, volvió hacia mí sus estúpidos ojos inyectados en sangre: «¿Por qué, camarada comisario? ¿Por qué me haces sufrir de esta manera? Nunca hice mal a nadie...» Era grotesco. Igual que Kurílov.

«Acabar con los injustos por el bien de la mayoría.» ¿Por qué? ¿Y quién es justo? Y a mí, ¿qué me hicieron esos hombres? El cazador no soporta tener que matar a un animal al que alimentó y cuidó... Sin embargo, mientras estemos aquí, hay que jugar el juego. Maté a Kurílov. Envié a la muerte a hombres a quienes comprendía de inmediato, como a hermanos, como a mi propia alma...

Esta noche, que ha sido pesada y tormentosa, he sufrido un acceso de delirio. He abandonado estos viejos escritos inútiles, he bajado al jardín y paseado un buen rato por el sendero, de diez pasos de largo, que lleva a la tapia y, al otro lado, a la carretera. Me moría de sed. La sangre se me agolpaba en la garganta, y era como si una mano pesada y dura me apretara el cuello.

Por fin, al amanecer, ha empezado a llover y he logrado tumbarme en la cama y dormir. Toso, me ahogo... En la casa no se oye el menor ruido. Me gusta esta soledad irremediable.

Así pues, una noche de verano de hace treinta años me paseaba ante las ventanas de Kurílov y observaba a aquella muchedumbre de deslumbrantes peleles que ya no existen.

Transcurrió la velada. El zar salió; su coche estaba preparado. Todos los policías se habían acercado y formaban un cerco invisible amparados en las sombras de los árboles. Presté atención: los oía apenas respirar y el roce de sus pasos en la hierba. Conforme a la tradición, el ministro, con la cabeza descubierta y un gran candelabro de oro en la mano, aunque la noche era de una extraordinaria claridad, acompañó a su majestad. Tras ellos, la multitud murmuraba respetuosamente.

Cuando el zar abrió la boca, se hizo un silencio absoluto. Pude oír su titubeante carraspeo y sus palabras:

—Gracias. Ha sido una fiesta magnífica.

Nicolás II subió al coche y se sentó junto a la zarina, que, erguida y rígida, inclinó maquinalmente su triste y altivo rostro. Llevaba un tocado de plumas blancas y un collar corto de pedrería. Se marcharon.

Kurílov estaba exultante. Una muchedumbre ávida lo rodeaba y felicitaba, como si se le hubiera quedado adherida parte de la majestad imperial.

—¿No les apetece pasear bajo esas enramadas? —declamó con el tono pomposo de los buenos tiempos, señalando el jardín.

Luego se volvió hacia Dahl, lo tomó del brazo y ambos siguieron a los invitados, que empezaban a dispersarse por los senderos.

—Le felicito —dijo el barón—. Su majestad se ha mostrado más que amable.

Kurílov estaba en el séptimo cielo. En cierto momento, unos músicos ocultos entre los setos empezaron a tocar. Aquí y allá, en medio de los macizos de césped, se habían encendido luces de bengala, cuya llama era de un rojo oscuro. Su resplandor arrojaba reflejos sangrientos sobre los lívidos rostros de Dahl y Kurílov, aquellas pálidas caras de peterburgueses que no conocían el sol, sino sólo la claridad artificial de sus noches estivales (dormían por el día). Pensándolo bien, era bastante apropiado.

Dahl cogió al ministro del brazo y se lo apretó con afecto. En ese instante comprendí que la caída del Cachalote era inminente.

—Estaba seguro de que, cuando vieran de cerca a mi mujer, sus majestades comprenderían que los habían inducido a error —dijo Kurílov, y sonrió orgulloso.

Aquel hombre era así... Su inteligencia, que desde luego no era tan grande como él creía, pero sí mayor de lo que yo había imaginado, se nublaba, se oscurecía cuando las cosas le iban bien. El éxito se le subía a la cabeza como los vapores del vino.

Regresé a mi habitación, abrí la ventana y observé cómo se alejaban uno tras otro los coches del patio. Hasta el amanecer estuve oyendo la música de los acordeones en las caballerizas. En la alcoba de Marguerite Eduardovna brilló una luz que se apagó casi al instante.

Una semana después del baile, el zar mandó llamar a Kurílov. Con buenas maneras, porque Nicolás II era un soberano ilustrado que carecía de la brutalidad de su padre, tanto en las palabras como en los actos, dio a elegir a su ministro entre el divorcio o la destitución, recomendándole vivamente que optara por lo primero. Pero el Cachalote se negó a dejar a su esposa; a ese respecto, incluso mostró una indignación que el monarca encontró *tactless*, como dijo más tarde. Kurílov cesó en su cargo.

Ese día lo vi a su regreso de San Petersburgo. Su expresión era tan impasible como de costumbre, aunque estaba algo más pálido y tenía las comisuras de la boca caídas. No obstante, parecía muy tranquilo y dueño de sí, y sonreía de una forma irónica y resignada que me sorprendió.

—Ahora podré descansar cuanto me plazca, mi querido señor Legrand —dijo al pasar junto a mí.

Su destitución debía mantenerse en secreto durante un tiempo. Sin embargo, las «altas esferas» de San Petersburgo, como se llamaba a la corte y los círculos más próximos a ella, ya la comentaban abiertamente.

Al principio, su presencia de ánimo me desconcertó. Pero no tardé en comprender que él no había calibrado del todo el alcance de su caída. Seguramente la creía pasajera. O puede que la íntima convicción de haber actuado como un *gentleman* —«*behave like a gentleman*», como le gustaba decir apretando los labios para producir un silbido peculiar— fuera un bálsamo para su herida. Tampoco estaba descontento de haber plantado cara, por primera vez en su vida, a su bien amado soberano.

En la corte, el partido de la oposición lo felicitó calurosamente por su actitud, de modo que conoció una súbita popularidad, que lo engañó y aturdió durante cierto tiempo, más bien corto. Luego se quedó solo. Lo olvidaron. Por la noche, desde mi ventana, empecé a verlo de nuevo deambulando durante horas por la habitación iluminada. Poco a poco, fue volviéndose más triste e irritable. Se pasaba el tiempo solo, enclaustrado.

Cierto día entré en su habitación. Estaba sentado a su mesa y ante un cofre de bronce que contenía un fajo de papeles, que leía y volvía a doblar con cuidado, como si fueran viejas cartas de amor. En realidad se trataba de una colección de telegramas recibidos con motivo de su nombramiento como ministro de Instrucción Pública, que siempre tenía cerca, en su escritorio de trabajo, guardados bajo llave.

Al verme pareció un poco azorado. Yo esperaba el ademán solemne con que se deshacía de los inoportunos, ese gesto majestuoso de volver la cabeza, el «¿Qué pasa? ¿Qué quiere?» y la insistente y fría mirada de sus ojos azul pálido. Pero se limitó a esbozar una mueca melancólica.

—Vanidad de vanidades, señor Legrand. En este mundo todo es ceniza y vanidad. A mi edad, uno se divierte como puede —prosiguió en un tono que pretendía parecer desenfadado—. Los honores son los juguetes de los viejos. —Reflexionó un instante y cerró el cofre. Por fin, con una señal de la cabeza, me invitó a sentarme frente a él y empezó a hablarme de Bismarck—: Lo conocí; fui a visitar a aquel gran hombre, despedido como yo por un señor ingrato. Vivía solo, con sus perros. La inactividad mata... —Se interrumpió y suspiró—. El poder es un veneno delicioso. Para otros —se apresuró a añadir—, para otros... Yo soy un viejo filósofo.

Se esforzaba en sonreír de un modo irónico y despreocupado, a la manera del difunto príncipe Nelrode. Pero sus grandes ojos azules permanecían clavados en los míos con una expresión de inquietud y fúnebre tristeza.

Por fin, pasado julio, me llegó la orden de dar muerte a Kurílov el 3 de octubre, fecha en que el emperador alemán tenía previsto visitar al zar. En el teatro Marinski se celebraría un espectáculo. La bomba debía arrojarse al acabar la representación, fuera del edificio propiamente dicho, para evitar mayores desgracias, pero lo bastante pronto a fin de que el asesinato se produjera ante los ojos del pueblo y los representantes de las potencias extranjeras.

Fanny me había llamado a San Petersburgo. Vivía en una especie de granero que daba al negro canal de la Fontanka, en una habitación que compartía con una familia de obreros.

Me acuerdo del calor de aquella jornada de verano y del polvo de cal, cegador a la luz del sol, que se alzaba de un andamio. Estábamos solos en la habitación. Le dije que me gustaría hablar con alguno de los jefes del Partido. Ella se limitó a mirarme fijamente con sus relucientes ojillos y por fin preguntó:

—¿Y a quién quieres ver? —No conocía a ninguno, pero insistí—. Tienes órdenes de no ver a nadie.

Irritado, repetí mi demanda. Nos separamos sin haber tomado ninguna decisión.

Pasaron varios días, y Fanny volvió a convocarme una tarde. Me dirigía hacia su habitación por la pequeña y bamboleante galería de madera que rodeaba el patio interior, cuando un hombre abrió la puerta, avanzó hacia mí y me tendió la mano. La lamparilla que colgaba de la pared iluminaba tan poco que sólo pude distinguir su sombrero de ala ancha. Su voz sonaba bastante extraña, brusca e irónica. En su forma de controlar la respiración, reconocí el hábito de hablar en público.

—No podemos entrar —dijo indicando la habitación con un gesto desganado del hombro—. Hay una mujer acostada, no sé si está enferma o borracha. Soy... —Pronunció su nombre. (Más tarde, aquel famoso terrorista moriría ejecutado por los soviets, de los que en 1918 se convirtió en enemigo encarnizado.) En efecto, se oían las quejas de una voz femenina, acompañadas de gemidos y sollozos

—. ¿Quería hablar conmigo?

Ni siquiera bajó la voz, aunque la galería estaba llena de borrachos, mendigos, busconas pintarrajeadas que se encaminaban a su trabajo cotidiano, chiquillos semidesnudos que correteaban como ratas... Pasaban, nos miraban, nos empujaban... El hombre se había acodado en la barandilla y observaba el negro hueco de la escalera. Allí se decidió la suerte de Kurílov.

Le dije que no quería matarlo. Sin alterarse, soltó un suspiro de hastío, como el propio Kurílov cuando el secretario volvía a pedirle explicaciones sobre la carta que debía escribir.

—Está bien, no pasa nada, buscaremos a otro... —En uno de los tabucos, un borracho empezó a cantar. Irritado, mi interlocutor golpeó el tabique y me señaló la escalera—. Bueno, ¿bajamos?

Pero yo lo retuve y de pronto... ¡Oh! Ya no recuerdo lo que dije, sólo que me sentía como si estuviera disputándole un hermano a la muerte.

—¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? No es más que un pobre imbécil. Lo eliminarán, pero su sustituto río será mejor, y así sucesivamente.

—Lo sé, lo sé —repuso él, exasperado—. Empezaremos de nuevo. Sabe usted muy bien que no matamos al hombre, sino al régimen.

Me encogí de hombros. Como de costumbre, sentía una especie de vergüenza, de miedo a dejarme llevar y hablar con grandilocuencia, cosa que detestaba.

—¿Quieren castigar a un culpable, o acabar con una fuente de desgracia, una molestia, un peligro para ustedes? —me limité a preguntar.

Me escuchó con mayor atención. Se apoyó contra la endeble barandilla y empezó a balancearse silbando débilmente.

—Lo segundo, sin ninguna duda.

—Lo han destituido. No se ha hecho oficial, pero no tardarán en reemplazarlo.

Maldijo entre dientes.

—¡Otra vez! ¡Ya teníamos a ese cerdo! ¿Y cuándo se hará pública su destitución? —Me encogí de hombros—. Mire, la fecha fijada es el tres de octubre —añadió rápidamente—. Piense que en octubre hay convocadas huelgas en todas las universidades. Habrá disturbios. Si sigue en el poder, morirán muchos estudiantes. Si lo eliminamos, asustaremos a su sucesor y salvaremos vidas mucho más valiosas que esa máquina inhumana.

—¿Y si el tres de octubre ya no está en el poder?

—Pues mala suerte. ¡Qué se le va a hacer! Lo dejamos correr. En caso contrario, como comprenderá, si no lo perpetra usted, lo hará otro...

Calló. El borracho volvió a cantar con voz quejumbrosa.

—¡Váyanse! El *dvornik* está subiendo —anunció Fanny saliendo al pasillo.

Bajamos juntos, él a toda prisa. Estaba claro que quería marcharse antes que yo y evitar que lo viera a la luz del día. Pero conseguí adelantarlo y le miré un segundo a la cara. Era joven y tenía unos ojos bondadosos, pero parecía mayor. Sorprendido, él me devolvió la mirada.

—Escuche —dije de pronto—. Este trabajo es insoportable. ¿A veces no le entran ganas de mandarlo todo al infierno y desaparecer?

No sé por qué, desde que lo miraba a la cara, algo de nuestra conversación me parecía forzado, teatral. Frunció el ceño.

—No, no siento ninguna compasión —aseguró, respondiendo no tanto a mis palabras como a mis pensamientos, que creía adivinar—. Esa gente no merece más piedad que un perro rabioso —añadió. No pude evitar sonreír, pues Langenberg había dicho justo lo mismo—. Usted no sabe nada, viene de su urna de cristal, bien segura. Si le hubiera preguntado a su padre...

—No se trata de piedad —lo atajé—. Lo que nos falta es más bien cierto sentido del humor. Lo mismo que a nuestros enemigos, por lo demás. ¿No le parece?

Escudriñó mi rostro.

—Una de dos, ¿de acuerdo? Si el tres de octubre... —Y repitió de nuevo su propuesta.

Pero le dije que lo había entendido perfectamente. Sonrió y asintió con la cabeza.

—Ya verá, cuando note la bomba envuelta en el pañuelo o el revólver en el bolsillo del pantalón, y contemple a todos esos parásitos, con sus medallas y perifollos, el escalofrío que le recorrerá la espalda le compensará por todo. Yo ya he matado a dos.

Se llevó la mano al sombrero en ademán de saludo y desapareció. Cuando me quedé solo, eché a andar por las calles de San Petersburgo, por tres de ellas, siempre las mismas, alrededor del negro canal, hasta el amanecer.

Poco a poco, Kurílov fue cambiando y se volvió cada vez más sombrío y nervioso. En esa época, solía ir con su mujer a la casa del Cáucaso o a Francia, pero ese año no pensaba moverse. Esperaba no se sabía qué; no lo sabía ni él. Seguramente que el zar cambiara de opinión. O que el mundo se detuviera, ahora que él, Kurílov, ya no era ministro.

Por fin, hacia finales de julio, se publicó el decreto por el que Nicolás II nombraba a Dahl como sucesor del Cachalote, quien encajó el golpe sin pestañear, pero pareció envejecer súbitamente. Advertí que la presencia de su mujer le pesaba. Se mostraba aún más amable, más considerado con ella, pero saltaba a la vista que le recordaba sin cesar el sacrificio de su carrera, recuerdo que le resultaba muy penoso. Como todos los años, los chicos, Ina e Iván, habían ido a pasar el verano en casa de su tía, en algún lugar de la provincia de Orel.

Parecía que la única presencia que soportaba era la mía. Supongo que lo calmaba con mi silencio y porque apenas me hacía notar. Siempre he tenido un paso sumamente leve y sigiloso.

La casa se había quedado vacía y resonaba como una colmena abandonada. Por supuesto, ya nadie venía a visitar al ministro en desgracia, por miedo a comprometerse; pero lo asombroso era que él estuviera sorprendido y dolido. Por la mañana llamaba al criado con el habitual timbrazo imperioso, que se oía en todo el edificio.

—¡El correo!

Entonces le llevaban un puñado de cartas, que él miraba con avidez y luego dejaba caer sobre la cama, suspirando, para desparramarlas con la mano. Aunque su rostro permanecía impassible, los dedos le temblaban de manera imperceptible.

—¿Ningún mensaje de su majestad? ¿Nada?

Al preguntarlo, se ruborizaba lastimosamente y su mirada se volvía aún más gélida y fija. Era evidente que la simple pregunta lo martirizaba, pero que no podía evitar formularla. Aún me parece estar viendo la lenta afluencia de la sangre a su pálido y alargado rostro, que acababa enrojeciendo hasta la ancha y despejada frente. Cada timbrazo, cada ruido de un coche en el patio, le provocaba un sobresalto.

Hacía un tiempo espléndido y calor. Kurílov bajaba a primera hora al jardín y aspiraba el aroma de las flores y el mar de césped de los macizos, que parecían prados y se podaban en esa época del año. La suave brisa traía el silbido de las hoces y las voces de los campesinos.

—¡Así acabaremos también nosotros, señor Legrand, así acabaremos! —Se detenía, miraba alrededor y luego contemplaba el golfo, de un invariable gris pálido bajo el cielo azul—. Qué bien

se respira este aire que aún no ha contaminado el hombre, ¿verdad, señor Legrand?

Clavaba el bastón en una hoja, la alzaba hacia la luz, se paraba, miraba fijamente la hierba y los arbustos, sin verlos... El canto de los pájaros lo deleitaba, decía, hasta que empezaba a esbozar muecas de dolor.

—¡Ya es suficiente! ¡Volvamos adentro! ¡Estos gorjeos me dan dolor de cabeza! Y el sol me atonta —añadía haciendo un gesto hacia el pálido astro septentrional, reflejado en el agua. Era la hora en que antaño iba a presentar sus informes al zar—. A tirar del carro, *Cincinnatus*...

Cuando hablaba del zar, la zarina, la corte, los ministros, se le escapaban breves risitas amargas. Bajo el quemante azote de la adversidad, aquel hombre, al que nunca vi mostrarse ingenioso ni sarcástico, juzgaba las cosas del mundo con regocijante crueldad.

—¿No conoció a ningún revolucionario exiliado en Suiza? —me preguntó una vez.

—No —mentí, temiendo una trampa.

—¡Fanáticos, iluminados, chusma!

Pero en realidad los revolucionarios no le interesaban. Lo que contaba para él, para su soberano, para Rusia, eran las intrigas de los grandes duques, los ministros y, sobre todo y ante todo, las intrigas de las que él, había sido víctima, las maquinaciones, que calificaba de «diabólicas» y rumiaba con amargura, de Dahl y su camarilla. No me hablaba de ellas; yo no tenía por qué saber nada, pues no era más que un insignificante medicucho, indigno de conocer el destino y los infortunios de los grandes hombres de este mundo. Más aunque no lo pretendiera, cada una de sus palabras aludía a su propia historia.

¡Mi pobre Kurílov! Nunca me sentí tan cerca de él, jamás lo comprendí, desprecié y compadecí tanto como esos días y noches. Pálidas noches blancas, cuya claridad permanecía en el horizonte doce horas, aunque ya empezaba a debilitarse, porque estábamos en agosto, que en esas latitudes es el otoño, estación árida y triste en cualquier parte, pero allí aún más... Le aconsejaba que se fuera: le hablaba de Suiza y de una casa en Vevey, blanca y adornada con una parra rojiza, como la de la familia Baud. Le pintaba cuadros idílicos. En vano. El se aferraba a la proximidad del zar, al recuerdo, a la ilusión del poder.

—¿Ministros, esos peleles? —repetía con rabia—. ¿Un zar? ¡No: un santo! ¡Dios nos proteja de los santos en los tronos! ¡Cada cosa en su sitio! En cuanto a la zarina... —Se interrumpía, fruncía los labios en una mueca de desprecio y soltaba un profundo suspiro—. Lo que falta es actividad...

Y también le faltaba otra cosa: la ilusión de controlar el destino de los hombres. Eso no cansa; y si llega a cansar, es el final... de todo. Ahora lo sé.

—Usted es el único que ha permanecido fiel al hombre derrotado —me dijo en otra ocasión.

Respondí con una evasiva. Él suspiró y me lanzó una de aquellas extrañas miradas suyas, que

tanto me atraían.

—Pensándolo bien, es usted bastante misterioso —comentó.

—¿Por qué? —pregunté, no sin cierto regodeo.

—¿Por qué? —repitió lentamente—. No lo sé.

Y en ese instante tuve el convencimiento de que en su mente se había abierto paso la duda. Es increíble lo rara y obtusa que era aquella gente: deportaban y encerraban en masa a inocentes o pobres idiotas, pero los enemigos del régimen en verdad peligrosos se escabullían por los agujeros de sus redes sin sufrir el menor daño. Sí, ésa fue la primera vez que sospeché algo. Tal vez experimentara una especie de zozobra. Pero sin duda pensó que ya no tenía nada que temer; o quizá sus sentimientos respecto a mí fueran como los míos hacia él: una mezcla de comprensión, curiosidad, extraña fraternidad, compasión, desprecio... ¡qué sé yo! Aunque puede que no pensara ninguna de esas cosas. Se encogió ligeramente de hombros y no dijo nada.

Volvíamos adentro y almorzábamos con Marguerite, perdidos los tres alrededor de una mesa para veinte. Durante esas comidas, la irritabilidad de Kurílov rayaba en la locura. Un día lanzó por los aires uno de los cuencos de Sévres que adornaban la mesa; se lo arrojó al *maître* a la cabeza, ya no recuerdo por qué. Se trataba de una pieza de porcelana rosa con las últimas y frágiles rosas de la temporada, amarillas y medio ajadas, que exhalaban un penetrante aroma. Cuando el *maître* acabó de recoger los pedazos en silencio, avergonzado, le indicó que se marchara.

—Qué infantiles somos... —dijo con aire resignado. Y permaneció inmóvil largo rato, con los ojos bajos.

Por la tarde volvía a acostarse, y luego se pasaba las horas muertas en el sofá, leyendo... Le traían libros a montones, a espuestas, novelas francesas, cuyas hojas cortaba de manera minuciosa porque eso le ayudaba a matar el tiempo. Pasaba el cortaplumas entre las páginas lentamente, las alisaba y luego les daba golpecitos con la hoja, apretando los labios con expresión ausente. Cuántas veces lo veía con un libro abierto en el regazo y los grandes ojos dolorosamente perdidos en el vacío... Miraba la última página, suspiraba y dejaba el volumen.

—Qué aburrimiento, qué aburrimiento... —repetía.

Y empezaba de nuevo a deambular por la habitación, llena de iconos. Cuando entraba su mujer, el rostro del Cachalote se animaba, pero un instante después daba media vuelta y comenzaba a pasearse de habitación en habitación.

Se negaba a recibir a las pocas personas que iban a visitarlo. Recuerdo que leía *Vidas de los santos*, en el que aseguraba hallar consuelo. Pero como sentía apego a los bienes de este mundo, a la vida terrenal, también acababa abandonando los libros religiosos entre suspiros.

—Dios me perdonará. No somos más que pobres pecadores...

Presumía de europeo, así que aquellos suspiros involuntarios, propios de la sensibilidad rusa, lo desconcertaban más que a nadie.

Sólo había una cosa que en verdad le gustaba y de la que nunca se cansaba. Me pedía que me sentara frente a él y mandaba que nos llevaran una mesita y un par de lámparas. El atardecer ya casi otoñal, profundo y cargado de sombras y húmedas neblinas, caía sobre las islas cuando me contaba sus recuerdos. Durante horas me hablaba de sí mismo, de los servicios prestados a la monarquía, de su familia, su infancia, sus opiniones sobre el papel y la grandeza del estadista. Pero si por casualidad se dignaba tratar de los hombres a quienes había conocido, conseguía fascinarme. Con ácido humor, me describía sus pequeñas intrigas, fraudes, robos, traiciones, moneda corriente de la corte y la ciudad, en un extraño *totum revolutum* que me regocijaba en grado sumo.

Creo que si más tarde supe dar algunos buenos consejos a los dueños de la situación y ayudarlos a gobernar su barco, cuando acabó el período heroico de la Revolución y hubo que contar con Europa y las pasiones siempre despiertas de los hombres, se lo debo en buena medida a Kurílov. Mi viejo enemigo me enseñó mucho más y de un modo muy distinto de lo que imaginaba.

Muchas veces ni siquiera estaba pendiente de sus palabras, sino sólo de su tono, atrabiliario y resentido, y contemplaba aquel rostro demacrado, altivo, tocado ya por la muerte y devorado por la ambición y la envidia. Nos separaba una me-sita de caoba con dos lámparas antiguas, con pantallas de tela pintada, cuya llama ardía tranquilamente en la noche. Oíamos a los policías, que seguían allí, como yo, aunque ya no hubiera ministro al que proteger, haciendo la ronda ante las ventanas, silbando por lo bajo al reconocerse en la oscuridad.

—Los hombres, los hombres... —iba repitiendo el Cachalote—. Los ministros, los príncipes... ¡Qué peles, del primero al último! El poder real está en manos de locos o niños que ni siquiera saben reconocerlo cuando lo poseen, y el resto de los mortales persiguen sombras...

Así hablaba, pues aquel hombre desconocía la sencillez; pero en este caso sus palabras eran acertadas. Luego llegaba la hora de la cena, otra vez en silencio. A continuación Marguerite Eduardovna se sentaba al piano y su marido y yo íbamos de aquí para allá por el salón de baile: el resplandeciente parquet reflejaba las arañas, encendidas para sus solitarios vagabundeos.

—¡Mañana mismo me voy! —exclamaba irritado, deteniéndose de pronto.

Mas al día siguiente todo seguía igual.

Mientras tanto, en la ciudad continuaban los desórdenes. De las universidades se extendían a las fábricas, y en algunas provincias habían vuelto a producirse disturbios sangrientos. Dahl no lograba hacer entrar en razón ni a las universidades ni a los institutos.

Un día, Kurílov, más animado que de costumbre, me dijo al darme las buenas noches:

—Mañana no vaya a San Petersburgo. Los alumnos de los institutos imperiales piensan presentarse ante el Palacio de Invierno, donde se encuentra el zar en la actualidad, para entregarle una petición en favor de los huelguistas de las fábricas Putilov.

—¿Cómo acabará eso?

Rió secamente.

—Nadie sabe nada todavía. Y su excelencia —añadió recalcando las palabras con ironía, como siempre que se refería a su sucesor—, menos que nadie. Terminará de un modo muy sencillo. Pillado por sorpresa, el comandante de la guardia pedirá ayuda al ejército. En estos casos, el mando pasa automáticamente a manos del coronel y, como no faltarán camorristas que insulten a los soldados, éstos se verán obligados a disparar. Eso es lo que sucederá —repitió con una risa forzada—. Esas cosas pasan cuando hay un ministro de Instrucción como el barón Dahl, a quien los jóvenes de los que es responsable le importan tanto como los perros —sentenció. No respondí—. Puede costarle caro —conjeturó con expresión soñadora. Le pregunté por qué y, echándose a reír de nuevo, me palmeó la espalda con la manaza, de una fuerza aún sorprendente—. Este tema, estos asuntos le interesan, ¿verdad? ¿No lo entiende? ¿De verdad que no? —repitió, como si le divirtiera muchísimo—. ¿Cree que al zar le agradará ver cadáveres bajo sus ventanas? Son cosas que se soportan muy bien cuando ocurren lejos —dijo y, asaltado sin duda por recuerdos inoportunos, frunció el ceño—, pero no cuando pasan delante de uno, ante su casa. ¿Sabe qué frase se le atribuye al zar Alejandro primero? «Los príncipes aprueban los crímenes en ocasiones, pero rara vez a quienes los cometen.» Bonito, ¿eh? Por no hablar de la prensa, que aunque convenientemente amordaza entre nosotros, a Dios gracias, tiene cierto poder. —Se acercó a su mujer y la tomó del brazo—. Vamos, querida; estoy muy contento de haberme librado de esos problemas —le dijo en francés, en tono de fingida ligereza y despreocupación—. Esto me levanta el ánimo. Lo confieso, estaba dejándome vencer tontamente por una especie de apatía. La semana que viene nos marchamos a Vevey. Nos ocuparemos del jardín... ¿Te acuerdas de las gaviotas sobre el lago? A menos que... —murmuró, y se sumió en una ceñuda ensoñación—. ¡Pobres chicos! —exclamó de pronto con expresión sombría y cavilosa—. Otras tantas almas inocentes de las que tendrán que responder ante Dios... —Permaneció callado largo rato, hasta que suspiró y cogió de la mano a su mujer—. Subamos, querida.

En ese instante, en la planta baja sonó el timbre de la puerta principal. Kurílov dio un respingo,

pues pasaba de medianoche. Un criado anunció que un pequeño grupo de hombres, que se negaban a dar sus nombres, insistían en verlo. Marguerite Eduardovna empezó a suplicar a su marido que no los recibiera.

—Son anarquistas, son revolucionarios... —repetía muy agitada.

—Permítame que lo acompañe —propuse a Kurílov—. Siendo dos y con la servidumbre cerca, no correremos ningún peligro.

Asintió, seguramente para tranquilizar a su mujer, pues yo conocía su innata y serena valentía. Por otra parte, él intuía que ocurría algo fuera de lo normal y le podía la curiosidad. Sea como fuere, aceptó recibirlos, de modo que se les hizo pasar a la cancellería vacía que ocupaba la planta baja. Se trataba de una delegación de profesores de los institutos imperiales, que se disculparon por presentarse sin haber pedido audiencia y a hora tan tardía. Pálidos y temblorosos, se mantenían apiñados junto a la puerta, demasiado asustados para avanzar, petrificados por la simple mirada, pesada y fija, del Cachalote. Y él, mi pobre Kurílov, erguía el cuerpo y sacaba pecho. En una pose suya habitual, apoyaba en el escritorio la ancha mano, poderosa y blanca, teñida de rojo por la enorme piedra del anillo, un granate que captaba la luz y despedía reflejos sangrientos.

Los profesores eran viejos y temblaban. Aseguraron que estaban allí para evitar una desgracia terrible. Cuando dijeron que el ministro de Instrucción Pública se había negado a recibirlos, en los labios del Cachalote afloró una tenue sonrisa despectiva. Suplicaban a su excelencia que tuviera a bien advertir a Dahl, su antiguo compañero, su amigo, que, según se decía, estaba en deuda con él. (Ignoraban que el barón le había arrebatado el puesto. En la versión oficial, Kurílov había tenido que renunciar al cargo por motivos de salud: los secretos de los dioses se guardaban celosamente. Por supuesto que la gente influyente de la corte conocía la verdad del caso con todo lujo de detalles; pero los profesores de instituto no tenían tanta influencia.) Como me había explicado Kurílov, una delegación de estudiantes había decidido presentar al zar una carta en que le solicitaban el indulto de los obreros huelguistas deportados. Los profesores temían que el ejército abriera fuego contra los chicos, tomándolos por amotinados. (Dos años después, los obreros encabezados por G. morirían en parecidas circunstancias ante el Palacio de Invierno.)

Kurílov los escuchaba sin decir nada y cada vez más pálido. Los silencios de aquel hombre eran de una intensidad extraordinaria. Parecía esculpido en un bloque de hielo.

—¿Qué puedo hacer yo, señores? —preguntó al fin.

—Advertir al barón Dahl, pues a usted lo escuchará. O al menos ruéguele que simplemente nos reciba. Impedirá el derramamiento de sangre y grandes desgracias.

No se daban cuenta de que, en aquellos momentos, mi querido Kurílov no pensaba más que en una cosa: en aprovechar la oportunidad que le ofrecía el destino para, en primer lugar, poner a su sucesor entre la espada y la pared, a fin de pagarle con su misma moneda, y en segundo término, para aparecer más tarde, en el momento adecuado, como el salvador y defensor de la monarquía. Yo creía adivinar sus intenciones. No sé por qué, imaginé que en su fuero interno debía de estar calificándose a sí mismo —en latín, como le gustaba hacerlo— de *deus ex machina*.

—No puedo hacerlo, señores. Lo que me piden es totalmente impropio. Estoy alejado de los asuntos públicos, no por motivos de salud, como creen, sino por voluntad del zar. Vayan ustedes mismos a ver al barón. Insistan.

—Pero no nos recibió...

—Entonces, ¿qué quieren? No puedo hacer nada.

Le imploraron. Aún me parece estar viendo a uno de ellos, un anciano pálido vestido con levita negra, que de pronto se inclinó, le cogió la mano y se la besó.

—Mi hijo es uno de los líderes, excelencia... ¡Sálvelo!

—No debió permitir que se viera envuelto en nada semejante —respondió Kurílov con su gélido y metálico tono—. Vuelva a casa y enciérrelo.

—¿Se niega? —preguntó el anciano, que esbozó un gesto desesperado.

—Les repito que no puedo intervenir, señores. No es asunto de mi incumbencia.

Los profesores debatieron en voz baja y, a continuación, hablaron todos a la vez, suplicando a aquel hombre impasible.

—Esa sangre caerá sobre usted —amenazó uno de ellos con voz temblorosa.

—No será la primera —replicó el Cachalote con una débil sonrisa—. No será la primera vez que me responsabilizan de una sangre que no derramé.

Entonces se marcharon.

Al día siguiente, antes de que pudieran cruzar la verja del Palacio de Invierno, los treinta jóvenes fueron interceptados por las tropas. Cuando quisieron dispersarlos, uno de ellos sujetó un caballo por la brida. El cosaco, al ver que el animal se encabritaba, se consideró atacado y abrió fuego. Los jóvenes respondieron a pedradas. La gente tomó partido por ellos de forma violenta, y las piedras arrojadas sobre los barrotes de bronce coronados por águilas imperiales. Entonces el coronel dio orden de disparar. Quince personas, entre estudiantes y transeúntes (entre los primeros, el hijo del pobre profesor que había acudido al ex ministro para suplicar por él), perdieron la vida ante las mismas ventanas del zar. Quince desgraciados que, con el escándalo de su muerte, libraron a Kurílov de Dahl y, poco después, le devolvieron el cargo de ministro de Instrucción Pública.

Naturalmente, no ocurrió de inmediato; durante mucho tiempo, yo mismo no supe nada.

Una semana después de estos hechos, Kurílov marchó con su familia al Cáucaso, adonde lo acompañé.

Su casa se hallaba en las inmediaciones de Kislovodsk, casi a las puertas de la ciudad. Desde la gran balconada de madera que la rodeaba, se divisaban las estribaciones montañosas. El paisaje era de gran belleza, pero sumamente árido, pelado, con grupos de sombríos cipreses aquí y allá, y el resto sólo rocas y torrentes. En el jardín crecían rosales silvestres, retorcidos y erizados de espinas, cuyas flores perfumaban el aire nocturno, como aquí. Brotaban a puñados bajo las ventanas.

El aire era demasiado frío para mí y yo no paraba de toser.

Un día se presentó Dahl. Parecía muy tranquilo. Nos explicó que había venido a tomar las aguas a Kislovodsk y, antes que nada, había querido saludar a «su querido amigo». Sentado a la mesa y delante de todos, reconoció sin ambages que el asunto del mes de agosto lo había perjudicado enormemente.

—Una vez más, han buscado un chivo expiatorio —declaró sonriendo—. Y esta vez le tocó a un servidor. —Con «han», «quienes ustedes saben» o «quienes nos gobiernan» se aludía a la familia imperial y los grandes duques. Mi pobre Kurílov empleaba palabras parecidas—. Fue un asunto desafortunado —prosiguió el barón con una despreocupación seguramente fingida, porque también había tenido el placer de asistir a la retirada de los cadáveres al anochecer, y yo había podido comprobar que, cuando algo así pasaba a sus espaldas, todos eran de hielo; pero ver con los propios ojos y tocar con las manos los cuerpos de unos muchachos asesinados era otro cantar—. Si al menos hubiera sabido lo que tramaban... Dicen que toda la ciudad estaba al corriente; yo, en cambio, fui el último en enterarme. Siempre es así. ¡En fin! El zar consideró oportuno pedir mi dimisión. En su gran bondad, su majestad tuvo a bien prometerme un escaño en el Senado, además de solicitar mi indigna opinión respecto al eventual nombramiento de mi sucesor. Por otra parte, en el colmo de su magnanimidad, decidió nombrar secretario de la embajada en Copenhague a mi hijo. Esa ciudad carece de la importancia que tenía en nuestra época, Valerian Alexándrovich, pero el matrimonio imperial sigue visitándola con bastante frecuencia como para que el puesto pueda considerarse envidiable. Conviene estar allí donde el sol arroja sus rayos, si se me permite la metáfora.

Como no añadió más, la conversación tomó otros derroteros.

Después de la comida, los dos ex ministros se encerraron en el gabinete de trabajo de Kurílov, donde permanecieron largo rato. Frölich mencionó la expresión preocupada de Irene Valeriánovna.

—Creo que el viejo zorro ha venido a negociar el matrimonio de la señorita Ina y su hijo —me

susurró.

Esa noche, Dahl cenó con la familia, se mostró muy jovial y antes de retirarse besó la mano de la joven repetidas veces, lo cual era inusual y revelaba sus intenciones con claridad. Cuando se marchó, Kurílov mandó llamar a Irene Valeriánovna, pero la joven ya había subido a acostarse. Así pues, fue al día siguiente y en mi presencia, porque se suponía que yo nada sabía de aquel arreglo, cuando habló con su hija.

Kurílov había pasado la noche aquejado de fuertes dolores. Por la mañana, cuando Ina entró a darle los buenos días, su padre le pidió que se quedara.

—Irene —dijo en tono solemne—, el barón me ha hecho el honor de pedirme tu mano en nombre de su hijo. Lo comentamos hace un año...

—Lo sé —lo interrumpió ella en voz baja—. Pero no lo amo.

—Están en juego consideraciones muy altas, hija —repuso el Cachalote en su estilo más pomposo.

—Sé que Dahl sólo desea mi dote para su hijo. Y usted también...

—¡Eso no es asunto tuyo! —exclamó Kurílov, de pronto colérico, enrojeciendo y pegando un puñetazo en la mesa—. Serás una mujer casada, rica y libre. ¿Qué más quieres?

—Es eso, ¿no? —replicó su hija como si no lo hubiera oído—. ¿Verdad que sí? ¿Quiere establecer una alianza con Dahl? Supongo que el barón le habrá prometido que le devolverán el dichoso cargo de ministro si yo accedo... Es eso, ¿verdad?

—Sí. No eres tonta, lo has comprendido. Pero ¿por qué crees que deseo ese puesto? Es una cruz que me aplasta, que me empuja hacia la tumba, porque estoy enfermo, muy enfermo, hija mía; pero en la medida de mis fuerzas, debo prestar mis servicios hasta el último aliento al zar, a mi país y a esos pobres muchachos confundidos a quienes los revolucionarios arrastran a la perdición —le explicó, y en mi opinión era sincero—. Tengo que vigilarlos, castigarlos si es necesario, pero como padre y no como enemigo, no a la manera de Dahl, que los condujo a la muerte por su imperdonable negligencia. Y es cierto que, como prenda de esa alianza, el barón prometió ayudarme. El zar lo tiene en muy alta estima; sólo la opinión pública, tras ese desafortunado asunto, pudo obligarlo a prescindir de él. Ciertamente, Dahl desempeña un papel muy poco lucido —añadió con repugnancia—, pero corresponde a Dios juzgarlo. Yo tengo la conciencia tranquila. Por otra parte, la familia de los Dahl es honorable, estuvo aliada con la nuestra a menudo... Es natural que quieran aumentar sus bienes gracias a enlaces matrimoniales ventajosos. Y en fin, hija mía, el amor... —Se interrumpió; sin darse cuenta, se había pasado al francés, como era habitual, sobre todo cuando la conversación versaba sobre asuntos delicados o elevados. Frunció el ceño y se volvió hacia mí—: Déjenos solos, mi querido señor Legrand. Y discúlpeme.

Salí.

Esa misma tarde, cogió a su hija del brazo y fue a sentarse con ella en un sendero apartado del jardín. Cuando volvieron, parecía contento y había recobrado su expresión solemne. La joven, muy pálida, esbozaba una sonrisa irónica y triste.

Aquella noche salí al balcón. Irene Valeriánovna se hallaba sentada, inmóvil, con la cabeza entre las manos. La luna resplandecía y me permitía distinguir con claridad su bata blanca y sus brazos desnudos, apoyados en la barandilla. Estaba llorando. Comprendí que le habían arrancado el consentimiento y que las cosas iban a cambiar, como así ocurrió.

El compromiso se oficializó poco después. Y por fin, una mañana, Kurílov rompió los sellos lacrados de un paquete que, como pude ver, contenía una pequeña fotografía de la zarina con dos de sus hijas, suprema prenda de reconciliación. Le puso un marco de oro y la colgó detrás de su escritorio de trabajo, justo debajo del icono.

Sólo quedaba esperar el telegrama del zar anunciando que le devolvía el cargo de ministro, en vista de que la mejoría en su estado de salud iba a permitirle retomar sus funciones. Y en efecto, todos lo esperamos, aunque con sentimientos diversos. El telegrama llegó a mediados de septiembre. Lo leyó ante la familia en pleno, hizo una amplia señal de la cruz y con ojos humedecidos declaró:

—Una vez más, la carga del poder recae sobre mis débiles hombros. Pero Dios me ayudará a sobrellevarla.

Un extraño sentimiento se apoderó de mí: estaba aterrado y, al mismo tiempo, era consciente del alcance de la enorme y amarga broma que el destino nos gastaba.

Se acercaba la fecha del regreso. Kurílov parecía cada día más contento y saludable. El tiempo era espléndido, radiante. Hasta yo había acabado acostumbrándome al aire de las montañas y, en ciertos momentos, sentía una especie de apacible letargo, mientras que en otros estaba tan harto de todo que me daban ganas de romperme la crisma contra una de aquellas rocas... hermosas rocas rojas, lo recuerdo, como las de aquí.

Una tarde tomé una decisión. Anuncié que un asunto urgente me reclamaba en Suiza y tenía que marcharme al día siguiente, y pedí entrevistarme con el ministro.

A esa hora, cuando acabábamos de cenar (eran casi las ocho y el sol se ponía), Kurílov solía dar un paseo, antes del té de la noche. Tomaba el camino que pasaba por delante de la balconada y torcía por un pequeño sendero que ascendía entre rocas. Yo lo acompañaba.

Recuerdo el sonido de las piedras al rodar a nuestro paso. Eran redondas, lisas como huevos y de un tono rojizo, reflejo del sol poniente. En contraste, el cielo tenía una tonalidad violeta y, a aquella luz violenta y fúnebre, el rostro del Cachalote adoptaba una expresión extraña.

En lo alto, los torrentes rugían, chocaban ruidosamente contra las piedras y se precipitaban con furioso y vano ímpetu. Los dejamos atrás y proseguimos el ascenso, hasta que en un momento dado le comuniqué que, tras haber madurado mi decisión, me iba. Y que consideraba mi deber como médico revelarle que estaba más grave de lo que tal vez creía. Confiaba en que se cuidaría más y renunciaría a cualquier actividad superflua, a fin de vivir más tiempo.

Me escuchó sin mover un músculo de la cara y, cuando acabé, me lanzó una mirada profunda y serena, que recuerdo como si fuera ayer.

—Pero, mi querido señor Legrand, lo sé muy bien. Mi padre murió de un cáncer de hígado, así que... —Suspiró y, con un tono sencillo y sincero que de forma gradual fue tornándose solemne y rimbombante, añadió—: Ningún buen cristiano teme a la muerte si ha cumplido su deber en esta tierra. Espero hacerlo bien los pocos años que me quedan antes de descansar en paz.

Insistí por si no lo había entendido; le pregunté si no pensaba renunciar al cargo, siendo como era consciente de su mala salud. Añadí que siempre había sospechado que no ignoraba la auténtica naturaleza de su enfermedad, pese a las afirmaciones de aquel idiota de Langenberg; pero ¿sabía que el cáncer de hígado era una enfermedad de evolución rápida, que hablábamos de meses, a lo sumo de un año?

—Por supuesto —respondió encogiéndose de hombros—. Me pongo en manos de la voluntad divina.

—Creo que cuando un hombre se enfrenta a la muerte, para la tranquilidad de su espíritu es mejor que renuncie a toda actividad perjudicial.

—¡Perjudicial! —exclamó con un estremecimiento—. ¡Por Dios! ¡Si es mi único consuelo! ¡Tengo la sagrada custodia de las tradiciones del Imperio! Como Augusto al morir, puedo decir: «*Plaudicite amici, bene agi actum vitae!*»[4]

Kurílov podía seguir un buen rato con el mismo tema, pero no hacía falta, así que lo interrumpí.

—Valerian Alexándrovich, ¿no le parece terrible? Sabe perfectamente que su actividad provocó la muerte de seres inocentes y que volverá a provocarla. No soy un estadista. Me gustaría saber si eso no le quita el sueño de vez en cuando —pregunté, tratando de expresarme en el tono más sen-ciño e irónico posible.

Guardó silencio. El sol se había puesto y ya no distinguía sus facciones. No obstante, como lo miraba de muy cerca con apasionada atención, vi que ladeaba la cabeza. En aquella actitud, parecía un bloque de piedra oscura.

—Toda actividad, toda lucha causa muertes —dijo al fin—. Si estamos en este mundo, es para actuar y destruir. Pero cuando obedecemos a móviles superiores... —Se interrumpió y, en un tono diferente, con una inflexión de voz suave y triste (creo que era esa franqueza, esos arranques de sinceridad, los que lo hacían tan interesante e irritante), añadió—: Vivir bien no es fácil... —Se levantó y volviéndose hacia mí preguntó—: ¿Bajamos?

Regresamos en silencio. Entre otras cosas, porque era tal la oscuridad que había que tener cuidado con las piedras y las zarzas bajas, que se enganchaban a la ropa. Delante de la casa, me tendió la mano.

—Adiós, señor Legrand, buen viaje. Espero que volvamos a vernos.

Repuse que todo era posible, y nos separamos.

Pero al amanecer, me despertó un ruido de pasos y voces ahogadas en el jardín. Me acerqué a la ventana y, por los intersticios de la persiana, vi al pobre Kurílov acompañado de una especie de policía, fácilmente reconocible pese al disfraz. Recordé haberlo visto con el ministro en varias ocasiones, cuando éste iba a presentar sus informes al zar. Comprendí que iba a mandar que me siguieran. Como de costumbre, procedía con muy poca habilidad; pero fue el único momento de nuestra relación en que, de pronto, experimenté odio auténtico. Al ver a aquel hombre seguro de sí mismo, poderoso, tranquilo, que en su jardín, con una escueta orden, podía lograr que me siguieran como a un animal, encerraran y colgaran, comprendí que en determinados casos es fácil matar a sangre fría. En ese instante le habría descerrajado un tiro de revólver en pleno rostro con entera satisfacción.

Pero entretanto había que huir, y eso fue lo que hice. A la vista de todo el mundo tomé un tren hacia San Petersburgo, seguido por un policía, pero durante la noche me apeé en una de las pequeñas estaciones de montaña, desde donde gané la frontera persa. Me quedé unos días en Persia; allí cambié mi pasaporte suizo por la documentación que me facilitaron los miembros del grupo revolucionario de Teherán, a nombre de un vendedor de alfombras del país, y a finales de septiembre volví a Rusia.

Cuando llegué a San Petersburgo fui directo a ver a Fanny, que me instaló en su habitación y se fue. Estaba cansado, al límite de mis fuerzas. Me derrumbé en su cama y me dormí al instante.

Recuerdo que soñé, lo que rara vez me ocurría. Fue un sueño muy hermoso e inocente. Parecía provenir del fondo de una infancia apócrifa, porque me veía en un prado florido y bañado de sol, fuerte, guapo, rebosante de salud; en suma, totalmente distinto al niño que había sido. Y lo más curioso es que mis compañeros de juegos eran Kurílov, el príncipe Nelrode, Dahl, Schwann y el desconocido de Vevey. Al final se transformó en una pesadilla angustiada e indescriptiblemente grotesca, pues sus caras cambiaban e iban envejeciendo con expresiones de cansancio, mientras seguían jugando y corriendo como antes.

Cuando desperté, Fanny estaba entrando en la habitación con el «camarada» al que yo ya conocía, aunque en esa ocasión no se comportó con la olímpica imperturbabilidad de la otra vez, sino que parecía inquieto e irritado. Me advirtió que la policía estaba alertada de mi presencia, que ya estaba buscándome, que debía extremar las precauciones... Lo dejé hablar. Había llegado a tal grado de exasperación que tenía tantas ganas de acabar con él como con Kurílov.

Me miraba de un modo extraño, y estoy convencido de que, durante los siguientes días y hasta el momento del atentado, mandó que me siguieran. Sus hombres eran más hábiles que los informadores de Kurílov; en cuanto ponía un pie en la calle, los notaba detrás de mí.

Era octubre y anochecía temprano, así que resultaba relativamente fácil escabullirse a la vuelta de una esquina. Aún no nevaba, pero el aire tenía la gélida pesadez propia del otoño ruso. En las casas, las luces permanecían encendidas desde la mañana. Una neblina de aguanieve se elevaba a escasa altura; el suelo helado crujía. Qué tiempo tan triste... Me pasaba el día en la habitación que Fanny me había cedido, tumbado en la cama. Escupía sangre y todo mi cuerpo, no sólo la boca, sabía y olía a sangre.

Ya no me veía con Fanny. Habíamos quedado de acuerdo en que se presentaría el día anterior al atentado para transmitirme las últimas órdenes, puesto que ella era la encargada de preparar las bombas y entregármelas. El «cama-rada», al que aún vi en otra ocasión, fue el encargado de comunicarme la hora exacta: las doce menos cuarto. Como no podría acceder al interior del teatro, al que sólo se entraba con invitación, debería esperar bajo el pórtico.

—Habría resultado tan sencillo si no lo hubieran descubierto... —me dijo con aspereza—. Usted conseguía una entrada a través del ministro y, durante el entreacto, entraba en el palco y lo mataba de un tiro. ¡Cuántos meses de preparativos echados a perder! Ahora, con esas malditas bombas, nos arriesgamos a mandar al infierno a veinte inocentes por un Kurílov.

—Me trae sin cuidado —contesté.

—¿Qué? Si Kurílov va en un coche con su mujer y sus hijos, ¿le lanzará la bomba?

Jamás nada me había parecido tan ridículo como esos falsos escrúpulos. Así que le respondí que sí, e imagino que habría sido capaz de hacerlo. ¿Qué diferencia había? Pero él no me creyó.

—Bueno, camarada, eso no pasará. Estará solo con los criados. —Evidentemente, la servidumbre carecía de importancia—. Bien... ¡Adiós! —Y se fue.

La noche fijada era la siguiente.

Fanny me acompañó. Llevábamos las bombas envueltas en papel de embalar metidas en chalets anudados. No hablamos. Nos sentamos en la placita de enfrente del teatro Marinski, que estaba muy iluminada. Una larga fila de policías y coches esperaba en la calle.

La pequeña plaza estaba desierta. El cielo, bajo y encapotado. Los escasos y livianos copos de nieve revoloteaban en el aire, convertidos en lluvia, en pequeñas agujas heladas que se clavaban en la piel, antes de llegar al suelo.

—De la corte, del cuerpo diplomático, del séquito alemán, de los ministros... —enumeró en voz baja Fanny con sorda exaltación, señalándome los vehículos inmóviles.

Era una noche monótona y espantosamente larga. Hacia las once, el viento cambió y la nevada arreció. Nos levantamos, pues estábamos quedándonos congelados, y dimos dos vueltas alrededor de la placita.

De pronto nos topamos de bruces con una figura surgida de las sombras, que nos miraba. Entonces Fanny se abrazó a mí y la besé. Tranquilizado, tomándonos por una pareja de novios, el policía pasó de largo. Tenía a Fanny entre los brazos y ella alzaba el rostro hacia mí; recuerdo que por primera vez vi brillar una lágrima en aquellos ojos crueles.

Nos separamos y seguimos caminando en silencio. Yo no paraba de toser, la sangre me subía por la garganta a borbotones. Escupí y tosí; tenía las manos ensangrentadas. Me daban ganas de tumbarme en la nieve y dejarme morir.

Los coches empezaron a avanzar. Ahora se oían los silbatos de los policías y, dentro del teatro, el bamboleo de la puerta de vaivén, empujada una y otra vez.

Crucé la calle sosteniendo la bomba como si fuera una flor. Resultaba grotesco. No comprendo cómo no me vieron y me apresaron. Fanny me seguía. Nos detuvimos junto al pórtico, entre las columnas a cuyos pies se acumulaba la nieve, confundidos con la muchedumbre.

Se abrieron las puertas y empezaron a salir todos. El zar, la familia imperial, Guillermo II y su séquito se marcharon enseguida.

Vi pasar mujeres con abrigos de pieles y joyas que relucían bajo sus finas mantillas, salpicadas de copos; generales que arañaban el suelo helado con las espuelas; rostros desconocidos; los viejos chochos del cuerpo diplomático; más y más caras... Y Kurílov... con la cara vuelta hacia donde me

encontraba. ¿Estaba pálido y avejentado, o la luz de las farolas deformaba sus facciones de aquel modo? Tenía una expresión cansada y abatida, y abultadas ojeras.

—No puedo matarlo —admití, volviéndome hacia Fanny.

Ella me arrebató el artefacto de las manos. Entonces avanzó dos pasos y lo lanzó.

Recuerdo el caos de rostros, manos, miradas vueltas que pasaban ante mí y desaparecían, y un estallido, un ruido y un resplandor infernales. Nosotros no resultamos heridos, pero sí con la cara magullada, la ropa quemada, las manos ensangrentadas... Cogí del brazo a Fanny y salimos a la carrera, corriendo por las oscuras calles como animales despavoridos. La gente huía en todas direcciones, chocaba contra nosotros... Algunos también tenían la ropa hecha jirones y las manos ensangrentadas. Un caballo herido soltaba unos relinchos de dolor que encogían el corazón. Cuando al fin paramos, nos hallamos en medio de una plaza y la gente vociferaba alrededor. Comprendí que estábamos perdidos. Y de pronto me sentí aliviado. Fue allí donde nos detuvieron.

Más tarde, nos tuvieron retenidos en una habitación contigua a la sala donde se alineaban los cadáveres. Nos custodiaban, pero en medio de la confusión y el horror no se les había ocurrido separarnos.

De pronto, Fanny se echó a llorar. Sentí lástima. Yo ya había declarado, como era de justicia, que la bomba había sido arrojada por mí, pues si ella no me la hubiera arrebatado habría acabado lanzándola. Al menos, eso hubiera sido lo más probable. En fin, como ya he dicho, tenía la sensación de que los pulmones se me estaban vaciando de sangre y la convicción de que bastaría que me dejaran cerrar los ojos y permanecer inmóvil para morir, momento que esperaba con dolorosa impaciencia.

Me acerqué a Fanny, le puse un cigarrillo en la mano y le dije:

—No tienes nada que temer.

—No es eso, no es eso... —replicó negando con la cabeza—. ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Está muerto!

—Pero ¿quién está muerto? —le pregunté sin comprender.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! ¡Kurílov! ¡Y lo he matado yo! —Sin embargo, como su instinto de supervivencia seguía muy arraigado, cuando los policías se acercaron, atraídos por sus gritos, dijo—: ¡Está muerto! ¡Y lo hemos matado nosotros!

Así que la condenaron a deportación perpetua y a mí, a morir en la horca.

Pero con la muerte se puede contar tan poco como con la vida. Aún sigo aquí... Sólo el diablo sabe por qué. Tiempo después Fanny se evadió y participó en otro atentado. Fue ella quien en 1907 ó 1908 mató a P Cuando la cogieron, esta vez se ahorcó en la celda. En cuanto a mí... Pero ya lo he contado. La vida es absurda. Afortunadamente, para mí la función está a punto de acabar.

[1] «No hay que desesperar.» Lema latino procedente de Horacio. (*N. del T.*)

[2] «El consejo juvenil, el interés particular y el odio latente; éstas son las tres cosas que han perdido todos los reinos.» En sus esfuerzos por emular al príncipe Nelrode, Kurílov cita, equivocándose varias veces, una frase atribuida a Matías I Corvinus, rey de Hungría (1458-1490), en su lecho de muerte. Un poco más abajo, el *Tamen semper talis* («Sin embargo, tal cosa siempre...») es una nueva muestra del precario latín del ministro de Instrucción Pública. (*N. del T.*)

[3] Proverbio francés de origen árabe, equivalente a nuestro «A palabras necias, oídos sordos». (*N. del T.*)

[4] En realidad, las palabras que Suetonio atribuye al emperador Augusto en su lecho de muerte son: *Plaudite, acta est fabula* («Aplaudid, la comedia ha terminado»), (*N. del T.*)